



UN CASO CARVALHO

**MANUEL VÁZQUEZ  
MONTALBÁN**

YO MATÉ A KENNEDY

**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



En *Yo maté a Kennedy* asistimos al nacimiento de Pepe Carvalho como personaje literario, en el marco de una novela que abrió espacios a la libertad de leer y escribir en España. Presentada como una aparente novela de aventuras, es un ajuste de cuentas a todos los tópicos que formaron parte de la educación moral, política, sentimental de los españoles progres. Aquí, Pepe Carvalho es un guardaespaldas de origen gallego que ha sido miembro del Partido Comunista de España y ahora lo es de la CIA.

Manuel Vázquez Montalbán

# **Yo maté a Kennedy**

**Pepe Carvalho, 1**

Título original: *Yo maté a Kennedy*  
Manuel Vázquez Montalbán, 1972

Editor digital: Artifex



Los personajes históricos que aparecen en esta novela están voluntariamente falseados y sólo existen en las fotografías e imágenes de la cultura de masas.

Sus relaciones no son humanas ni reales.

A sus programadores traspaso la responsabilidad de todas las exageraciones deformatorias.

*La clase media cayó en desgracia,  
se fue Mireya, murió Margot,  
y aquel muchacho de aristocracia  
acobardado... retrocedió.  
Lloró la causa de su partida,  
lloró el origen de tanto mal,  
mientras la guapa Barra Florida  
cantó su coro sentimental.*

**(Bailarín, tango de Riel y Linyera)**

La complicidad europeísta de Jacqueline me halagaba.

—Nuestro palacio de las siete galaxias no puede compararse ni siquiera a Le Petit Trianon.

Hasta la primera galaxia llegaba el ruido de los chapuzones y las risotadas de Monseñor Cushing. De vez en cuando la sombra de un niño desnudo cruzaba veloz la celosía. Jacqueline hojeaba un libro de Avedon y Baldwin. En dos vasos largos hervía la bebida azul y las hojas de menta empezaban a macerarse. Cerré los ojos para sentir el contacto sexual de la picazón en la garganta. Las burbujas me arañaron hasta el dolor. Empecé a sudar.

Jacqueline no sudaba bajo la plastificación maravillosa de su piel enmaquillada. Divagué la vista por la continua pared de la habitación circular, recordé una borrachera hasta entonces olvidada.

—¿Tiene usted un dólar? ¿Me presta usted un dólar?

Eché mano del billetero con excesiva precipitación. La carcajada de Jacqueline paralizó mi oferta.

—Maravilloso. No me ha defraudado. Usted es un caballero español.

Prosiguió la relajada contemplación del libro, de pronto me lo encaró abierto.

—Atroz, ¿no?

Asentí y quedó satisfecha.

No quería quitarme la chaqueta para que no viera la pistola sobaquera. No por la pistola, ni por las imágenes de burda violencia que pudiera inspirarle, sino por la fealdad del tirante que sostenía la funda, como una tétrica corsetería de inválido. Pero tenía calor. Incluso es probable que hiciera calor. Me levanté para acercarme con disimuladas ganas a la celosía. Sobre el



césped, la familia Kennedy comía emparedados. Atardecía. Las aguas de la piscina recuperaban una falseada tranquilidad bajo las sombras grises. Un criado negro pescaba hojas muertas y flotantes. Robert Kennedy hacía la vertical y sus dos hijos mayores le imitaban. Miré, dudé, volví a mirar. John Fitzgerald Kennedy fumaba una larguísima pipa de la paz subido a la copa de un castaño de Indias. La sombra de una nube precipitó la atardecida. Se oscureció la piel de los cuerpos, la piel del mundo. Destiló brusca blancura la dentadura colectiva de los Kennedy. La voz de Jacqueline me llegó como una compañía que ya empezaba a necesitar.

—¿Cree usted que nuestro sistema de vigilancia no será suficiente para detectar a Carvalho?

—Usted no conoce a los gallegos.

—Oh, sí. Conozco a uno, o a dos. Un almacenista de Detroit y un cocinero de Adlai. No les noto nada especial. De momento no son invisibles.

—Son peligrosos y obstinados, como los judíos.

Jacqueline, con un dedo, selló en sus labios los míos, mientras miraba con recelo las esquinas inexistentes de la estancia circular.

—Calle, por favor.

Llegaba el sólito murmullo del violoncello. Infalible: las seis treinta de la tarde, hora de Washington. Jacqueline se puso en movimiento, la seguí. Pulsó un botón y el resorte desplazó la estantería. Abrí la puerta del ascensor y casi sin distancia temporal me hallé junto a Jacqueline en la séptima galaxia. El salón tenía un kilómetro cuadrado, totalmente forrado de un tono incoloro.

Flotaba una tarima lacada en negro, sobre ella: Pau Casals. Interpretaba la sardana de las seis treinta, hora de Washington. La sardana de Sant Martí del Canigó. Algunas damas desnudas se turnaban en las esquinas de la tarima, a la manera de gárgolas pensativas sobre el vacío incoloro. En aprovechamiento de las pausas, como en busca de un punto de aderezo, el maestro les tocaba con el arco ora la espalda, ora el estallido céreo de las nalgas apretadas por la flexión. Después proseguía su interpretación llena de hermosos maullidos, en el supuesto de que pueda haber maullidos hermosos. La estancia estaba ingravidada y el cojín que me arrojó Jacqueline tardó muchísimo en llegar a mi mano.

Me senté en el aire sobre el cojín. Abrí la boca de par en par para recibir las bocanadas de gas de la felicidad, patente Westinghouse. El gas se filtraba a través de unos orificios romboidales también colgados de un supuesto infinito. Tenía un tenue sabor a *ginger ale*.

Algo que hace plenamente feliz a Jacqueline es cualquier conversación valorativa del Palacio de las Siete Galaxias. En la complejidad de todo su recorrido, lo enseña con el entusiasmo confesional de cualquier recién casada al mostrar una y otra vez los setenta metros cuadrados de su apartamento de renta limitada. Esta vez recorreremos diez mil metros cuadrados casi sin notarlos; una cinta circulante te convierte en privilegiado viandante sin esfuerzo.

El desfase lingüístico de Jacqueline se pone en evidencia cuando califica de muy mono a un menhir de cuatro metros de altura, de puro acero lamido por el sol, en el que consta, a manera de estela imperial, toda la genealogía Kennedy. O cuando grita con semihisteria muy estudiada: «¡Qué emoción! ¡Qué emoción!» al adentrarnos en la red de colectores trasplantada, verdín por verdín, rata por rata, de los decorados hollywoodianos para la versión en technicolor del *Fantasma de la Ópera*.

Incluso en los desvanes decorados con el pe y la pa de las novelas supuestamente juveniles de la Alcott, Jacqueline se cree obligada al comentario hilvanador. La palabra «primoroso» le brota de los bonitos labios como un surtidor de baratijas de papel rizado, de matracas de malísima madera pintada de amarillo anilina o de molinillos de papel y caña tierna, que al masticar aún sabe a limo de río. Jacqueline te lleva desde los desvanes a los sótanos, como en un vuelo sobre alfombras mágicas que el talento de Reagan te mete en la sangre, a través de una persuasión magnética que nos posee sin posible defensa. Jacqueline habla de sus luchas para que se construyera el palacio según el proyecto de Walter P. Reagan, frente a la visceral oposición de su suegra.

—Si yo le hablara, si yo le contara todo lo que sé, todo lo que tuve que oírme.

Pero ahora es feliz, cuando penetra en la habitación del placer invernal y de pronto esquía sobre un declive ilimitado, a una velocidad y con una destreza de Toni Sailer. Incluso yo desciendo rápido y diestro, yo que jamás me puse unos *skis* como no fuera a la fuerza, en la ya muy divulgada persecución de James Bond en la peripecia literariamente falsificada en *Al servicio de su Majestad*. Si todos los perseguidores de Bond sabían lo que yo, bien puede explicarse su aparentemente milagrosa escapatoria.

Cada relación vivencial del palacio es una maravilla que conduce al talento superior del arquitecto programador: el inconmensurable Walter P. Reagan. A los dieciocho años ya sorprendía a la opinión especializada con su proyecto del palacio para los Kennedy. Sus buenas relaciones sociales le habían abierto las puertas kennedistas en plena adolescencia e hicieron posible lo que fue calificado en su tiempo como el más ambicioso proyecto de la arquitectura americana desde la construcción de las Montañas Rocosas.

Un examen del proyecto y una lectura de su escandaloso manifiesto: *Por una concepción vegetal de la arquitectura*, indican el absoluto maximalismo de Reagan con respecto a sus colegas coetáneos. Reagan rompe las barreras que separan la arquitectura de la cosmología y la poesía, entendida como poiesis integradora de todas las artes. Incluso el enunciado *Palacio de las siete galaxias* es meramente poético, puesto que su verdadero título debiera ser *El palacio de los siete planetas*. Siete esferas de metal de aleación giran en movimientos de traslación y rotación en torno a un eje propulsor, unidas por comunicaciones tubulares que le dan una apariencia similar a la de un sistema planetario, formalizable por un molde de fundición. Cada una de estas siete esferas cumple una función dentro de la complejidad vital de la gran familia Kennedy. Buen conocedor de toda la historia de la arquitectura psicológica, Reagan se ha adelantado al deseo del mimetismo y ha conseguido unas tensiones miméticas integradoras que traducen los ambientes según los disfraces anímicos de las personas. No por ello descuida la formalización y sostiene que esa forma exterior es un momento de casi imperceptible transición, una sutil frontera entre la historia de la inmensa otredad y la historia de la intimidad. «Hay una historia de la intimidad —dice Reagan— que ha de tenerse en cuenta para cualquier planteamiento del interiorismo.»

Las tensiones dialécticas fundamentales entre tradición y revolución, implican una gran tensión dialéctica (*la dolein*) que interrelaciona tensiones dialécticas de sector y de nivel (*dolein alfa y dolein sub*). De ahí que la deducción de una línea de programación pase por una complejidad de percepciones históricas que van de lo general a lo familiar, pasando por lo estructural. Según Reagan, el arquitecto perfecto sería Dios o un dios: «El arquitecto perfecto sería Dios, pero como en el momento de planear algo habitable es muy difícil convocarle, hay que sustituirle, sea como sea. El arquitecto que más se acerque a un conocimiento *presque* total del momento histórico (*sadorein*), que nunca podrá ser el conocimiento absoluto, es el que más podrá acercarse a una solución menos imperfecta». De ahí que Reagan se despache con unas propuestas de formación profesional realmente implantables, que harían de un arquitecto un sabio, a la manera como lo entendía el humanismo renacentista, pero con el nivel, la diversificación y la profundidad de conocimientos del tiempo presente. «En caso de que la arquitectura sea incapaz de dar una respuesta casi exacta a las necesidades derivadas de los programas de vida, más vale que no se ejerza. Es preferible el *cogitus interruptus* que la evidencia del fracaso en el límite del forcejeo. Es preferible, pues, proponer la vida bajo un puente o bajo las estrellas, sin otra ambientación que la naturaleza misma.»

Según Jacqueline, que lee muchísimas revistas de divulgación sobre la cuestión, a Reagan no le han faltado críticas por este maximalismo. El propio Wallace Ivens las recoge en una exégesis reaganiana recientemente publicada: «Reagan cometió el error de dejarse llevar por una lógica cultural correctamente iniciada, que a partir de un punto abandona la historia para convertirse en un programa voluntarista ético-estético. Es muy difícil recomendar a la humanidad que se arriesgue a la intemperie, por culpa no ya de la ineptitud de un 90 por 100 de arquitectos, sino por su insuficiente aptitud. E igualmente desaconsejable si se debe a condicionamientos económicos derivados de la propia impotencia o de una incorrecta organización social».

Jacqueline es muy consciente de los excesos de este complicadísimo *enfant terrible*.

—En la revista de ex alumnos de Harvard dijeron que Walter y yo habíamos flirteado el pasado fin de año. ¿Usted qué cree? No. No. No hubo nada. Simplemente, somos buenos amigos.

El paradero vital de Walter P. Reagan es un perpetuo guadiana. Desengañado de las inmediatas y poco meditadas aceptaciones de sus teorías, Reagan tampoco ha hecho el juego a todos los profetas contraculturales que este país fabrica por minuto, para abastecer de variedades a toda la demanda de los excedentes de población culta. Reagan dirigió durante algún tiempo un plan de ordenación territorial en la Guayana, durante el mandato del doctor Jagan. Pero a la caída del *matrimonio rojo*, inició una ruta aventurera que desaparece en Thailandia para reaparecer en Nepal o Acapulco. Hijo de una excelente familia de Boston oriunda del *Mayflower*, Reagan puede permitirse el lujo de la consecuencia y la perseverancia en la consecuencia. Sin embargo, hay quien le califica de «arquitecto de salón consumido por el apetito voraz de minorías cultas y sensibles». No es que Reagan superara nunca el techo de esta clientela, pero en el terreno de las intenciones, es posible que siempre la haya desdeñado. «El mundo —*op. cit.*— debería ser reorganizado por los arquitectos. Su aspecto es el lenguaje de su propia impotencia y confusión. Tal vez mejorando su aspecto se mejorara su historia. No, tal vez: puedo jurarlo sobre las tablas de la Ley.» El cambio de aspecto (*sundergrafus*), según Reagan, no puede ser sectorial: «De la misma manera que la lucha de clases no puede tener un *happy end* sectorial, sino internacional, la reorganización cosmológica será contradictoria hasta que no sea universal. No desconozco los niveles de utopía que tiene una propuesta como la mía que debe pasar por la constitución no ya de un poder arquitectónico universal, sino por una fijación previa de la necesidad que provoque ese poder. La necesidad existe, pero a la concienciación de esa necesidad se enfrentan poderosos intereses económicos y políticos que no quieren arriesgarse a un proceso revolucionario, sea al nivel que sea. Sin embargo, cada vez más, la reorganización cosmológica es un hecho irremediable. La colectividad humana dará una progresiva importancia a la preocupación ecológica. Formulada esta necesidad, no habrá más remedio que satisfacerla, antes de que sea evidente para la conciencia universal que el

freno es la represión establecida. Los poderes establecidos antes preferirán transigir en la revolución cosmológico-arquitectónica que en la otra. Lo que desconocen en su pequeñez filistea es que los niveles y sectores tienen una goma unitiva que les mutuo-implica en un juego de acciones y reacciones en cadena. De la misma manera que una manzana podrida contamina a las restantes del saco, la verdad ecológica conduce a la verdad histórica».

Kennedy conoció a Reagan desde su adolescencia. Siempre conservó hacia el muchacho un trato deferente, esperanzas fundadas en su genialidad. Jacqueline cuenta que cuando Walter le enseñó el proyecto del palacio, Kennedy comentó:

—Si yo me construyo un palacio así, se produce el primer golpe militar en la historia de los Estados Unidos.

—De eso se trata.

Le respondió Reagan que es antiposibilista en política, religión y matemáticas. No enfrió tan brutal comentario las relaciones entre los dos hombres, ni frustró el proyecto pese a las resistencias de Rose.

—A eso le llamo yo estirar más el brazo que la manga. El dinero que falte, ya lo pondrá el viejo Joe y yo me aguanto sin un montón de cosas que necesito desde la Gran Depresión.

El empeño de Jacqueline superó todas las dificultades y el palacio fue inaugurado dos semanas después de la toma presidencial. Para cubrir las apariencias, los Kennedy simulan vivir en la Casa Blanca. La existencia del palacio pasa inadvertida porque Reagan, con muy buen criterio, lo ha situado en el aire, oculto por una sustancia gaseosa y superfría que transparentiza la corporeidad de la construcción. Uno de los pasatiempos más recriminados al pequeño John John es que se pase el día vertiendo líquidos inconfesables sobre la cabezota de la Casa Blanca; vista en eficaz perpendicularidad desde su habitación del Palacio de las Siete Galaxias.

Los cursos de capacitación no habían sido desagradables. Algo molesto el proceso de la primera metamorfosis, pero más por un presupuestario sicológico mal educado, que por los actos y efectos consiguientes. Los

primeros días del tratamiento de individuación me deprimieron. Fue una torpeza por mi parte no haber avisado al médico, pese a los consejos iniciales de Mr. Phileas Wonderful.

Seguía oponiendo resistencia mental a las palabras repetidas continuamente por el altavoz de mi estrecha botella. No quería creerlo: *Cada cual, cuando amanece, es como el día anterior*, decía la voz gangosa y yo temía una conspiración global para cambiarme.

Durante treinta días permanecí en aquella botella, inmerso en aquel líquido malva. Todo ocurrió según lo previsto. A los veinte experimenté una sensación de cosificación. Como si la botella no contuviera más que líquido y yo fuera líquido mismo. Dos días después se operó la reacción esperada: sentí cómo nacía en mí un núcleo arraigante, un triple corazón y un triple cerebro, crecidos al unísono en el centro de mi prepotencialidad. Me sentí fuerte y solo, la fortaleza en relación lógica con mi soledad.

En las clases teóricas nos habían contado hasta el martirio la historia del pionero de la individuación. Un autodidacta japonés que terminó sin éxito su experimento, pero que había entreabierto una interesantísima puerta. Encerrado en un piso deshabitado, completamente vacío, incluso eliminadas con aspirador las últimas motas de polvo, desnudo, inmóvil, consiguió sobrevivir tres meses sin probar alimento. Pero sus gritos y un extraño hedor a óxido obligaron a la interrupción de la experiencia.

El profesor, con un largo puntero, señalaba en la pizarra los tres errores fundamentales del experimento precursor:

a) La no identificación entre ambiente y alimento físico. Se supera actualmente mediante la inmersión total en líquido fetal.

b) El nulo tratamiento de preparación psicológica. Para combatir la afluencia de pensamientos (en el sentido negativo) el precursor repitió continuamente fragmentos del libro rojo del presidente Mao. Eso había condicionado, fundamentalmente, la no consecución de un letargo gratuito total.

c) La no idoneidad del espacio escogido para el encierro y el proceso de individuación.

Chester B. Whole perfeccionó la experiencia. Inmediatamente se abrieron

clubs de individuación sólo al alcance de millonarios y militares de carrera. Afortunadamente, una de las convenciones de Ginebra había decidido restringir la individuación a contados seres humanos, en razón de su profesionalidad: agentes secretos, políticos, cardenales, sociólogos urbanos, lógico-matemáticos, cantantes de ópera, acróbatas, sordomudos y afiliados a sociedades secretas.

¿Por qué siempre me parece la música de Casals una despedida?

Una despedida rabínica. De rabino digno pero astuto, obligado a la diáspora. Y entre cilindros, el canto del rabino alcanzaba un colorido importante, en el dudoso caso de que haya coloridos importantes. Alguien me había dicho alguna vez que los ruidos de Bach manifiestan la infiltración de la burguesía en la superestructura. En la consistencia de la ingravidez es mucho más fácil sentir sensualmente convenciones lingüísticas como *patetismo o grandeza*. El espíritu dispone sus células para la violación. Algún día la biología descubrirá su escondrijo de pieles en carne viva, las cultivará como perlas japonesas. O las exterminará definitivamente, según aconsejen las previsiones estadísticas. Se desconoce de qué canales procede esa sangre especial, tan necesaria para la violación espiritual. Se reconocen los síntomas: se estrechan los esfínteres, revienta el pecho, te hundes en una emoción simiesca. Es el trémolo de la rogativa. Sin duda una rogativa rabínica. Yo he visto la montaña, la montaña que mata aviones ingleses. La he visto emerger más allá de las simas del Sitjar, donde caían vacas de costosa procedencia, incluso vacas muy aptas para una congelación *sine qua non* en la planificación de la Red del Frío. Pero bajo la rogativa rabínica late el pequeñito orgullo del *boy scout*. Lo juraría. Incluso las huidas, las caídas fugaces del tono conservan estrecha relación con los juegos formativos del scoutismo. Y esa grandeza. Oh, esa grandeza malgastada en títulos de nobleza. ¡La leyenda de los siglos! Por Dios, qué vergüenza.

Como un combinado de vodka y ginebra, como un ángel blanco servido por un barman algo calvo, algo marica, llamado Truman Capote. Es una invitación a la épica. Todo el arte es una invitación a la épica. Arma las



manos y las espinas dorsales, desarma las braguetas. Trampa sublime, alcahueta de la supuesta dignidad humana. Pero yo tengo una pistola sobaquera, la tendré siempre. Dispararé hasta el último cartucho contra cada cerdo que busque amparo en la podrida dignidad colectiva de la especie. ¿De qué ceguera surge esa podrida dignidad? ¿Quién mide su peso y su calidad?

Quisiera no moverme de esta parcela de la nada. Quisiera que siempre interpretaran esa música, que siempre la interpretara ese viejo arruinado por la historia y su propio continente semántico. No es cierto que cualquier paisaje sea bueno para una despedida, cualquier melodía propicia para el recuerdo. Quiero esta melodía en mi última despedida. Cuando circulen por nuestras venas los batiscafos de Bacterioon y la suerte esté echada, cuando toda la épica adquiera su contingencia final. Oh, entonces colocaré dos sillas de tijeras en el interior de mi cerebro ensangrentado, me sentaré con riesgo junto a cualquier pontífice de la dignidad humana. Le abofetearé en un perfecto interrogatorio que no conduce a otra evidencia que el propio acto de interrogar imposibles respuestas. Todo con una morosidad y una precipitación alternantes: ya estarán cerca los batiscafos de Bacterioon. En vano él intentará situarse a éste o al otro lado del paraíso. El marfil y el rojo hilachado de los alvéolos le aterrará. Entonces quiero esta música, esta misma, toda, del todo. Entonces le gritaré que ahí tiene la dignidad colectiva de su maldita especie: un conjunto de ruidos con éxito convencional que no existiría sin el juegucito cultural.

Y el pontífice llorará, le colgarán horribles mocos amarillos sobre el bigote pacifista.

En vano intentará levantarse.

Mis sillas me obedecen. Además, ya todo será inútil. Ya aparecerán en las fronteras de la sangre las proas de Bacterioon.

Los clarines eléctricos anuncian precisamente la hora de la cena en la quinta galaxia. Jacqueline suele entregar el cartón olfativo del menú: Tarta de col, filetes de cerdo con salsa de mostaza y un *mousse* de chocolate. Debió notar mi mohín de disgusto al llegar al capítulo de los vinos porque me interrogó

con cierta alarma:

—¿No le gustan los vinos de Monterrey?

—El clarete tiene un sabor demasiado acidulado, no se combina bien con los filetes.

Jacqueline se echó a llorar:

—¡Ethel tiene la culpa! Siempre dando órdenes absurdas al *maître*. Yo, en esta casa, soy un cero a la izquierda.

Comprendí que estaba a punto de provocar un rompimiento entre las cuñadas y elogíé las excelencias del Monterrey abocado con la tarta, sobre todo si habían conseguido darle un *bouquet* final algo rancio. Se alivió el disgusto de Jacqueline, pero no lo suficiente. Durante toda la noche se empeñó en conocer mi opinión sobre todos los platos y cada uno de sus ingredientes.

—¿Ha quedado bien la salsa? ¿No cree que hay un exceso de crema de leche y que el sabor de la mostaza está demasiado diluido? ¿Y las manzanas? ¿Ha quedado bien vaciado el corazón?

Yo aprobaba con entusiasmo creciente. En parte porque penetraba con agrado en los sabores de la cena y en parte porque era consciente de la animosidad que nacía en Robert Kennedy, consecuencia de la solicitud que me mostraba Jacqueline. Por otra parte, y pese a mis sonrisas, el *maître* empezaba a odiarme y es de todos sabido el instinto asesino de los *maîtres*; incluso de los *maîtres* de las mejores familias.

Robert Kennedy acentuaba su antipatía habitual. Cuidadosamente despeinado, bien trazadas las arrugas artificiales que acentuaban su edad política y su sonrisa publicitaria, departía con el embajador soviético y de vez en cuando me miraban con irónico acuerdo. Mientras comíamos, el hijo mayor de Robert Kennedy leía fragmentos del *Libro de los reyes*. Cuando llegó a la coronación de Joas a los siete años de edad, Carolina palmoteo de gozo.

El embajador aprovechó el fin de la cena para acercarse a mí y decirme al oído:

—Cuídenos al presidente. La suerte de la humanidad está en sus manos.

Robert Kennedy debió oírlo o estaba avisado del encargo, porque me

dirigió una mirada importante. Me senté junto a él, frente a la chimenea (en pleno verano, en el Palacio de las Siete Galaxias se provoca un clima interno invernal para justificar las chimeneas encendidas). El ex ministro de Justicia me indicó con un gesto que mirase hacia su hermano. J. F. Kennedy leía a su acostumbrada velocidad. Las páginas se sucedían ante él como movidas por un mecanismo automático sincronizado con sus ojos. En medio segundo leía una página de Hemingway y en dos, una de *La crítica de la razón pura*. En días de especial bonanza mental podía leer tres libros simultáneamente.

—Como San Francisco de Sales —comentó Robert, que nunca leía nada.

De pronto el presidente se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta. Fui tras él, dispuesto a no dejarle solo ni un momento, con la mirada del embajador soviético en mi nuca. Pero saltaron sobre mí Robert y Edward, me doblaron los brazos sobre la espalda y me derribaron. Me pegaron sin discriminar el sitio hasta que las luces se apagaron. Nuevamente se oyó el cello de Casáls, una penetrable claridad fue transparentando un muro. Tras el cristal se percibía una masa acuática de piscina privilegiada. Una docena de hermosos peces policrómicos cruzó el escaparate. Tras ellos, John Steinbeck y Nelson Algren, vestidos de hombres ranas victorianos. El *Magnificat* crecía. Temía lo peor. Me dolían todos los huesos. Edward Kennedy seguía sentado sobre mi espalda y uno de los pies de Robert me apretaba el culo contra el suelo.

Un oh total salió de todas las gargantas.

J. F. Kennedy cruzaba el escaparate con un estilo de braza perfecto. Vestía un traje de hombre rana con posibles.

Edward Kennedy me abrazó entusiasmado y me besó en la sien.

Aprender a matar fue lo más difícil.

Las vacilaciones, decía el profesor, generalmente no proceden de una repugnancia natural, sino cultural. El profesor no era alemán, como ustedes podían haber supuesto. Era un ex relojero suizo que había obtenido su sabiduría en la directa contemplación de la naturaleza.

—El acto de matar es instintivo, vitalmente lógico. Luego, las

inhibiciones se encargan de adulterarlo. Las inhibiciones se disfrazan con una capa de moralidad. Pero en realidad se trata de repugnancia por la mera formalización, desacreditada a lo largo de una educación visual. Recuerden la primera imagen de la muerte que fijaron en su cerebro: Caín, quizá feísimo, con una descomunal quijada de burro en la mano. Abel, barbilampiño, blanco, yaciente. Después la literatura, el cine, todo, tiende a desacreditar la muerte aunque proporcionalmente la avale si la suministra el héroe. Fíjense en que el villano mata sin contenciones, sin límites. En cambio las matanzas del héroe han de justificarse siempre, ética y estéticamente. A la muerte se le ha dado un carácter ultra: o es épica o es vergonzosa. Ustedes, a lo largo de una vida profesional, que les deseo sea dilatada, comprobarán que la muerte no es otra cosa que un ademán afortunado.

La teoría del ademán afortunado presidía las cinco horas de clase semanal destinadas al arte de matar. Presidía también mis irregulares conversaciones con Wonderful, el director de la escuela, siempre tan amable conmigo. Las clases prácticas fueron al principio muy enervantes. Comenzamos con enemigos de trapo, acabamos con cobayas humanas auténticas; ejercicio de fin de curso. Empezamos aprendiendo a disparar, a apuñalar, a estrangular con dogales hindúes. Después los ejercicios admitían variantes. Fue muy comentada mi versión del estrangulamiento hindú sustituyendo el dogal por la cadena de un *water closet*. Un asesinato *in situ* y con material de mano, comentó el profesor, que no hubiera realizado mejor el malogrado Orestes Docali.

Pero matar con la mano era lo más difícil de todo. El cuerpo humano tiene veintidós puntos mortales. Puede llegarse a ellos mediante un golpe o mediante la aprehensión. La mano, si es experta, puede hundirse en los tejidos adversarios, aprisionar el bulto de la vida y tirar de él hasta desgajarlo. Los enemigos mueren entonces con una perfecta limpieza, los ojos cerrados, también los labios, sin una expresión que culpabilice al agresor. Sus brazos se doblan, las palmas de las manos se te oponen, pero sin tocar. Es algo así como la prueba de multiplicar. Si se obtiene esta gesticulación, el ajusticiamiento ha sido perfecto.

Es muy importante apartarse del cadáver sin mirarle. Es un muerto que

olvidarás pronto si pierdes el tacto del remordimiento.

Primero matábamos peles, perfectas reproducciones humanas. Les dábamos nombres humanos. Convivíamos con ellos. Nos inyectaban drogas del afecto, les teníamos aprecio. De pronto nos llegaba la orden de matanza en una clave codificada: cada signo traducía un ademán.

Matar a seres humanos auténticos requería una destreza más psicológica que manual. Eran meridionales del mundo. No sé si este concepto es suficiente. El sur se caracteriza en casi todas partes por la poca valoración objetiva de su población. El sur es siempre una referencia geográfica relativa, porque el sur siempre es norte con respecto a otro sur. Pero cualquier sur, me había hecho observar míster Phileas Wonderful, siempre está degradado humanamente con respecto a su norte referencial.

Ellos sabían de qué iba.

Se lo dejaban hacer a cambio de un seguro de vida. Nada individuados, tenían una obligatoriedad sentimental para alguien que les llevaba a sacrificios tan totales. Ya eran viejos perros sin raza, de nariz húmeda y ojos despoblados. Pese a su poquedad se hacían pagar caro el último trabajo, hasta tal punto que nuestro tesorero se quejaba del alza de precios y solía comentar lo necesario que sería la permisión de un sistema similar a las *razzias* de esclavos o a la liquidación científica de los prisioneros.

Después, ya profesional, has de matar continuamente. Entonces las víctimas se defienden, algunas saben tanto como tú.

Es lo que decía el viejo Wonderful el día en que celebramos su jubilación.

—En nuestro oficio cada día se aprende algo.

Wonderful ha sumado hasta diez bienios. Era el agente secreto mejor pagado, con todo merecimiento. Era un señor en esta profesión a la que llega tanto piernas. Supo guardar para la vejez que es la suprema sabiduría de un buen agente. Aunque, todo hay que decirlo, se soporten muchas cabronadas en este oficio, la paga de jubilación es bastante buena y los descuentos en los economatos, importantes. El otro día, sin ir más lejos, me compré un somier por cinco dólares.

En la corte de los Kennedy coexisten eunucos dálmatas —acojonados en las arenas de Long Island—, caleseros de Nanterre, cocineros suizos (excelentes), un embajador soviético, *pom pom girls* de California, viudas de cinco guerras mundiales, dos objetores de conciencia australianos, un campeón mundial de ping-pong que ha traído su mesa predilecta, tres camareros maricas que duermen en habitaciones separadas, un gaucho disecado regularmente por Ted (precoz taxidermista desde que Rose le regaló un equipo completo el día de su primera comunión), un pelotari vasco cejijunto, media docena de cantantes suaves como un batido de vainilla, dos viejos marinos enamorados de dos gordísimas sirenas de Siracusa, diez defensores de derechos civiles con sus correspondientes defendidos, un *sheriff* malo, dos *sheriffs* buenos, un batería de jazz tuberculoso que se masturba en los retretes del todo Boston, un agricultor abisal especializado en injertos de alga Rosalind, un capador de polillas, un poeta concreto que cruje al andar, una virgen samoyeda que se perdió en el polo norte, una doctora española especializada en zonas erógenas, dos cantantes de jazz con cáncer de garganta, un defensa central del Manchester United y un interior izquierda del Manchester City, un filósofo alemán especializado en sí mismo (su mujer le precede por los pasillos pidiendo silencio a los que se les cruzan), dos presidentes de juntas de vecinos de Ankara, un primo hermano de Hitler, que se le parece mucho en el andar y en la especial entonación de la palabra *espátula*, un meteorólogo, un domador de gallinas, un dentista florentino, príncipes enanos abandonados en los cubos de la basura, un campeón de partidas simultáneas de ajedrez, el traductor de Oscar Wilde al ucraniano y la verdadera princesa Anastasia, definitiva baza legal que Occidente se reserva para reclamar el trono de la URSS, un segundo antes de la agresión nuclear.

La primera vez que hablé con Kennedy fue a los pies de la estatua de Lincoln. El presidente suele pasear dando vueltas a la estatua, seguido de sus doce ayudantes negros, que se mueven con la perfección de los *boys* de Ethel

Merman. Allí fue mi presentación, de la mano padrinal de Alian Dulles, sempiterno comedor de bananas que le envía en cajas especiales la delegación de la United Fruit Company desde Guatemala. El presidente rehusó compartir la banana que le ofrecía Dulles y compuso una sonrisa de fotografía de *Life*. No de fotografía a toda plana, no de fotografía a dos columnas. Más bien era una sonrisa de pequeña fotografía, de esas pequeñas fotografías sin pie que suelen acompañar al subtítulo de un artículo kennedysta en una revista femenina y kennedysta. La sonrisa J. F. K. era una sonrisa de esas pequeñas fotografías con retícula, fotografías de rincón de reportaje, voluntariamente arrinconada para destacar su humildad expresiva y atraer la sabia atención de los lectores buscarrincones donde degustar la información con verdadero *human interesting*. Era una sonrisa de padre que lleva a su hijo sobre los hombros de joven recién casado que se vuelve hacia la joven recién casada y en el destello de sus ojos pone brillo de atardecer en Mallorca, no muy alejados los acostumbrados humildes árboles de humilde fotografía de rincón propicio, ni tampoco muy alejado el estanque de aguas deliciosamente podridas con humildad de aguas podridas, con lotos en olor a sapo y un barquito de papel abandonado por un niño contratado por el Departamento de Estado para que abandone barcos de papel en estanques de aguas podridas, cercanos a presidentes de Estados Unidos susceptibles de ser fotogénicos, sobre todo con fotogenia especial de foto de rincón de *Life*, reticulada, con bruma artificial.

J. F. K. sonrió a Alian Dulles, decía, y Alian Dulles también sonrió. Era la suya una de las sonrisas más molotovianas que he visto en mi vida, incluida la de Molotov. Cuando Molotov sonreía, los *cameramen* de Hollywood filmaban con teleobjetivo, porque sabían lo apreciadas que eran sus sonrisas para el montaje de películas anticomunistas. La sonrisa de Dulles era molotoviana, hasta tal punto que los *cameramen* soviéticos nunca la filmaban para no hacer contrapropaganda. Dulles comía bananas con una grosería irritante. La reacción presidencial no se hizo esperar. Kennedy le quitó la banana de un manotazo que la situó, convenientemente destruida, sobre la aguileña nariz de Lincoln. Alian Dulles se puso en guardia con el brazo derecho caído, el izquierdo hostigando a su rival. Inútil. J. F. K. hizo un

amago de darle en el hígado con el puño derecho y cuando Dulles se cubría, el izquierdo presidencial llegaba estruendoso hasta la nariz antagónica.

El anciano se sentó sollozante en las escalinatas. Gemía y perjuraba que de haber vivido su hermano mayor el presidente nunca se hubiera atrevido a tanto. Kennedy citó dos versos de Tennyson que no venían a cuento, como si recitara un guión malo de la Paramount en los años cuarenta. Alan Dulles sacó un Breviario del bolsillo y cantó algunos salmos de David. Fue entonces cuando Edgar Hoover retomó el asunto de mi presentación y sustituyó a Dulles en el papel de padrino. Kennedy me dio un apretón de manos. Cuando le dije que era español, el presidente recitó un verso y medio del *Libro del Buen Amor*. Cambió pronto de tema para demostrarme su total desacuerdo con Pérez de Ayala en el demoledor ataque a Cejador.

—Cejador es un hombre honrado.

Con todos los respetos le objeté que apañada estaba la literatura con críticos exclusivamente honrados.

—La honradez es una gran cosa.

—Pero muy poca cosa en crítica literaria.

El presidente insistió en que, de momento, la crítica literaria dependía sólo de la honradez crítica, por una parte, y de la inteligencia acumulativa del crítico, por otra. El fracaso de la metodología crítica es ostensible, remachó Kennedy.

—Claro es —añadió— que puede resultar de sumo interés una síntesis entre la crítica ideológica y las abstracciones y generalizaciones conseguidas por la rudimentaria neoestilística ya que...

La palidez del presidente nos comunicó la llegada de un molestísimo *lapsus* que corrigió inmediatamente uno de sus *boys* negros con los ojos cerrados...

—... ya que en las conquistas de Leo Spitzer y sus muchachos sobra un mucho de timidez ante el predominio de la crítica ideológica en el período de entreguerras. Yo sigo...

Pero ya el presidente había recogido el hilo y proseguía con una simpática voz, voluntariamente fallona por lo estrangulada...

—... con sumo interés los vanos esfuerzos del estructuralismo para llegar



a una ciencia literaria. El estructuralismo es un vano esfuerzo neopositivista, escogido por el capitalismo imperialista para meter una cuña ideológica dentro del pensamiento marxista. Y sobre todo para restar votos al partido comunista francés, votos procedentes de los *normaliens* de izquierda y de toda la pequeña burguesía intelectual en general.

La socarronería del presidente me alertó sobre lo que descubriría días después. Uno de los secretos más celosamente guardados por la CIA es una academia de agentes estructuralistas, posteriormente infiltrados en las universidades europeas. Uno de los mayores éxitos de estos agentes fue el ataque cardíaco que sufrió Pierre Vilar cuando un alumno norteamericano le aseguró que Marx había frustrado, y por lo tanto usurpado, la posibilidad coyuntural de otro Marx más inteligente y más marxista; la época estaba en condiciones de proporcionarlo.

No fue éste el único descubrimiento que me confirmó la rotunda eficacia del *trust* de los cerebros al servicio de Kennedy. Vivir en la atmósfera próxima a Kennedy era lo equivalente a vivir en la corte siciliana del gran Federico arabizado. Si el gran Federico se vestía con turbante y adoptaba costumbres árabes, Kennedy era un apasionado coleccionista de toda clase de noticias sobre la personalidad de Fidel Castro. No ocurría otro tanto con Kruschev. Y es que frente a Castro entraba en competencia su juventud y su *sex-appeal*. Kennedy se miraba al espejo que le había enviado La Begum y preguntaba cada noche:

—Dime, espejo mágico, ¿soy el más hermoso de los presidentes?

Y el espejo contestaba:

—Depende. Para Latinoamérica el más hermoso sigue siendo Fidel Castro.

Kennedy, más al día que la madrastra de Blancanieves, no respondía con un alarido colérico. Sonreía con dos gotas de melancolía en cada juntura de los labios y se pasaba la mano por el despoblado mentón, en una pose extraída de la portada de su obra: *Perfiles del valor*. Soñaba con una invasión de Estados Unidos por imperialistas de Costa Rica. Entonces, Kennedy, con doce de los suyos, huiría a las Montañas Rocosas y organizaría la reconquista popular de los Estados Unidos. Se dejaría la barba, como Castro, y como

Castro improvisaría un discurso tan redondo como *La Historia me absolverá*. Ya veremos cómo el talento de Walter P. Reagan conseguía periódicamente satisfacer el sueño de Kennedy.

Tardíamente, a punto de conciliar el sueño, se consolaba al comprender que el rasurado es a un sistema democrático capitalista lo que el ceño fruncido al stalinismo. Rezaba tres padrenuestros a Fray Junípero Serra y entregaba su coraza humana al pegajoso oscuro vaho de la noche.

*Champolión* —me decía lady Bird—, *¿es cierto que orejear no dispuye la tros ta dura dar carnavaco domi-nodo? Do yon der tupe diarianai do poyo. Do yon dai fago dura trosta chita. ¡Sai, sai, la sota direta!*

Jacqueline escribe poemas en francés. En varias ocasiones ha estado a punto de dejármelos leer, pero su intención inicial no ha prosperado, tal vez no inspiro confianza como lector amable. Temo que mi impasibilidad no haya sido tan total como yo creía. Quizás haya visto en mis ojos la punta del estilete del escepticismo. Jacqueline es tímida y no muy brillante, aunque su inglés tiene una entonación de inglés apto para decir cosas brillantes. Es una frustración similar a la de lady Churchill, a quien acompañé en las jornadas que pasó en las Bermudas en 1959, apenas iniciada mi carrera profesional. Lady Churchill es el continente del aplomo como una piel falsa sobre la carne de la irresolución.

El lenguaje de Jacqueline está frustrado. Sus cejas, su entonación, sus sonrisas, sus gestos en demanda de turno para hablar, prometen la brillantez misma. Pero de sus labios sale el 50 por 100 lingüístico restante, mediocre, apagado, aunque con una cierta gracia prestada por la sensibilidad y una buena dosis de sentimentalidad pervertida.

Soy un buen observador del lenguaje totalizador del ser humano. Más de una vez la tremenda elocuencia del silencio de mis enemigos me ha salvado la vida. En Jacqueline me quedaba un pequeño tanto por ciento por descifrar. Conocía yo los ingredientes lingüísticos de la pijería de Nueva Inglaterra,

también el lenguaje convencional de joven americana ex iconoclasta con ambiciones artísticas, el condicionamiento de sus ojos no muy grandes y demasiado separados (por eso la sonrisa de Jacqueline es mucho más oral y labial que ocular), el stanislavskismo de su columna vertebral y sus brazos sueltos, con el que Elia Kazan ha impregnado el lenguaje cultural del norteamericano sensible. Pero había una pequeña zona oscura cuyo significado desconocía. Era el chupeteo del labio superior sobre el inferior, mientras la boca se distiende como en una sonrisa de pato; Jacqueline recurría a este signo cuando ironizaba o cuando quería ser de una gran precisión descriptiva, es decir en la cumbre del devaneo brillante. Al decirme hoy que escribía poemas en francés, he comprendido que su recurso lingüístico supremo procedía de la influencia de la lírica francesa declamada en alta voz, del respeto ejercido por la pronunciación de palabras como *Mallarmé*. El libro inédito de Jacqueline se llama *Le jeu de vivre*, parió el título con sumo dolor porque dudó mucho tiempo entre otros títulos posibles: *La douleur des jours*, *Mort à l'âme*, *Comme çi, comme ça...* Steinbeck se inclinaba por este último título, pero Jacqueline desistió cuando Robert se opuso, porque el título evidenciaba un escepticismo, una inseguridad que en nada beneficiaba la carrera política del presidente. John F. Kennedy fingió desentenderse, pero yo sé que durante un fin de semana en los Apalaches consoló a Jacqueline y le prometió aceptar el título *Comme çi, comme ça* cuando cumpliera su segundo mandato presidencial en 1968.

Tras mucho respetuoso rogar, Jacqueline me ha recitado uno de sus últimos poemas en francés:

*Le jour beni ton nomme: amertume  
quand le baiser fleuri est mort  
prêt de la nuit ton ombre  
rappelle une tristesse d'adieu;  
le fleuve plus noir n'oublie pas  
les chants des jours méchants  
et moi, moi, je suis seule  
et parcour les lourdes routes*

*des désirs, les lois, l'espoir d'antan.*

No ha querido seguir. Con rubor me ha mirado a los ojos.

—¡Qué tonta soy! Me prometí cien veces no decir nada a nadie sobre mis versos y cien veces vuelvo a decirlo.

—Tienen un gran poder evocador.

—¿Usted cree? Mi hermana la princesa me anima a escribir. Me dedica unas cartas largas y cariñosas. Es muy buena.

He intentado que siguiera recitando.

—Déjemelo leer a mí.

—No, no. Cuando estén más elaborados.

—No le haré ningún comentario.

—¿Ni revelará el secreto a nadie?

—Lo juro.

Tras mucho insistir me ha enseñado unas canciones de protesta y testimonio, claramente diversificadas.

### **Canción de testimonio por Jacqueline de Bouvier**

*Cruzan las garzas cielos luminosos  
en la vieja ruta de Kentucky  
y mi corazón sigue triste.*

*Bajo los cielos, bajo las garzas,  
bajo las nubes, bajo los soles,  
en la vieja ruta de Kentucky.*

*En la vieja ruta de Kentucky  
sigue la buida de un hombre,  
y mi corazón está triste.*

*Blanco o negro, bajo lluvia o sol,  
huye por la ruta de Kentucky  
y mi corazón está triste.*

*Si nadie huyera, pasaran garzas,  
hiciera sol o lluvia, en esperanza,  
mi corazón no estaría triste.*

### **Canción de protesta por Jacqueline de Bouvier**

*Despierta, yanqui,  
sonó el doblón;  
no más dinero, no más dolor,  
dolor, dolor.*

*Tu oro antiguo  
no tiene ley;  
no tiene patria su desnudez,  
dolor, dolor.*

*Tira tu oro  
a un mar humano  
y así seremos, todos hermanos,  
dolor, dolor.*

*Pueblos de Cuba  
y Panamá, no más dinero  
no más dolor,  
dolor, dolor.*

Kennedy suele ser campechano con sus servidores. Pero a pesar de las miradas de curiosidad que me lanza, comprendo que para él apenas soy otra cosa que un ayuda de cámara especializado en mirar a izquierda y derecha, con el ceño fruncido y la mano suelta. Me hubiera gustado conocer a este hombre antes de que aprendiera a ser presidente, antes de que todos sus órganos se hubieran modificado según las funciones presidenciales. Mira como un águila avizor por encima de las cabezas y las mieses, aunque la fuente democrática de su poder y la estética del sansculotismo le obliguen a echarse gotas de colirio en los ojos para darles brillo, encanto de remanso, sin quitarles ni un grado de su aquilina vigilancia. Mueve los brazos en una estudiada, aparentemente relajada parsimonia de todopoderoso. Pero nunca consigue eliminarme la impresión de que sus brazos pueden abrazar todas las fichas que puntean el tapete y llevárselas ante la impotencia legal o tramposa del *croupier* neofrancés. Camina como si su casa fuera el mundo. Sonríe como si su sonrisa nos salvara la vida. Miente como si no. Olvida con encanto. Un poder desodorado emana de sus axilas, que no parecen de este mundo y en sus escasos momentos de sorprendida intimidad, se descubre pronto el carácter fotográfico de esa intimidad, como es descubrimiento continuo el publicismo de su pulso, de su respiración o de sus excrementos.

El aristocratismo campechano es uno de los más repugnantes arropes que embadurnan las buenas, malas y falsas conciencias de la aristocracia de este país. Basta ver la relación de Kennedy con sus hijos. Si me dieran un dólar por todas las veces que John John pasa por debajo de sus piernas sin que el presidente tenga la lógica, tamerlaniana apetencia de sentarse encima y aplastarle, ya habría podido jubilarme con una pensión de comerciante inglés

de novela victoriana. Y me bastaría medio dólar por todas las fotografiadas caricias mejillares que el presidente ha malgastado en su hija.

Yo prefiero el talante déspota de Tamerlán. Abstenerse de estas delicias de la omnipotencia es falsearla. Por más alcohol que ponga en sus manos Armadoras de disposiciones que cambian vidas y haciendas, no conseguirá dejar de ser Tamerlán, defensor de un sistema que lucha a muerte para sobrevivir. Portador de catastrofismo y dolor, no conseguirá evitarlo por mucho que sustituya el perfil rapiñador de Henry Ford por una dulzona sonrisa céltica de irlandés bien criado y lector de Robert Frost.

Míster Phileas Wonderful me acarició con sus ojos cordiales, como un paquete de tabaco entreabierto y ofrecido, como una tapicería de sofá de tacto hogareño. Míster Wonderful acariciaba con la sonrisa de amplio vividor, ancho, alto, sesentón bien conservado, algo amarillas las abundantes canas bajo la acción de cotidianas colonias coloreantes, un detalle apenas molesto en contraste con la regularidad y blancura extasiante de una dentadura en cinerama. Elogió mis progresos a lo largo del curso de adiestramiento y planteó sin rodeos el asunto de la profesionalidad.

—Tiene usted la formación crítica de Isaac Deutscher y el *sex-appeal* de John Gavin.

—Lo reconozco. Y además la encantadora brutalidad de un miembro de las juventudes hitlerianas.

Míster Phileas Wonderful no estaba de acuerdo con mi adjetivación. Había luchado como militante socialista en casi todos los líos europeos del siglo y finalmente había comprobado su conversión en técnico de inseguridades.

—Es cuestión de profesionalizar el amateurismo de la acción, comercializarla. El socialismo podrá imponerse sin que usted o yo muramos en la guerrilla y si lo abandonamos a tiempo viviremos mucho mejor hasta que llegue esa, hoy por hoy, lejana consecuencia. La CIA es un campo de experiencias fascinante, sobre todo cuando uno puede acceder a puestos de dirección. Normalmente, incluso nosotros tenemos una idea equivocada de lo que somos. Nuestro trabajo tiene un nivel de modificación poética de la historia: somos lo único que se enfrenta a la descarada con el avance del

comunismo, precisamente porque no nos importa que a la larga gane. Se trata de un mero desafío técnico: cuánto tiempo seremos capaces de ir entreteniéndolo ese avance. Es una actividad mucho más bonita que contribuir al avance. La grosería moral del revolucionario salta a la vista. Un revolucionario es, como el santo, el mártir o la virgen, un ventajista repugnante. Usted mismo puede haberlo comprobado.

Cada gesto de asco le permitía enseñar un fragmento de su impresionante, irreal dentadura.

—No hay ser tan molesto como el místico revolucionario, convertido en severo juez del comportamiento ajeno desde la legitimidad de su irreprochable sacrificio histórico. En cambio, un agente de la CIA es un ser marginado, un incomprendido poeta de la contrarrevolución. Pero créame, sabrá convenir conmigo en que sin la CIA no habría ni historia ni dialéctica. Un agente de la CIA es no sólo un poeta de la revolución sino un legitimador de la revolución.

—Y está mejor pagado que un revolucionario.

—Bastante mejor.

Convino Wonderful mientras me ofrecía otro cigarrillo:

—¿Qué fumaba usted cuando era un revolucionario?

—Celtas.

—¿Qué es eso?

—Tabaco español.

—En mis tiempos se llamaban de otra manera. A lo que iba; un agente de la CIA vive una existencia poco vistosa, aunque tenga que hacer cosas supuestamente repugnantes. Nunca es víctima de la obscena solidaridad con nada ni con nadie. Es un héroe aséptico y total.

Mister Phileas Wonderful es en la actualidad un experto en propaganda norteamericana. En momentos difíciles para el prestigio USA, Wonderful sabe convertir las derrotas en victorias, los asesinatos en beneficencia, las invasiones en turismo, la coacción en protección. Wonderful es el supervisor de los *slogans* que en todo el mundo reciben los agentes internacionales de la USIS, en un cómodo aunque delicado retiro.

Siempre he comparado a Wonderful con Muriel. Wonderful era el



antimuriel, por eso me tranquilizaba tanto, por eso me absorbía tanto. Muriel me mantenía siempre en la repugnante tensión de la pretendida autenticidad, sin que ella lo tuviera muy clarificado; pero sí disuelto en su sangre, sus células. En cambio, Wonderful era tan controladamente siniestro que merecía el adjetivo de delicioso. Le imaginaba a lo largo de su historia, preparando atentados, reunido con los delegados de la Internacional, cambiando de Internacional con calculado nerviosismo, apostando por bazas revolucionarias y democráticas hasta que un día se vio aplastado por un invierno de exilado, probablemente acuciado por la miseria heroica. Tremendamente lúcido como para comprender lo irrepetible de su vida, que se vive solamente una vez, que hay que aprender a querer y a vivir, que apenas si hay tiempo de hacer algo por uno mismo. Son los fantasmas que yo vi aparecer en la penumbra del campo de batalla que había quedado después de la discusión con Muriel sobre el mérito y demérito de Rousseau o Voltaire.

También Wonderful había cambiado de camisa, cargado de santa indignación liberal frente al brutalismo staliniano, como yo me había rebelado contra el purismo esquemático de Muriel. Pero progresivamente se habría hecho más sincero, más consciente de sus reales motivaciones. Ni siquiera ahora la dentadura postiza y las canas teñidas disimulaban sus rasgos de español, sus rasgos de isleño de la Historia, loco y acobardado. Wonderful sabía que yo conocía su historia, su origen. Con tablas de actor de carácter muy curtido daba por sentado que yo comprendería su arqueología, porque se correspondía en bastantes puntos con lo que ya empezaba a dejar de ser mi historia. Y a mí me fascinaba la excavación en aquellas ruinas tan bien conservadas, tan restauradas, tan declaradas de interés nacional. Amaba su libertad y la capacidad de superar el autodesprecio mediante la asunción de un total desprecio por la otredad. La vida es una sucesión de movimientos hacia el éxito, él y yo sabemos que en último extremo tenemos la posibilidad de acometer un movimiento vedado para la inmensa mayoría de los pobladores del hormiguero: el movimiento de llevar la mano a la pistola sobaquera, quitar el seguro, apuntar y no preocuparnos por el qué dirán.

La esposa del agregado cultural de la embajada de Austria es rotunda. Cuando la agregada se desnuda, sus carnes parecen como prevenidas para el desembarco y saltan por su propio peso. Parece como si cayeran, pero quedan en el aire, elásticas, algo vacilantes, pero seguras de sí mismas, como las atletas lanzadoras de peso cuando comprueban la elasticidad de la pierna que va a respaldar el lanzamiento del cuerpo. Son bicolores, semitostadas por el escaso sol de Washington y por el aparato de sol artificial.

La señora del agregado cultural austríaco mide 97 de pecho y 90 de cadera. Nadie podría hablar de lo que es una mujer sin haberla palpado. El frío de las posaderas tiene una consistencia extracarnal, una consistencia de fruto inexistente. Recorrer con el cuenco de la mano el torno de su pierna es un viaje del que nadie quisiera volver.

La señora del agregado cultural austríaco aprendió el amor en la Escuela de Viena. Es el suyo un estilo inconfundible. Sus gemidos son de una pronunciación perfecta y sus aleteos finales superan en delicadeza la muerte de Margot Fonteyn en *El lago de los cisnes*. Desde la melena hasta el diseño de los dedos del pie, la agregada cultural es un perfecto animal. Cuando la agregada cultural va vestida, sólo experimentan deseos de agresión un 65 por 100 de la población masculina de Washington y un 44,3 por 100 de la femenina. Pero cuando la agregada se desnuda, pese a que el Instituto Gallup no lo ha verificado, los agresores serían el 98 y el 76 por 100, respectivamente.

Los labios de la agregada cultural son fibrosos y adhesivos. Practican un doble movimiento de posesión y despegue cuya lentitud sólo podría compararse al ralentí de un salto de caballo. La agregada cultural siempre camina con expresión concentrada, como los cazarrecompensas. Vive las veinticuatro horas del día pendiente de su arte. Imagina nuevas técnicas, ejercita continuamente ante un espejo de siete lunas que le regaló Sukarno, agradecido.

Nunca ha tenido una hora baja. Nunca ha tenido un minuto de ridículo afeminamiento. Su disposición para el amor es perfectamente viril, en sus acciones no se conduce con el falso aplomo de la tímida experimentada, ni

con la brutal seguridad de la buscona. Es como si el acto de acoplamiento se hubiera elevado a la categoría de deporte olímpico y la agregada ganase siempre, siempre, la medalla de oro.

Cuando la agregada ha conseguido lo que quería, nunca se despide. Se viste en silencio, te da la espalda y se marcha antes. Si te enamoras de ella, te abandona y si te suicidas por ella, *no comment*. En las recepciones nunca habla, sólo una vez se ha desnudado en público.

Dicen que ocurrió en Londres, que una tremenda angustia explotó en el pecho de los comensales. Pero sólo uno lloró, como si se le hubiera muerto el hijo predilecto.

El rumor ha circulado durante horas, incontrolable.

El FBI ha comunicado que tal vez Pepe Carvalho había penetrado en el país a través de la frontera canadiense. Primero, Hoover me lo ha informado con una sonrisa confiada en los labios. Para él Pepe Carvalho es un buen profesional del crimen, pero no por ello deja de ser lo más parecido a un puertorriqueño. Para Hoover el único gallego importante es el general De Gaulle.

Los conocimientos históricos de Hoover están en relación inversa con su obscena confianza en sí mismo. Ha consultado el tablero electrónico situado en los sótanos de la Casa Blanca. El intruso pronto ha sido localizado a cincuenta kilómetros de la frontera. Pero no era Pepe Carvalho. Durante unos minutos he tratado de saber quién era. Los celos de Hoover son evidentes y me ha negado, con cierta elegancia, la información. Ya estaba dispuesto a exigírsela cuando todo lo ha trastocado la brusca irrupción de Bob Kennedy en la estancia.

El rebote de la puerta contra el muro, el rayo de sol arrancando destellos de su flequillo movedizo, el espacio rápidamente engullido en tres zancadas, la tensión del cuerpo electrizado por la indignación, la sonrisa de desprecio y desprecio, las manos asidas a las caderas... Bob Kennedy ha provocado un silencio que yo había olvidado desde mi estancia en las sedes policiales en papel de víctima o incluso desde mi primera infancia, cuando mi padre o

algún profesor saciaban vampirescamente sus impotencias en el terror que podían leer en mis ojos. Es el silencio del terror y la culpabilidad. Bob acusaba a Hoover con el índice.

—¿Por qué no me ha avisado? Un criminal peligroso penetra en los Estados Unidos con el fin de matar nada menos que al presidente y yo soy el último en enterarme.

Hoover ya se había repuesto. Sin contestar ha vuelto la espalda al ex fiscal general para seguir el examen del mapa electrónico con las manos en los bolsillos. Las venas del cuello kennedyano estaban al tope, los delgados labios se han abierto y adelantado para escupir la palabra:

—¡Cerdo!

Hoover se ha reído levemente, ha disculpado el insulto con una cabezada condescendiente. Dos agentes del FBI se han acercado a Bob para colocarse a su lado. Pero no bien establecidos, ya Bob ha lanzado un codazo lateral al de su derecha, mientras con la izquierda daba un golpe de karate en la nuez del otro agente. Después parecía que iba a lanzarse sobre Hoover. Éste ya le daba la cara y era la suya una cara sonriente, tranquila. En la mano de Hoover adquiría evidente consistencia su Parabellum negra preferida. El cañón de la pistola ha topado con el duro estómago de Bob. El aliento de los dos hombres era casi uno solo.

Poco a poco han distendido los músculos del rostro, ha ido asomando una primera vergonzante, finalmente decidida sonrisa. Después, la risa les ha apartado como repelidos por una descarga eléctrica. Sin apenas poder hablar.

—¡Edgar, Edgar, eres grande!

—¡Oh, Bob; tú, Bob, Bob, qué entrada!

—Lo venía preparando por el camino.

—Parecías James Cagney en sus mejores tiempos.

Han caído al suelo vencidos por la risa. Cada vez que recobraban la compostura, bastaba el cruce de una mirada para que las carcajadas y las lágrimas volvieran a fluir. Hoover se ha tomado unas pastillas contra las emociones y ha seguido riendo sentado en el suelo.

He salido de la estancia tras los pasos de Bob. Al llegar a la zona más oscura del pasillo, Bob se ha revuelto rápidamente y me ha arrinconado

contra la pared.

—¡No le quite el ojo a Hoover! ¡No me fío!

No he tenido tiempo de cerrar mi oreja al aliento fonético de Bob. Un puñetazo cortante, kennedyano, contra mi bajo vientre, me ha doblado. Poco después, semiinconsciente todavía, he visto pasar ante mi nariz las dos rayas perfectas del pantalón gris de Hoover.

—¡Este Bob!

Iba diciendo y reía.

Jacqueline me cuenta, a veces, fragmentos de su vida. Me veo entonces en la obligación de corresponder. El otro día ella se explayó sobre el tema de la suegra y las cuñadas. Yo intenté transmitirle el fondo y la forma de mis relaciones con Muriel, de mis perplejidades ante nuestra hija. Pero entre Jacqueline y yo había una desconexión lingüística evidente. Yo hablaba como un *playboy* nostálgico de su etapa de romanticismo pequeño-burgués y ella como la directora de un consultorio sentimental. Derivé entonces a una burda narración de mis trabajos: agitados unos, rutinarios otros. Así desbordé el didactismo de Jacqueline, que parecía sorprendida por la brutalidad de algunas situaciones que yo había protagonizado y por el cinismo expositor de mi relato.

—¿Pero eso lo hizo usted?

—Es posible.

—¡Cómo es *posible*! ¡Lo hizo!

—No lo niego.

Jacqueline me dijo casi en serio que yo era un tipo peligroso y que empezaba a comprender el abandono de que me habían hecho objeto mi mujer y mi hija. Me resultó duro admitir que mi niña me hubiera abandonado. Pero probablemente era lo cierto.

La conversación con Jacqueline sirvió de detonador para que se abriera el televisor de los recuerdos. Allí estaba Muriel, miope, sonriente, con toda su ideología a cuestas, convertida en cuerpo mismo. Por ejemplo, aquel empecinamiento suyo en no depilarse las piernas porque era una inadmisibile

concesión a la manipulación cosificadora de la mujer convertida en objeto sexual. Pero tenía unas piernas bastante bonitas que no podía enseñar por culpa de la asombrosa tenacidad de su vello, lanzas negras que atravesaban sin piedad incluso la dura lana negra de los más historiados leotardos. Hablar, vivir, con Muriel era un duro ejercicio de gimnasia ideológica. El uno dos, uno dos nos acompañaba de día y de noche y, en ocasiones, al borde mismo del acto del amor, me obligaba a comentar el último texto político o la última polémica derivada del turbio asunto de una línea política general demasiado contemporizadora.

—Estamos empeñados en el asalto a la contradicción de primer plano y tendemos a olvidar el asalto a la contradicción fundamental.

... podía musitar Muriel, por ejemplo, mientras yo intentaba desabotonarle la chaqueta del pijama a las dos de la madrugada. Yo me veía entonces obligado a contestar:

—No hay dos impulsos dialécticos sucesivos. Sería una regresión a la dialéctica lineal hegeliana. En el asalto a la contradicción de primer plano está el asalto a la contradicción fundamental.

—Qué brillante eres...

... musitaba Muriel, ya en la esperada frontera del espíritu y la carne. No era mucha su carne, es cierto. Pero pese al escepticismo de los testigos exteriores, estaba mucho mejor situada de lo que falseaban sus maneras y sus usos de vestuario. Y en los momentos decisivos, pocas mujeres me han compensado mejor que Muriel, ni siquiera hay una distancia excesiva entre su habilidad y la de la agregada cultural austríaca, pese al *décalage* profesional.

Tal vez sea la distancia temporal. Pero veo de inmejorables colores nuestras vicisitudes políticas y económicas de la adolescencia. Los terrores que compartimos. Nuestro mutuo apoyo cuando se precipitó sobre nosotros la noche negra de la Historia. Y tal vez mi vida a su lado hubiera proseguido un devenir lógico sin aquella discusión provocada por el siniestro biólogo, luego he comprobado que con la intención de distanciarnos y sacar tajada del asunto. También yo llegué condicionado a la discusión sobre Voltaire y Rousseau. Me pareció excesivo que Muriel, la mañana del mismo día,

comprara agua destilada para lavar la cara y el culito de la niña. Todo porque lo había leído en un manual pedagógico de la URSS. La tormenta que no estalló por la mañana tuvo sus rayos y truenos por la noche. Y allí estaba el ángel nocturno que se aprovechó para romper nuestras vidas y convertirse en el heredero de mis funciones fatalmente nocturnas (Muriel tenía aversión a hacer el amor a la luz del día). Aunque no hay mal que por bien no venga y desde que me separé de Muriel y cambié de camisa, no me puedo quejar de cómo me han ido las cosas. Pero debería ser más fuerte y prescindir de cualquier literatura para satisfacer mi apetito ético, estético o sentimental. Es una debilidad impropia de un hombre como yo, con una potencia de pegada similar a la de Floyd Patterson y una envidiable, envidiada potencia amorosa.

—Ser español es un problema.

Había pensado en voz alta para derivar del todo la peligrosa conversación sentimental con Jacqueline.

¿Qué estarán haciendo Muriel o la niña? Seguro que la pobre chiquilla estará sometida a un riguroso programa de lecturas graduadas. A los nueve meses la dejé y ya Muriel había comprado *Así se templó el acero*, de Ostrovski, para que lo leyera en cuanto pudiera. Yo quería bastante a mi niña, aunque siempre la miré con la prevención que merece toda mujer que irá a parar a brazos de otro hombre.

Mister Phileas Wonderful solía concederme el placer de su conversación con más frecuencia que a los demás cursillistas. Lo justificaba por el paisanaje, pero yo sabía que le atraía la propia imagen trucada que en mí le devolvía el espejo que siempre le separa del mundo. Durante las primeras charlas mantenía el pudor ideológico inicial para justificar su actitud, que ya era la mía. El stalinismo era intolerable y había traicionado la esperanza revolucionaria, en estas condiciones, ¿íbamos a hacerle el juego?

Pero un día dijo, como si no hablara conmigo, como si hablara desde un proscenio, encantado por la hipnosis de las candilejas:

—Todo empieza cuando descubres que eres el ser más inmotivado de este mundo. Que has perdido una guerra, un país, la cara, todas las patrias convencionales. Lo descubres semiaplastado por la orografía de Manhattan, bajo caedizos rascacielos que amenazan tu inexistente esqueleto de gusano.

Tienes frío por debajo del frío, la angustia ya te ha abandonado el estómago, ya está en tus pies, convertidos en plomo horroroso. Y en el año cuarenta en Nueva York. Absurdo. Iba de puerta en puerta. De abrazo en abrazo de antiguo ex combatiente de la Brigada Lincoln. Todo eran promesas, hasta que alguien empieza a decir cosas coherentes. Entonces me juré que nunca más pasaría frío, del físico ni del otro. Que nunca más perdería nada. Que nunca más tendría miedo. Que nunca más tendría en la garganta la bola del mundo. Que recuperaría nombres y apellidos, sonrisa en los labios de los ascensoristas, respeto en los ojos de un policía.

A partir de aquí, Wonderful siguió hablando en inglés. Había mueca de asco en su cara súbitamente envejecida, como si se le hubiera borrado el atezado y reaparecieran las arrugas ocultas por el maquillaje. Una mueca de asco dirigida a algo o alguien entrevistado en un rincón de la sala vacía. Cruzé la frontera de las candilejas y me acerqué a lo que tanto asco o terror daba a *mister* Phileas Wonderful. Un viejo hombre, pajarillo desplumado, flaco, vestido bicolor, desdentado, barbado, con las uñas negras y los zapatos relucientes, una maleta de cartón a su lado, los oídos llenos de silbidos de tren, en los ojos amarillos y blandos, sonrisas de pánico, confiado en que nadie tendrá ningún interés en acrecentarlo. Tras la espalda del hombrecillo, a través de la ventanilla del tren, corría un paisaje monegral, de oteros grises y espinos sin madre, secos y rodantes bajo el sol y detrás del viento.

—¿Gusta?

El hombrecillo ofrecía un pedazo de lengua de vaca estofada. Goteaba salsa marrón encebollada desde el borde de la navaja hasta la tapadera de aluminio de la fiambreira.

—¿Gusta?

La lengua empujaba cortesías a través de la brecha dental enmarcada en dientes de oro y encías rojiblancas.

—Mister Wonderful, *mister* Wonderful —dijo la secretaria. Se rompieron los cristales en los ojos del viejo Tobías—. Mister Wonderful —dijo la secretaria.

Wonderful se me adelantó unos pasos para recoger el aviso confidencial con la oreja inclinada hacia los labios de la muchacha. Al regresar, su rostro



había recuperado la sonrisa de anuncio.

## EPÍSTOLA URBI ET ORBE

*Leída por el presidente Kennedy en el día de acción de gracias de 1963, en la explanada central del Palacio de las Siete Galaxias, en presencia de un 60 por 100 de los cargos ejecutivos de la nación y de la totalidad del cuerpo diplomático.*

Señoras y señores:

En días como el de hoy es cuando más lógico resulta hincarse de rodillas, levantar la mirada confiada hacia la paz del cielo y decir: gracias. Gracias no tanto por los bienes recibidos como por las evidencias asumidas. Y la asunción de las evidencias es el mayor bien que puede recibir un pueblo. Y es evidente que la más preclara evidencia que podemos asumir nosotros, el pueblo norteamericano, es la de nuestro destino privilegiado al frente de la marcha histórica de la humanidad. Para los que sólo conciben la marcha de la Historia como una evolución material desprovista de toda trascendencia que no sea lo positivo de los resultados, cada vez más positivos, yo recito hoy mi oración, porque nosotros, el pueblo norteamericano, sabemos que no hay destino humano sin providencia y que no hay grandes comportamientos históricos sin providencia. Dios condujo a su pueblo más allá del Nilo y le dio un guía: Moisés. Y allí nació la historia de Occidente, bajo el dedo protector de la providencia.

Y en esta hora difícil en que el destino del hombre cristiano se halla comprometido en la más dura de las luchas por la supervivencia, repito, gracias. Gracias en nombre de mi pueblo, que me escogió como conductor y guía y que me confirió esta alta misión sin más prerrogativa que la de sus mismas vacilaciones y esperanzas. Yo, como norteamericano, soy uno más entre vosotros, en cuanto a lo que aspiro y

en cuanto a lo que temo. Mis fuerzas son las vuestras y, como vosotros, confío en esas fuerzas extras que Dios concede a quien se alinea en su bando. Y con esa ayuda hemos de vencer. En un día como el de hoy hemos de proclamar cuál es el instrumento de nuestra victoria. Ese instrumento no es ningún arma terrorífica cuya capacidad de destrucción agarrote los músculos del valor, no. Nuestra arma no será mortífera, ni es secreta. Es el arma de la evidencia del ejemplo victorioso. Que nuestros enemigos abran los ojos y vean en la salud de nuestro pueblo la evidencia de nuestro destino óptimo y en la salud de nuestras obras la eficacia de un método de comportamiento coordinado con la voluntad divina.

Somos la nación más rica de la tierra. Pero bien poca cosa seríamos sin la riqueza espiritual. Si alguien me preguntara por qué con ese convencimiento en la superioridad espiritual no descuidamos la fabricación de proyectiles teledirigidos, yo le diría que los caminos de Dios son insondables e imprevisibles y quién sabe cuál es su instrumento, quién sabe o quién conoce el lenguaje del más allá. En la disuasión de la fuerza no hay que ver tanto una proclama de escepticismo como un acto de humildad ante las explicaciones que nos exceden.

San Agustín, en cierta ocasión, paseaba por una playa.

Vivía una de sus épocas de máximas vacilaciones, dudas, preguntas ante el misterio de la vida y la muerte. Espíritu liberal y democrático, San Agustín lo cuestionaba todo, porque ésa debe ser la actitud de la honestidad intelectual. Paseaba, pues, como he dicho, por una playa y se encontró con un niño que iba echando agua en un hoyo en la arena. Hacía uno y otro viaje con un cubito de plástico. Una y otra vez. Una y otra vez.

«—¿Qué haces, pequeño? —preguntó el santo.

»—Quiero meter en este hoyo a todo el mar.

»—Pero —dijo el santo, sonriendo, ante tanta maravillosa pureza e ingenuidad—, eso es imposible.

»El niño se puso grave y le contestó:

»—Más imposible es desvelar los designios de Dios.»

Desvelar, desvelar; en la raíz de esta palabra está la sabiduría misma. Quitar el velo que nos separa de la verdad es el camino para llegar a la sabiduría. Pero todo hombre lúcido sabe que hay un velo que está demasiado lejos y que hay que reservar un más allá de misterio que impide quitar el último velo. Ésta es la humildad que ha hecho grande a nuestro pueblo. Dejar para Dios la última explicación de nuestro comportamiento y no caer en el pecado de querer ser tan conscientes como el Gran Visor de la Eternidad.

Desde este instante de eternidad, desde este lapsus de Historia que nos ha tocado conducir, gracias, Señor, por los frutos a que nos has llevado, por las metas que nos has fijado.

No considero ni siquiera tema del *Reader's Digest* el asunto de Pepe Carvalho. Bacterioon es otra cuestión. ¿Cómo entra en contacto Pepe Carvalho con Bacterioon? He intentado convencer a Hoover de que las investigaciones han de ir por allí. Morrison, mi inmediato superior, es de la misma opinión. Pero Hoover, que no nos puede tragar a los de la CIA, se empeña en la *búsqueda del cuerpo*. Ninguna descripción de Carvalho coincide con la anterior y ya no queda ninguna esperanza de que pueda coincidir con la ulterior. En La Paz, tras el atentado contra Paz Estensoro, Carvalho era un hombre delgado, alto, aquilino, muy moreno, de ojos magnéticos. En Siria, después de la última intentona del Baas, Carvalho es un oscuro, pequeño hombre calvo con lentes bifocales. En Kenia sería un tragasables rubio panocha. ¿Quién es Pepe Carvalho? Todos los informes sobre él son muy secretos, pero también muy inútiles. Con él llega la muerte, silba y se lleva las vidas como imantadas. No tiene una línea previsible de acción. Ni siquiera sus acciones son continuadas, más bien diríase que alterna la acción rápida con largos períodos de inacción que sirven para el desarrollo de su mito. Hoover cree que Carvalho no existe, que Bacterioon no existe, que todo es obra de las fuerzas tradicionales: las internacionales de la masonería, el comunismo y los sodomitas.

Pero la existencia de ambos es tan evidente como misteriosa su relación.

¿Cómo una sustancia no orgánica puede llegar a una relación inteligente con un ser humano?

Yo comprendo la indignación ciega de Hoover.

Es como luchar contra el aire, como mantener una alerta ante cada respiración. Que por primera vez acepte la colaboración de la CIA ya es una prueba de cuánto le preocupa el tema. Sean Poverty, el agente responsable de mantener el orden público en torno al Palacio de las Siete Galaxias, opina que Carvalho es una potencia sobrenatural, diabólica, como las deidades negativas de su Irlanda natal. En cambio, Khan, tras utilizar calculadores analógicos de la tercera generación, opina que Carvalho puede existir en un 70 por 100 de posibilidades y no existir en un 30 por 100.

¿Quién es Pepe Carvalho?

La pregunta levanta cejas, hunde omoplatos, pone en huida muchas miradas. Normalmente los profesionales juzgamos con bastante distancia las hazañas de nuestros colegas. Sólo nos entusiasma, y siempre hasta cierto punto, la excepción real. Incurrimos en la mitificación muy de tarde en tarde. A veces transigimos y la mitificación es algo así como una debilidad voluntaria que nos relaja, como si jugáramos a creer en los Reyes Magos. De esta manera al mitificar a un colega le cargamos con un montón de tensiones que en el fondo sabemos intransferibles. Es el juego equivalente al de tomarse en serio a James Bond, juego practicado con excesiva frecuencia entre nosotros. Yo, que he tenido a Bond al alcance, casi, de mi mano, podría hablar mucho sobre el gallito Bond. Pero no conviene tirar piedras sobre el propio tejado.

Pepe Carvalho, en cambio, no es un mito literario. Es un ente real mitificado, casi totalmente desconocido y que les sirve de punto de referencia a la inmensa mayoría de mis colegas. Yo sé que Pepe Carvalho amanece todos los días con la misma problematicidad de casi todos nosotros. Que su prestigio es tan hijo de sus circunstancias como de una desesperada voluntad de sobresalir en el oficio. Reniega de su trabajo como cualquiera y tiene la común tendencia a justificar la última moralidad de lo que hace por la evidencia de lo que ya está hecho.

Por lo demás, la mínima biología constituye el principal apoyo para su

oficio de vivir. Los mínimos estímulos del sobrevivir le deben ayudar a pasar los ratos perdidos y a olvidar cualquier sospecha de que también se pierden los ratos no perdidos. En fin, que Carvalho tiene sus problemas, como todos.

Khan habita en la parte superior de la cuarta galaxia. Está por encima del mismísimo *trust* de los cerebros que rodea habitualmente a Kennedy. Tiene un hilo telefónico especial en conexión con la isla californiana donde un grupo de científicos vaticina el devenir de todo mediante el cálculo de probabilidades.

Existe un proyecto secreto de hibernar a Khan y a Walt Disney, con el fin de hacer de ellos testigos de excepción del mundo posterior al año 2000. En el caso de Khan sería en premio a sus servicios por haber sabido descifrar lo que nunca pasará (gracias a sus prevenciones, Khan espera controlar el futuro). En el caso de Walt Disney se persigue que la retina technicolor de la cosmogonía rooseveltiana sobreviva a las lentes de contacto con el áspero tacto de la realidad. Ambos poetas de la imagen (el número imaginario y el Pato Donald) merecen la opípara jubilación de la eternidad.

Khan, al igual que su gran amigo y rival, Sylvester, es un profeta tranquilizante. La guerra atómica nunca ocurrirá, según él y será definitivamente sustituida por la serie de guerras convencionales (guerras civiles entre el bien y el mal) en zonas marginales de la tierra. La guerra de España, según Khan, ya fue un ensayo general de la nueva estrategia. Claro que allí no se daba como contexto el peligro de una destrucción nuclear, pero sí el peligro de un conflicto universal, que pese al resultado óptimo de aquella guerra, no pudo evitarse.

Lo importante, según Khan y sus asesores, es que las grandes naciones conductoras de la civilización industrial, no se vean complicadas en enfrentamientos mutuos. Los desfases de equilibrio potencial entre los países socialistas y los capitalistas, deben arreglarse mediante guerras marginales que afecten a zonas, en sí mismas, marginales: estas zonas se corresponden con países situados, ya para siempre, al margen de la dirección de la Historia. Todo este equipo de pensadores está muy influido por las teorías del profesor

Sylvester, cuya hegemonía intelectual nadie discute en Washington. El profesor Sylvester se dio a conocer a los setenta años de edad gracias al programa televisivo *Usted sabe y nosotros le premiamos*. Sylvester, funcionario de correos jubilado, que había hecho un curso de filosofía por correspondencia, participó con el tema *Comportamiento sexual del arador de la sarna*. Dos semanas después era famoso en todo el país y le imitaba Bob Hope en el *show* de Ed Sullivan.

Las opiniones de Sylvester empezaron a cotizarse en cualquier terreno del saber humano. Pronto se comprobó que Sylvester era a Khan lo que la presentología a la futurología. Sylvester sostenía que las suertes derivadas de la revolución industrial ya estaban echadas. Los países que se situaron a la cabeza son los conductores de la Historia. La categoría superior de la etapa actual de la humanidad no puede ser el poder factual, porque el poder factual implicaría el riesgo de la destrucción. La categoría superior es el poder potencial o poder disuasorio. Ese poder potencial consecuencia del desarrollo industrial y del nivel tecnológico se traduce en el control de los medios de destrucción-disuasión nuclear y en los medios de comunicación y expansión espacial. El control de la vida y de la relación espacio-tiempo determina los atributos del poder y están en manos de los Estados Unidos y la URSS. Después hay que tener en cuenta a un número limitado de peones privilegiados (*sic transit*) o potencias de cierto desarrollo industrial y tecnológico que no han podido subir al carro triunfal de la subera atómica. Y el resto, el resto del mundo es silencio y lo mejor que puede hacer es permanecer en silencio. Las verdades ideológicas, emotivas, biológicas (en el sentido no bioquímico de la palabra), apenas si tienen poder determinante. Tampoco sirven apenas las verdades dialécticas aportadas por el marxismo, ya han sido utilizadas para dar de sí todo lo que podían: la aparición de un poder antagónico a escala universal: la URSS. El industrialismo en su etapa superacional y la progresiva racionalización del mercado universal, han convertido la dialéctica en dinámica racionalizada y racionalizadora.

Khan es menos optimista que Sylvester. El viejo ex funcionario cree que la Historia y la Geografía dependen fundamentalmente de la Estadística y la Topografía. Su lema predilecto es: «La Humanidad será perfecta el día en que

prescinda definitivamente del principio idealista de que el hombre es la medida de todas las cosas». Khan, de acuerdo en el fondo, sostiene que hasta llegar a la plena asunción de esta filosofía media un período histórico muy peligroso en el que serán liquidadas las verdades morales, ideológicas y emotivas. Pero ambos monstruos se entusiasmaron con la aparición de Kennedy: «Kennedy —declaró Sylvester al redactor de *Christian Science Monitor*— dará un acelerón considerable a ese período de liquidación, al mismo tiempo desarmará a la derecha americana y a la izquierda universal».

Sylvester y Khan están muy divididos en el asunto Bacterioon. Sylvester opina que es un poder reaccionario y que puede manifestarse por lo tanto bajo formalizaciones revolucionarias o de extrema derecha. Khan ve en Bacterioon una estratagema más de la internacional comunista y sus centros impulsores: China, Cuba, Vietnam del Norte, Corea del Norte, La Sorbona, Berkeley, el barrio madrileño de Arguelles y las comunidades catalanas de benedictinos y capuchinos de Montserrat y Sarria. Sylvester hila más fino: «Bacterioon es la sustancia del relativismo y de la duda de la propia duda, pero esa sustancia está manipulada por un cerebro fanático antihistórico. De momento, ante la estrategia kennedysta, se disfraza de escepticismo, pero pronto sacará la pistola». Sylvester reconoce que es difícil mantener la capacidad de entusiasmo, una vez castrados los órganos emotivos y racionales individuales. Pero para ello hay más de cuatro marcas de pastillas no alucinógenas, que a partir de 1964 serán repartidas con carácter gratuito en todas las escuelas públicas de un país marginal (Austria) a título experimental. De no ser nocivos los resultados, todos los niños norteamericanos recibirán las mismas tabletas durante su diaria toma de leche federal en polvo.

Khan, que está en todo y es, en el fondo, un opositor entusiasta de Sylvester, ha convencido a sus computadores para que programen un plan nacional de *Tabletas Para la Integración (TPI)*. De momento están en fase experimental, entre simios jóvenes, las pastillas contra el marxismo-leninismo y contra la opinión, muy extendida, de que unas razas tienen el pene más largo que otras.

El ayuda de cámara de los Kennedy me ha hecho un regalo espléndido. Tres trajes del presidente que apenas si se ha puesto en dos o tres ocasiones y media docena de pares de zapatos muy usados. El sastre presidencial me los ha probado, en quince días estarán a mi medida. Me ha ido de perilla porque empezaba a estar mal de ropa y estas cosas en Washington son caras. Creo que este regalo presidencial puede reportarme algún disgusto. El embajador de una nación con la que nos unen entrañables lazos de amistad también iba detrás de los trajes y ya le había lanzado alguna indirecta a Jacqueline. Ella, que es una delicia de mujer cuando no se ve en la precisión de expresar abstracciones, le respondía invariablemente: «Calma, calma, habrá para todos». Que conste que yo no moví ni un dedo para conseguir el regalo.

Hay un tipo de intelectual ingenuo que durante casi treinta años se ha adueñado de la crítica cultural. Las emociones de ese intelectual se exteriorizan preferentemente en la solitaria sensibilidad de su esfínter anal. Los latidos del esfínter han subrayado toda su predisposición al cabalismo. Cuando se insinúa la posibilidad de seres extraterrestres, el intelectual ingenuo se estremece porque ¿acaso la Atlántida no pudo ser una colonia marciana? ¿Escepticismo lingüístico?: Rimbaud. Todo es para él una novela policiaca inducida. ¿Marrase?: Nietzsche y el *Nazarín* de Pérez Galdós. Cuando el intelectual esfínter posee una daga malaya y lleva un kimono más o menos japonés, su cabalismo es extremo oriental y las abundantes dinastías chinas le aportan improbables personajes que nadie se toma la molestia de identificar históricamente. Yo, que no soy un intelectual, que soy un agente secreto con cultura autodidacta, hoy he jugado al cabalismo. Ha sido cuando he visto llorar a John F. Kennedy al enterarse de la muerte de dos niñas negras atropelladas por un *jeep*. Entonces me he inventado una máxima poética china del siglo III a. c. (hacia mediados de siglo). Dice así:

*Los altos montes azules  
se fingen a veces cielo.  
Sólo la continuidad del río*



*conoce la sombra de sus valles,  
su consistencia muerta  
de piedras caídas de una altura sorda.*

Nuestra tribu llevaba plumas en el corazón y pintura de guerra en el alma. En las reuniones, yo, a veces, conseguía distanciarme, situarme en la noche, más allá del cristal. Desde allí veía la fragilidad de mi gente en la inmensidad hostil del mundo, entonces me reconciliaba incluso con el perverso biólogo, porque estaba condenado a muerte, como todo el mundo, y además iba a llevar una vida muy perra mientras tanto. Yo ya sabía que la actitud épica, incluso tan oscura como podía serlo en nosotros, proporciona mucho alimento moral y un pequeño lugar en la Historia, del que uno toma posesión no sin envidia. A veces, la conciencia de estas compensaciones me hacía devaluar nuestro compromiso. Pero luego me evadía, salía fuera, me situaba detrás de los cristales y contemplaba la precariedad biológica de mi tribu. Cuan aplastables eran, qué débiles de uno en uno, frente a las ventoleras, qué víctimas propicias frente a los poseídos por el miedo a la Historia, qué patéticas podían ser, en cualquier momento, sus plumas y sus pinturas.

Muriel era siempre la más emplumada, la más pintada. Agresiva como un gallo peleón, alzaba el cuello por encima de nuestros abatimientos, en busca de la cabeza en que cebar el pico. Cuando le daba por la histeria épica yo me echaba a temblar y procuraba distraerla con conversaciones tangenciales: por ejemplo, la teoría del valor en Ricardo, Marx o Keynes. Muriel había leído quince veces *El capital*, había dirigido tres o cuatro seminarios sobre el librito y no lo entendía. Una vez, durante la lectura de un libro de Sweezy, gritó como víctima desganada y me señaló, convulsa, una página de letra pequeña:

—¡Aquí está todo, aquí está todo! Por fin lo entiendo.

Desde entonces aquella página de Sweezy fue en nuestro hogar algo así como el padrenuestro en el de los abuelos de usted, amigo lector, porque los míos no rezaban.

Muriel tenía sus vencimientos, casi siempre provocados por la tarta de manzana y las ancianas. Le angustiaban las ancianas y procuraba ayudarles

siempre a cruzar la calle, muchas veces sin consultar primero con ellas. La vejez le daba casi tanto miedo como la muerte: eran la obscenidad misma, eran la Obscenidad Absoluta, enseñando el culo arrugado y cárdeno en el fondo de un paisaje que entonces se revelaba absurdo. Muriel odiaba la literatura del tema de la muerte. Decía que estaba manipulada siempre por la clase dominante para evitar que la gente se preocupara por la vida y la realidad. Incluso las medievales danzas de la muerte le parecían burdas farsas alienantes que servían para compensar *post mortem* las justas aspiraciones del proletariado medieval. Cuando yo intentaba oponerle la precisión de cuán difícil es aplicar el término proletariado a las clases populares de la Edad Media, Muriel se irritaba hasta la desconsideración.

Irritada era otra persona. Se hacía las necesidades en mis antepasados más tópicos e inmediatos, me acusaba (y cuánta razón tenía) de contrarrevolucionario y, finalmente, si mi superior riqueza de vocabulario la desbordaba, se echaba a llorar y se encerraba en el retrete. Más de una vez soñé en la posibilidad de que pudiera perderse para siempre por el agujero de la letrina. ¡Con qué satisfacción, en muchos momentos, habría yo tirado de la justiciera cadena!

Pero ella no era rencorosa. Poco después salía y buscaba niveles de discusión más estables: la deficiente interpretación de Lefebvre al tránsito de la cantidad a la cualidad o el idealismo implícito en las posiciones de Narville, por una parte, y de Jean-Paul Sartre, por otra. Por cierto que a Sartre no lo podía tragar y en lugar de llamarle Juan Pablo le llamaba Juan Jacobo, para marcar gravemente cuál era la real ubicación temporal del pensamiento sartriano. Era su único rasgo de humor cultural.

Por lo demás estoy seguro de que me quería y que nunca comprendió ni comprenderá el lento odio que acumulé contra ella a lo largo de nuestro Camino de Perfección. Y es que en cinco años de convivencia cotidiana no conseguí darle ni un *baiser florentin*. Cometí el error de decirle que había aprendido este desliz erótico en la lectura de Apollinaire.

Muriel siempre le había considerado un poeta reaccionario.

He leído un folleto inquietante. Lo edita una asociación de antiguos *beatniks* de Boston. Es una especie de testamento ideológico y sentimental, pero, en mi opinión, preñado de amenazas. Para ellos, Kennedy es el enemigo público número uno. Hasta Kennedy, los Estados Unidos habían demostrado al mundo su impotencia para asumir el desafío dialéctico de la revolución. Sólo el nefasto Roosevelt —dice el folleto— jugó inteligentemente la carta de un posible progresismo americano universal. Roosevelt intentó sustituir el conflicto por la competición: en Teherán, Yalta y Potsdam se sentaron las bases de la paralizadora coexistencia pacífica. Era sólo el principio. Entre Roosevelt y Kennedy, una vuelta al realismo americano, al Gran Garrote y al Gran Gendarme del Universo. ¡Aquéllos eran tiempos! No había desfase entre escaparate y trastienda. En cambio ahora, bajo el kennedismo, el fascismo americano (*sic transit*) se disfraza de jeffersonismo.

He enseñado el folleto a Kennedy. Le ha hecho mucha gracia. Dice que el estilo le recuerda mucho la escritura de un amigo suyo de Harvard, en la actualidad un alto ejecutivo de la Tidewater Oil Company.

—Me gusta mucho este párrafo en el que dice que yo he convertido la ley rooseveltiana de la competición en la superley de la integración.

Por si acaso he realizado algunas investigaciones sobre la gentecilla que ha redactado, impreso y divulgado el folleto. Como siempre se trata de una mezcla de confusas gentes que no usan ropa interior, son poco aseados y procuran ser vegetarianos, aunque sin dogmatismos aparentes sobre la cuestión alimenticia.

Y es cierto, el cabeza visible ha estudiado en Harvard y era hasta hace muy poco un alto ejecutivo de la empresa de Paul Getty.

Cuando en el banderín de enganche para agentes secretos se me preguntaron los motivos de mi decisión, pregunté a mi vez si les interesaban motivos épicos, ideológicos, sentimentales o criminales. El supervisor, que conocía muy bien a los líricos griegos arcaicos, quedó maravillado por la sutileza de

mi falsa pregunta y me aceptó sin más. La verdad es que no sé por qué busqué este oficio, un oficio que ideológicamente, entonces, me repugnaba. Fue una tarde de septiembre. Llovía y para mayor tristeza llevaba una gabardina azulada. Con las manos aplastaba los regueros de agua contra la tela y el tacto húmedo me daba ganas de llorar. Era una de esas tardes aciagas en que uno está dispuesto a la autocompasión y se excita la emotividad con recuerdos trucados. Ante un café espeso, rodeado de jóvenes estudiantes que salían del Hospital General cercano, en el aire agror de vinagre y solaje de pescado enharinado y frito, reflexioné sobre mi condición social. Repasé, atónito, la lista de cosas que debía pagar en los próximos quince días. Busqué un culpable y no lo había. Era una mecánica vital. Doscientas voces de diccionario ilustrado equivalían a tres plazos del televisor, un alquiler, seis bragas de plástico para la niña, tres bistecs de unos ciento veinte gramos, dos kilos de patatas, dos de naranjas, una cajita de nuez moscada en polvo, una revista ilustrada, diez duros a la portera por vaciar cotidianamente nuestro cubo de la basura, dos sesiones cinematográficas para dos personas, una botella de whisky tamaño petaca. Y no, no llegaba para pagar el plazo en la librería, si acaso para darle algo al vendedor de libros a domicilio. Recordé con repugnancia la cantidad de libros que había comprado y que no había leído. Qué peste a muerto echaban. Los utilizaba para hacer construcciones arquitectónicas. Libros sólidos en la base: las obras escogidas de Marx y Engels editadas por la Academia de Ciencias de la URSS. Los editores me habían hecho una pequeña jugada: los tomos no tenían el mismo grosor. Entonces debía equilibrar uno de los dos libros base con ayuda del estudio de Ráfols sobre la pintura del Renacimiento. El Ráfols tenía la ventaja de su encuadernación en pasta dura.

Bien sentadas las bases, los muros deben ser libros chaparros y gorditos, por ejemplo: *Cumbres borrascosas*, *Guerra y Paz*, un tomo de las obras completas de Pérez Galdós. La primera techumbre ha de ser delgada pero dura (hago notar lo descalificadas que están las ediciones modernas para este juego arquitectónico). Un buen techo era una vieja edición del *Robinsón Crusoe*, tampoco iba mal una edición no menos vieja del Robinsón suizo. Es importante que las paredes maestras sean de libros encuadernados en cartóné,

en cambio el tabicado bien pueden resolverlo los libros en rústica. Mis mejores tabiques los constituían *El estado y la revolución*, de Vladimiro; *Los ojos del padre eterno*, de Zweig; *Las noches blancas*, un catecismo de tercer grado, el primer manuscrito, las *Lecciones de cosas*, etc. Los parterres, tapias, cancelas, montes, arbolados, los conseguía mediante los cuentos infantiles checos que Muriel se hacía traer para el futuro lector de nuestra hija.

Otro recurso era jugar a la carta más alta a base de libros. Se vacían las estanterías y se forma un montón de libros en el centro de una habitación. Los jugadores han de sacar los libros del interior del montón. Un árbitro valora el libro y da el ganador. Por ejemplo, yo sacaba *Canguro*, de Lawrence, y Muriel *Americanismo y fordismo*, de Gramsci. Si el juez era una persona normal daba la victoria a Lawrence. Pero si el juez era un asqueroso progresista, entonces triunfaba Gramsci. Había lances espectaculares, decisiones difíciles, roturas irreconciliables. El día en que Muriel, mi mujer, y yo nos acometimos a cuchillada limpia fue consecuencia de que yo canté *Cándido* y ella *Emilio*. Yo siempre he opinado que Rousseau era un perfecto idiota, que tuvo la inmensa suerte de vivir en una época que dictaba las ideas. En cambio, Voltaire era un tío. De Rousseau me molesta esa cachondería de bragueta irresponsable; esos niños entregados al hospicio. Además la cachondería de Rousseau es la cachondería de amanuense culo gordo que empuja los genitales y los electriza para todo el día. En cambio, Voltaire era un señor.

Pues bien, el árbitro era el alfeñique biólogo, con gafitas, barros y varices, voz atiplada y seborrea capilar. De sus labios imperfectos salió el veredicto:

—*Emilio*, de Rousseau.

—¿Por qué?

*Muriel*. —¿Por qué? Pues porque lo ha dicho el árbitro.

*Árbitro* (sonriente). —Me atengo al juicio crítico emitido por la enciclopedia soviética. Allí os enteraréis de quién ha sido más importante para la historia del movimiento obrero, si Voltaire o Rousseau.

El esbirro del Kremlin me miraba dióptrico y legañoso, con un ligero tembleque de contracción del esfínter de su cloaca.

*Yo*. —¡Rousseau era un hijo de puta, y un sinvergüenza, y un burócrata y

una rata de biblioteca, y era suizo!

*Muriel.* —¡Ya vuelve con sus apriorismos geográfico!

*Árbitro.* —El pueblo suizo, más tarde o más temprano se incorporará a la lucha pacífica en pro de una democracia nacional y social. Guillermo Tell y Rousseau son las muestras del genio de una raza.

*Yo.* —¡Es un pueblo de esquimales, de alemanes disfrazados de suizos!

*Árbitro* (grave y cariacontecido). —Debo recordarte la larga lista de mártires del pueblo alemán en defensa del socialismo.

*Muriel.* —Además he ganado yo y ya está.

*Yo.* —¡Por cada mártir alemán en defensa del socialismo hay quinientos mil socialistas mártires de los alemanes!

*Muriel.* —Ya salió el maximalismo pequeño burgués, ¡ya salió!

*Árbitro.* —¡Lo contaré todo, todo!

*Yo.* —¡Tú a callar, burócrata!

*Árbitro.* —¡Eres un aliado objetivo de los enemigos de la clase obrera!

*Yo.* —¡Mastuerzo! ¡Hijo de la gran puta!

*Muriel* (me araña).

*Yo* (le pego un puñetazo en la nariz).

*Arbitro.* —¡Fascista! ¡Fascista!

*Yo* (casi mato al árbitro de un guantazo).

*Muriel* ha abierto la ventana y grita a pleno pulmón:

¡Socorro! ¡Socorro!

*Yo* me dirijo al público en medio de un silencio sólo roto por los alaridos de *Muriel*. Recito:

*Ésta es la historia de una exasperación;  
amé la victoria y la revolución,  
el virus del consumo fue mi perdición,  
neurótico hice el juego a la contrarrevolución.*

(De los bastidores empieza a descolgarse un camarada vestido de obrero metalúrgico, con los brazos en cruz y la boina bien encasquetada. Sobre su camiseta azul lleva el rótulo: *Héroe positivo*.) Dice:

*Castigo ejemplar merece tu audacia,*

*pactar con el virus de la tecnocracia;  
por no leer a los clásicos perdiste la gracia,  
el pecado de orgullo será tu desgracia,  
vendrán largos tiempos de gran abundancia  
si amante confías en tu burocracia,  
caerá el gran maná que toda hambre sacia.*

(Un agente del fascismo internacional entra en escena disfrazado de camillero de la Cruz Roja. Con disimulo me da un cheque firmado por valor de tres mil dólares.) Grito alborozado para que el público se entere:

¡Tres mil dólares! ¡Tres mil dólares!

(Caigo de rodillas con los ojos desorbitados y las manos agarrotadas sobre el cheque.) ¡Gracias, Rockefeller, gracias!

(El héroe positivo se saca un pulverizador del bolsillo y me fulmina.)

En una de las dependencias laterales de la Casa Blanca se ha instalado un bar provisional destinado al personal más o menos subalterno. Es un rincón agradable, decorado según el estilo de los refugios montañosos. Jacqueline lo hizo ambientar por el especialista en decoración de la cadena de albergues Valley; tiene la frescura de una vieja casa de piedra en verano, el calor de una vieja casa de piedra en invierno. Allí nos reunimos a veces los agentes especiales y algunos mandos de la policía al servicio de vigilancia del presidente. Con ellos pasé el último fin de año y con ellos consumo algunas de mis veladas, jugando al póker, charlando de mujeres o escuchando canciones representativas de las distintas nacionalidades de los agentes. Predominan los norteamericanos, pero también hay un buen puñado de irlandeses auténticos, algún escandinavo e italiano. No hay agentes ingleses. Kennedy no quiere agentes ingleses porque los considera lentos de reflejos.

Sean Poverty es el más charlatán. A veces me carga como sólo puede cargar un irlandés o un gallego charlatán. Es decir, un celta charlatán es mucho más cargante que cualquier sudamericano o meridional europeo charlatán. Porque los celtas son monótonos en la inflexión de la voz, sus dejes son poco variados y siempre parece que cuenten la misma historia. Pero a veces, Sean Poverty está tocado por una invisible vara mágica inspiradora y cuenta historias interesantes. Sean había pertenecido al séquito del ex presidente Horthy. Cuenta cómo el presidente escudriñaba continuamente el suelo por si veía algún céntimo perdido. Estuviera donde estuviese, Horthy se agachaba y cogía la moneda. Cuando era joven intentaba disimular o hacía un comentario sarcástico para demostrar su desinterés real por la cantidad adquirida. Pero después, Horthy recogía la moneda sin recato y se la guardaba



en el bolsillo del chaleco. Horty, según Poverty, creía en las brujas y era muy mal hablado. Le gustaba la carne muy hecha, casi reducida a fieltro requemado, y se hurgaba las narices con los dedos y los entredientes con las uñas. En cambio, no toleraba llevar una camisa más de cuatro horas.

Sean Poverty fue pescador de bacalao y conoce todos los mares de todos los nortes de este mundo. En cambio, teme los mares del sur y cree en la leyenda del Salto Infinito, según la cual a partir del ecuador las aguas se precipitan en una catarata que nunca llega a ninguna parte; una perpetua catarata prolongada hacia la profundidad absoluta. No se sabe si a media profundidad, más arriba o más abajo, habita una doncella inmortal, con siete tetas, cuatro pies y dos ojos rojos fosforescentes. Es una doncella cárdena que se alimenta de aletas de peces transparentes y ciegos. Se llama Maureen y es hija de Sistorix el Azul, gran rey del viento malva del atardecer. Trágico destino el de este rey, capado por un ballenato lleno de perversidad y lujuria a quien las brujas de Erín condenaron a dar vueltas sobre sí mismo eternamente. Por eso, unos metros antes de precipitarse la cascada, un pequeño remolino constante señala la presencia del ballenato loco que gira y gira sin poder parar por los siglos de los siglos.

A Sean Poverty le llamamos «el Cuatrero» porque robaba gallinas en Irlanda para cometer abusos deshonestos. Fue encarcelado por tan aladas costumbres y pasó dos semanas en la celda de castigo, pero un guardián, movido por el aprecio del paisanaje, le llevó a la celda un plato especial a base de cerdo guisado con berzas. Fue aquel guardián un hombre providencial en su vida. Abrió ante sus ojos las perspectivas de una existencia honrada y constructiva. Confió en Sean y le ofreció el puesto de jefe del economato de la cárcel; allí, Sean pudo cebarse a base de latas de sardinas, jamón de York, bacalao seco y judías pintas. Se hizo amigo del gordo cocinero, un abortero al que se le escapó el control de una aguja de hacer punto y abrevió la existencia de una muchacha de la campiña de Dublín. El cocinero era una de las atracciones de los guardianes y los presos selectos. De noche le sentaban sobre una pequeña silla con la ayuda de cuatro hombres, le ponían manto de cubrecama, corona de cartón y báculo de escoba. El gordo cocinero llegaba pronto al trance y recitaba las letanías de Enoch Connolly en

convocatoria de las Siete Doncellas Aladas. Después se organizaba una pintoresca comitiva tras el cocinero que recorría las galerías radiales de la cárcel, penetraba en las celdas donde dormían los novatos y les obligaba a bajarse los pantalones entre las luminarias de velas lagrimeantes. Entonces el cocinero sopesaba con la cuchara el cuelgo de los cojones y, en caso de desaprobación, daba un cucharazo en cada pelotilla que provocaba alaridos y algún intento de rabioso desquite que los guardianes impedían para evitar escándalos.

Una noche el cocinero se durmió mientras recitaba las letanías de Enoch Connolly y un marinero inglés bujarra le prendió fuego al manto real. El cocinero notó el calor en su pálido, inmenso, terráqueo culo; corrió cuanto pudo con el grito por delante y el fuego por detrás. Caído, pisoteado, manteado, dejó de ser cocinero en llamas, pero también hombre. O al menos así clamaba con lágrimas en los ojos al día siguiente. Sean fue uno de los que opinaron que el cocinero nunca lo había sido, que su hija no era su hija y su mujer, menuda pero bien formada, no era su mujer en la cama como no era pelirroja de nacimiento.

Sean era un pozo de historias. Un pozo tan hondo como el desplome de la catarata del Salto Infinito. A veces, cuando le veo rompiendo una pancarta con la mano derecha, agarrando una melena fugitiva con la izquierda, con una rodilla sobre las entrengulas de un cuerpo caído y el pie de la otra pierna semihundido en un estómago sorprendido, me hago cruces y no concibo cómo tal nivel de eficacia puede corresponder a un hombre tan dado al recuerdo y a la fantasía.

Lady Bird:

Me molesta que huela usted mis camisas cuando yo no estoy en la habitación. Muchas veces, con la lupa, descubro la huella de la puntita de su húmeda nariz roja sobre mis impecables pecheras. También noto que me registra usted los bolsillos, los cajones, que chupa mis bolas de naftalina y se limpia los dientes con mi cepillo.

Si vuelvo a descubrirle en estos actos o espiándome por los pasillos disfrazada de dios romano de plástico, según el diseño de Walter P.

Reagan, juro que se lo contaré todo a su marido.

Morrison es un capitán.

Un capitán a lo Errol Flynn: el capitán. Nos inspecciona como herramientas delicadas, en muchos momentos yo diría que incluso nos conduce con una fuerza energética ocular que nos acompaña a lo largo de todo el día. De no ser por su manía de frotarse continuamente la cara, como intentando borrarse los millones de pecas, uno no comprendería por qué Morrison ha sido tan torpemente desconocido por los cazatalentos del cine. Cuando se frota la cara con sus manazas, arrastran a su paso la consistencia de sus facciones y se revela lo gelatinoso de su musculatura facial. Parece entonces un monstruo víctima de quemaduras horrorizantes. La gelatina del rostro forma como un abandonado manotazo de masa blanda de harina y huevo, en el que destacan las rasgaduras de los ojos y la boca a punto de diluirse.

Morrison se frota el rostro cada dos o tres minutos, esté donde esté, y de no sospechar que tiene el cerebro y el alma como ladrillos, yo diría que el oficio le angustia, le molesta y quiere borrar su identidad culpable. Pero por lo demás siempre es un capitán. Le falta la lancha de desembarco, el tremolar de las banderas acosadas por los obuses o las flechas, le sobra agua en la cantimplora y su úlcera de duodeno no le permite ingerir más de diez latas de alubias en su jugo por año. Y sólo cinco si las judías se fríen con tasajo de tocino salado. Pero sus ademanes nos reclaman desembarcos cuerpo a cuerpo, acciones heroicas y desesperadas que nunca estamos en condiciones de realizar.

De pronto, tras la composición del más épico de los falsos cromos de álbum infantil, Morrison se relaja. Hunde su no muy robusto cuello en el pecho y se calza las manos en los bolsillos de los pantalones. Camina entonces en un vaivén de puntilla y talón rapidísimo, que le permite alejarse sin que el espectador apenas lo advierta. Parece como el final de un *gag* afortunado en el que Jerry Lewis ha fingido ser Errol Flynn, ha dado el pego durante unos minutos, pero descubierto, Jerry Lewis camina en un vaivén de puntilla y talón rapidísimo, hacia un mutis de delirio, cuando la sala revienta

en sus junturas por los aplausos.

Morrison me respeta.

Gracias a él he conseguido penetrar en el puro meollo Kennedy y apenas me distrae con otras ocupaciones. Jackie y John le tratan con mucha menos consideración que a mí, por ejemplo nunca le invitan a cenar. Pero le tienen confianza. Más que a mí. Kennedy me dijo un día que no soporta las maneras de los agentes de la CIA más corrientes. Morrison, según el presidente, conserva esa inquietud ciática que le lleva a estirar el cuello sin ton ni son y a mirar a izquierda y derecha, incluso cuando va al cine, como si la tensión vigilante no le abandonara nunca.

He fracasado cuantas veces he intentado llegar a sus vivencias extraprofesionales. No contesta nada que pueda situarle más allá de la realidad en que coincidimos. Si le preguntas qué color prefiere, encoge el cuello y se cuelga de las facciones un mohín de indiferencia. No sé si le gusta el boxeo o las mujeres. Una vez le hice un comentario sobre las nalgas de unas muchachas que paseaban más allá de las verjas de la Casa Blanca. Le dije algo así que cuánto me gustaría darles con mi porra en las nalgas y Morrison dijo que eso es cosa de la policía de uniforme. Cuando le aclaré el sentido de la palabra «porra» no pareció afectado, ni siquiera se creyó obligado a respaldarme con una sonrisa de recepción. Me dejó en el aire, desairado, con el comentario envolviéndome la cabeza, como una molesta nube que yo mismo había situado allí.

No tiene opiniones políticas muy claras, aunque a veces se muestra muy radical en su derechismo. Ahora que apuro el recuerdo, resulta que hace ya algunas semanas me comentó que Kennedy es tan honesto como ingenuo.

—Cree en la posibilidad de la coexistencia exterior e interior.

—¿Tú no?

—Da lo mismo. Yo cumplo mi trabajo. Es posible que pudiera estar de acuerdo con él, pero sé en qué país vivo y él no; me temo que el presidente no sabe en qué país vive.

Como demostración me enseñó un artículo de Walter Lippman que llevaba recortado en el billetero. En él se comparaban las virtudes americanas de Kennedy y Johnson. Según Lippman, Kennedy es un presidente de lujo,

excesivamente culturalizado, desconectado del nivel del país. En cambio Johnson es más «americano». Morrison estaba de acuerdo con Lippman. Me sorprendió su faceta lectora. Me sorprendió un inédito Morrison cargado de opiniones propias o compartidas con Walter Lippman. Le traspasé parte de mi sorpresa.

—No, no son opiniones mías. Ya hablaremos. ¿Te gustaría asistir a una reunión de amigos? No es nada subversivo. Son gentes de la John Birch Society. Muy fanáticos. No estoy totalmente identificado con ellos. Pero me gusta escucharles. Son sanos.

Morrison nunca habla de su mundo afectivo. No se le conoce un acompañante femenino. Parece haber nacido en las caballerizas del poder por generación espontánea. Con respecto al palacio y a los Kennedy, parece como el antiguo aprendiz de tienda de ultramarinos, que ha crecido en la tienda y con él el guardapolvo, monstruosa mixtura de pariente y criado que finalmente goza de la protección del dueño de la tienda para hacerse algún día con colmado propio o de arriendo. Morrison parece criado a la sombra de los Kennedy, hasta tal punto es un apéndice perfectamente encajado en la mecánica biológica del palacio. Pero nunca podrá tener el poder, ni en arriendo ni en propiedad. No le supongo ambiciones. Aunque puedo equivocarme. Siempre me ha recordado el feroz personaje del sargento de la novela de Mailer *Los desnudos y los muertos*.

Incluso le pregunté si alguna vez había posado para la novela de Mailer, y su catastrófico sentido del humor le hizo contestarme que había combatido en Europa y que el único literato próximo había sido mi poeta lírico de Toledo (Ohio). Compañeros de tienda, el poeta había muerto cerca de Dresde, en un tiroteo absurdo entre soldados ingleses y americanos.

Días después, Morrison me trajo un papel amarillento en el que conservaba un poema del compañero muerto.

—Todo el día hablaba del libro que estaba escribiendo. Se titulaba *A la sombra de las muchachas sin flor*. Era un libro verde, nos decía.

El poema del amigo de Morrison no era malo. Soportaba los restos del postromanticismo de la promoción de poetas ingleses del 30, pero ya se adivinaba en ellos la muerte del tiempo y el espacio, el amor tajamiento de la

experiencia personal:

*Paseo por una ciudad  
sin orillas;  
miente la tarde,  
espejos, despedidas, humos  
que denuncian retornos  
me deja solo  
el paso de muchachas alejadas,  
no pronuncian mi nombre, no decretan  
mi muerte,  
entonces regreso  
a los artesonados pasillos del recuerdo  
pieles, carnes, repletas siluetas en sus cueros  
el ruido de los párpados al cerrarse  
y tal vez  
tal vez un grito literario puso nombre  
al instante en que fui feliz  
a la sombra,  
siempre a la sombra,  
de las muchachas en flor.*

Por un momento, muy fugaz, creí que el poema era del propio Morrison. Pero allí estaba, a unos metros, en plena preparación de un recorrido de Kennedy, con todas las pecas fijadas sobre un tablero iluminado en el que proyectaban irreales «sombritas» como topos, con el ceño de Errol Flynn al borde de un desembarco en una Normandía.

Era del todo imposible.

Uno se encuentra cumpliendo este oficio para evitar el desempleo o cualquiera de las variadas formas de sub-empleo que se establecen en los países que no son desarrollados ni subdesarrollados, sino todo lo contrario. En esos países, nada sirve para nada y nadie para nada. Vivir la historia se

basa siempre en un simulacro de realidad y de comportamiento. Estos países podrían desaparecer del mapa y apenas se notaría, todo en ellos es pequeño y escaso, y sólo esa rara sentimentalidad que saben destilar los pueblos para no recurrir al suicidio colectivo impide que sus habitantes se lancen al mar como las ratas que huyen de un movimiento sísmico. Son países que no pueden hacer la revolución ni construir un capitalismo de verdad; por esta doble condición, las castas dominantes no pueden ser liberales ni dictatoriales, pero tampoco pueden recurrir a una síntesis que, en definitiva, sería una concesión liberal. Y entonces son alternativamente dictatoriales y menos dictatoriales. Todo el mundo teme de todo el mundo, porque todo es precario y provisional, eternamente provisional, inamoviblemente provisional. Las minorías se cuentan de uno en uno y las mayorías de tres en tres (aunque la tendencia hacia la represión sexual y las fachadas encaladas impide que los tercetos progresen como protoforma de vida colectiva). La economía de estos países se puede compilar en un solo libro de Debe y Haber y bastaría un economista seisdedos para que pudiera llevar la contabilidad nacional. En cuanto a la cultura más vale no hablar, o bien, hablemos. Allí se establecen las reglas de un mercado *comme il faut* y los profesionales de la cultura se aplican a la tarea de crear mercancías. Esas mercancías se dividen básicamente en dos clases, correspondientes a dos estuchados diferentes: artículos para diccionarios enciclopédicos y horas de clase para adolescentes repetidores. Excepcionalmente, algunos intelectuales con años de profesionalidad encuentran el chollo de poner pies de foto a ciertas obras en papel satinado, donde salen negras en sus propias tetas y el puente colgante de Bilbao. Otra serie de intelectuales con horas de vuelo pueden dar siete u ocho conferencias a viajeros cursos de estudiantes americanos. Estas conferencias se pagan en dólares.

Y todo lo demás es miseria o, lo que es peor, premiseria o postmiseria, económica e intelectual y vana palabrería fascista, liberal y marxista. Y hay que ver cómo presumen de institucionalización de lo no institucionalizable, de liberalización de lo no liberalizable y de lo propicio de las condiciones objetivas. La madre que les parió.

Hoy me ha preguntado Jacqueline mis opiniones sobre los toros y la poesía de España. Que quién era más valiente: «el Litri» o Dominguín. Que quién era más valiente: el Goytisolo o el Blas de Otero. Le he dicho que lo bueno del Goytisolo es el volapié y que «el Litri» siempre me ha parecido monacal y algo reaccionario.

La verdad es que, o se está con Muriel o se está en la CIA. El otro día lo pensaba a las cuatro de la madrugada, cuando me despertó con sobresalto la frenética llamada en una puerta que no era la mía. La llamada me recordó cuántas veces temimos oírla Muriel y yo, con la angustia por el otro en la piel más sensible.

Y también, la verdad sea dicha, esto de la CIA es una bicoca.

El presidente, hoy, ha recibido una invitación formal para visitar Dallas. El gobernador de Texas, Connally, ha insistido con argumentos que a Kennedy le han parecido muy válidos. No se puede vivir de espaldas al petróleo del país, sobre todo en un momento en que la Alianza para el Progreso obligará a reajustes al sur del Río Grande, en detrimento de la hegemonía de algunos petroleros texanos. Kennedy ha dicho algo así como que la democracia químicamente pura ya sólo puede ejercerse equilibrando lo que está desequilibrado por las reglas del juego de la espontaneidad. Connally no le ha entendido y creo que Robert Kennedy tampoco, pero asentía. Robert no asiente como pelotillero, asiente porque él sí es un inmejorable instrumento de expresión política. El presidente ha filosofado con desparpajo sobre el futuro de la democracia. El liberalismo, venía a decir, es algo más que una doctrina política-económica-social. Es un temple, en el sentido existencial de la palabra. Algo que recuerda mucho aquellas afirmaciones de Bretón en el primer manifiesto surrealista: *Únicamente la palabra libertad tiene el poder de exaltarme. Me parece justo y bueno mantener indefinidamente este viejo fanatismo humano. Sin duda alguna se basa en mi única aspiración legítima.*



*Tese a tantas y tantas desgracias como hemos heredado, es preciso reconocer que se nos ha legado una libertad espiritual suma.* Lionel Trilling, que asistía a la entrevista, ha dudado sobre la fidelidad de la cita de Bretón. La ha considerado excesivamente dogmática y antiliberal. Para Trilling, el final de la cita debiera variar... *es preciso reconocer que se nos ha legado una POSIBILIDAD de libertad espiritual suma.* Kennedy ha recurrido a una edición de Bretón y la cita era exacta, pero Trilling ha insistido: en los anales de las declaraciones de Kennedy la cita debiera aparecer reformada. El presidente ha empuñado el teléfono con decisión y ha solicitado línea directa con París. De Gaulle estaba en La Vendée, acariciando niños vestidos con trajes regionales y el contacto se ha demorado unos minutos. Por fin, De Gaulle al aparato. Ha dado su visto bueno a la corrección, siempre y cuando Bretón sea consultado. En los archivos del FBI, André Bretón seguía teniendo ficha como comunista. Kennedy ha rogado a Trilling que viajara a París para negociar la suave enmienda del Primer Manifiesto Surrealista. Trilling ha pedido unas dietas de viaje abusivas, en opinión de Edward Kennedy que es algo tacaño.

El presidente ha hecho un mohín delicioso y un amplio y vano gesto que traducía exactamente el *laissez faire, laissez passer*.

Sólo he presenciado una fiesta de gala en el Palacio de las Siete Galaxias, pero jamás la olvidaré. Las siete esferas de cristal resplandecían con una luminosidad percibíble desde el Potomac, cada esfera adoptaba una tonalidad diferente, que no correspondía con los colores tradicionales. Jacqueline me dijo que los colores luminosos del palacio eran: *indoor, kegisem, duluen, corís, salial, paudá y balisem*. El *kegisem* es el color del palacio de las recepciones. Se prepara con polvo de ala de libélula y zumo de lilas en estado de buena esperanza. Es indispensable que el mezclador de color sea un alquimista indio que sólo viaja de noche y se alimenta de incienso muy relavado. El alquimista debe ponerse casulla de obispo y braguitas de doncella quinceañera. Ha de rodear siete veces el crisol del Bulu Domenián y ha de decir:

*Dolisa dalei dondia siminem  
dalei dosiá uliante cosima*

Los colores del palacio están estudiados para hacer frente a la infiltración de Bacterioon. Las partículas de Bacterioon forman un polvillo en torno a las esferas, se agitan exasperadas bajo la lente de un gran microscopio colocado en un satélite artificial. A simple vista no se perciben y los viejos del lugar señalan que las oleadas invasoras han remitido considerablemente desde el inicio del cerco en 1956. Entonces Kennedy sólo era senador, pero ya las brujas del Egeo propagaban las nuevas de las sibilas y hasta en las charcuterías de Mac Arthur Street se sabía que Kennedy llegaría a la presidencia más tarde o más temprano.

A medida que los invitados llegan, penetran en el gran zaguán de cristal donde la familia Kennedy les recibe bajo un arco iris artificial. John Kennedy se mueve dinámico, estrecha manos, pero todo el mundo sabe que su ligero encorvamiento se debe al trono semiinvisible que ha diseñado para él Charles Eames. Cuando Kennedy se cansa, adopta la postura de sentado y el trono se revela bajo su cuatro anatómico, lleno de pedrería del plástico más caro de este mundo incrustado en hojalata selecta.

Cuando los invitados están distribuidos, brotan por doquier jardines colgantes, ascendientes, trepadores y daniásicos. Sólo entonces Kennedy adopta una pose solírica y los kerosoles del pativien se dejan querer por las artas satisfechas. Entonces, los introductores de embajadores tocan clarines electrónicos y comienza la cabalgata de los nuncios. Aparecen lenguas de fuego con sus colores nacionales sobre sus cabezas y una voz en *off*, profunda como el firmamento, va diciendo sus nombres y la naturaleza del obsequio que ofrecen al presidente.

**España:** Miel y arrope, un borreguito de Ocaña y un cántaro negro de Cangas de Narcea.

**Portugal:** Requesón de Évora, elaborado por las diez manos más cortas de las doncellas más delgadas del lugar.

**URSS:** Una tonelada métrica de siemprevivas azules, cultivadas junto a una laguna sin nombre del Ural.

**Francia:** Una botella de oro llena de Beaujolais, cosecha 345 a. C.

**Gran Bretaña:** Una gaita que no suena. Había pertenecido a un mariscal que nunca existió, vencedor en cien batallas y pariente lejano de un vencedor en Wimbledon.

**Siam:** Una virgen de pechos pequeños y trasero salido, que ya nació con pose de bailarina, con las palmas de las manos hacia arriba y media sonrisa nacarina.

**Italia:** Un cuadro sinóptico creado por un grupo de sacerdotes progresistas especializados en lenguas semíticas y campeones del mundo de ciclo-cross:

Tosquedad

Aliento

Dioptría

Esquina

*te voglio bene*

dolmen

Adriana

**Checoslovaquia:** Un pan dormido, de color amarillo, realizado por una campesina eslovena que estuvo a punto de ser madre de un cosmonauta soviético, pero abortó.

**Alemania:** Un caracol de acero oxidable.

**Segovia:** Un perro canelo mal llamado El Rubio, refugiado en una vieja iglesia románica del Temple.

**Grecia:** Una sirena congelada, de ojos sin pupilas, escamada en tornasol.

Kennedy acogía todos los regalos con una inclinación de cabeza y Jacqueline daba una palmada cariñosa en las cabecitas de los niños que los entregaban.

Finalizadas las ofrendas, todos nos sentamos y por los altavoces se dijo que T. W. Adorno iba a pronunciar una lección magistral sobre el *twist*.

Después, del centro del salón ha emergido una gran tarima con la Orquesta Filarmónica de Viena dirigida por Von Karajan. Adorno actuaba de solista y sólo hablaba cuando Karajan le daba la entrada. Ha formulado una severa condena del *twist* y ha lanzado una advertencia a los adolescentes del mundo entero. Como no dejen de bailar ritmos castrantes, él, T. W. Adorno, dejará de pronunciar conferencias radiofónicas sobre la correspondencia entre George y Hoffmannsthal. Al acabar la conferencia varios adolescentes cultos (entre ellos el hijo mayor de Bob Kennedy) han acudido al lado del maestro para disuadirle de su decisión. Tras largo forcejeo lo han conseguido y Adorno ha aplazado su decisión hasta el próximo año lunar.

Toynbee iba por los salones diciendo en voz alta, para quien quisiera escucharle, que bajo el reinado de Kennedy los historiadores dirán que «florecieron las artes y las letras». Kennedy (lo he leído en sus ojos) ha vacilado entre arrojarle a los perros o sonreír modestamente. Después le ha arrojado a los perros. Algunas voces de protesta fueron ahogadas por las impertinentes estridencias del arco de Casáis, con el que el maestro reclamaba silencio.

Después se ha iniciado el baile y Jacqueline ha llenado en seguida su carnet con los nombres de jóvenes húsares de Alejandra. En el centro del salón ha brotado un surtidor de martini seco y algunos jóvenes diplomáticos han intentado lanzarse vestidos al pequeño mar interior que Kennedy ha dispuesto en la segunda galaxia. El viejo Joe Kennedy les ha echado a bastonazos.

Hace unos días estuve a punto de contraer un compromiso formal con Nancy Flower, una puericultora de la institución Ann Mary Moix. La recogí a ocho kilómetros de Washington, calada por la lluvia, con el pelo rubio convertido en ramo de pasamanos colgantes sobre los hombros. Nancy se quitó las medias nada más sentarse a mi lado y de refilón pude ver la exacta curva de su pantorrilla mientras la media abandonaba poco a poco la carne, como una piel que se resiste a la soledad. La muchacha se frotó las piernas repetidas veces y con la boca pegada a las rodillas intentaba calentarlas con el aliento.

A veces perdía su ojo izquierdo sobre mis manos al volante o en el recorrido de mi perfil enfrentado a la autopista. Después practicó un largo desperezo con la espalda contra el asiento y los brazos cruzados tras la nuca: entonces comprobé que el pecho de Nancy era escaso, que su talle era alto y delgadísimo y que la línea que se iniciaba en la punta de la barbilla y terminaba en la punta de sus pies, tras el recorrido por el cuerpo sentado, era un espacio geométrico abierto y perfecto, que pedía la admiración de una mano curiosa y educada. Nancy, experta en gestos adecuados, ha dejado caer después la cabeza sobre el hombro izquierdo y así he podido ver su rostro de frente, unos segundos, porque Nancy, con un delicioso vuelo de cuello, ha dado un giro de 180° (aproximadamente) y su rostro se ha enfrentado al paisaje tráfuga y hervido bajo la lluvia. Desde su precario mirador me ha hablado con una voz espesa, como la mermelada de frambuesa. Sí, yo era extranjero. ¿Cómo lo había notado? ¿Tan malo era el escaso americano que había utilizado en nuestro breve diálogo? Mi americano no es muy bueno, pero por otra parte mi forma de conducir es reveladora. Un americano no conduce con las manos sobre los radios del volante, tampoco mira con ese escepticismo los reclamos publicitarios de los márgenes ni empieza el examen visual de una muchacha mirándole las pantorrillas. Tres sofismas evidentes, pero que di por lógica de la buena e incluso me admiré facialmente con la más encantadora de las muecas.

Era mi día libre. Cenamos en Gilber's House un excelente *goulash*. Después, Nancy se dejó desabrochar la blusa a tres manzanas de su casa. Mi mano derecha ya conocía la notable consistencia de sus senitos cuando aparqué el coche ante la puerta de su casa. Después, Nancy tuvo el buen gusto de mantener su mano agarrotada en torno al conmutador de la luz mientras descendíamos al eufemístico abismo del placer. Poco después, descendimos por segunda vez y Nancy volvió a asirse al conmutador, detalle que me agradó sobremanera.

Al día siguiente nos encontramos en un *snack* de Monroe Street y paseamos bajo las farolas encendidas de Hudson Square. Nancy dio de súbito unos pasos de ballet, asió un farol con una mano y giró a su alrededor. Se detuvo ante mí y sin apartar sus ojos de los míos cantó:

*Esta noche parece  
más estrellada que las restantes,  
hasta las azoteas  
parecen al alcance de mi mano,  
mi corazón dice  
que me enamoré de un rey extranjero,  
pero mis labios  
desconocen el lenguaje del amor.*

Yo di unos taconazos de claqué y con los brazos ora en cruz, ora unidos por las manos sobre mi regazo, di unas vueltas en torno a Nancy, que volvía a girar alrededor del farol. También canté:

*El amor no necesita palabras,  
necesita besos, caricias y el tacto limpio  
de sábanas desnudas, como el deseo  
que permite decirse a los amantes:  
todo es felicidad lo que yo veo.*

Nancy insistía:

*Esta noche parece  
más estrellada que las restantes...*

Yo no cejaba:

*El amor no necesita palabras,  
necesita besos, caricias y el tacto limpio...*

Nuestro duelo canoro duró un cuarto de hora. Finalmente nos sentamos, cansados, con los pies metidos en el redondel de un alcorque y la espalda enfrentada al tráfico nocturno. Nancy dijo en un tono desenfadado: *I love you*. Recordé a Muriel. Recordé aquel pequeño piso sobre descampados en el que iniciamos nuestra vida en común, que empezamos a llenar con los primeros objetos de nuestra propiedad, que pronto estuvo continuamente ocupado por las voces de nuestras discusiones. Muriel tenía la cara pequeña. A veces, cuando dormía, bastaba un hoyo en la almohada para que su rostro

desapareciera de mi visión. Tenía los ojos algo redondos, pero muy incisivos y cuando sonreía, uno siempre quedaba con la sensación de que aquella sonrisa merecía algo a cambio. Muriel y yo estuvimos caminando con las manos unidas hasta el minuto antes de nuestra separación.

Yo quedé con la vista fija en su largo cuello por si volvía la cabeza. Preparé mentalmente una frase ingeniosa para reparar la cadena de nuestros días y nuestros deseos. Tal vez eligiera un mal paisaje para aquella despedida: la calle más comercial de la ciudad, la de más sabrosos escaparates, la más repleta de promesas. La cuestión es que Muriel no regresó sus ojos a mi inmóvil esperanza y tal vez nunca la volveré a ver.

Sarro, piojo, piorrea, caspa, lechuga, orinal, mierda, mastuerzo, cojones, por cojones, de cojones, mis cojones, gargajo, correoso, padre, madre, colgajo, cascajo, cojo, manco, lisiado, tarado, mamón, capullo, tierra, yermo, bierzo, cierzo, pipí, pis, meaos, cagarro, pulga, arador de la sarna, sarna, sarpullido, sinvergüenza, pendón, entraña, mis entrañas, hijo de mis entrañas, hijo, culo, nalga, cogolludo, cojonudo, paja, manirroto, ojete, mostrenco, capar, capador, orgánico, órganos, huevos, gallinejas, mollejas, pendejo... Mi lengua se frota de esta manera por la cueva de mi boca, las jotas me arrancan la fina piel de la campanilla y hasta los residuos más escondidos de todas las leches que he mamado salen tras las palabras de mi idioma.

A veces es imprescindible realizar estos ejercicios, con un cigarrillo entre los dedos, a medio consumir. Atardecido, Washington se oculta tras los cristales, bajo la neblina. La losa del mundo pesa sobre el centro del propio cerebro. Nuestra sinfonía de jotas apenas si puede cosquillar el relajado horizonte anglosajón, siempre a medio pronunciar, siempre ambiguos los sonidos, como si las palabras no se tomaran en serio.

Uno de los divertimentos de lady Bird consiste en atravesar a su marido con agujas de hacer punto. Son agujas de pasta y metal plateado, muy finas. El matrimonio alega que se trata de una variante *kiowa*, antropológicamente

inexplicable, de la acupuntura. Pero hasta los más lerdos saben que es un continuo intento de asesinato prolongado por toda su historia matrimonial y especialmente sañudo ahora que llegan a la flor de la vejez.

Cuando Johnson era un niño, el médico de cabecera dijo a sus padres que tenía el corazón en la punta de la nariz y por eso la tenía tan gorda. Nadie le creyó. Lo interpretaron como una broma suscitada por el niño, algo narizotas. Pero es sabido que Johnson no tiene el corazón en su sitio y lady Bird le clava las agujas por si alguna vez lo encuentra. La señora Truman le aconsejaba que probara traspasarle la punta de la nariz.

Lady Bird tiene miedo a que sea verdad, a que allí tenga el corazón y el juego termine con un éxito de su paciencia que pondría fin al placer de ejercerla.

Bacterioon sólo es visible bajo la potente lente del microscopio Davy Crocket, instalado en el satélite artificial *Moonstar*. Con todo, la visión es insuficiente para aclarar todos los misterios que plantea esta sustancia bactericida, que sólo ofrece el aspecto de una difusa pulverización, cada vez más presente, en abierta competencia con el mismo aire, infiltrándose por todas las ventanas abiertas de la materia viva y de la materia muerta, enturbiando los canales sanguíneos del hombre y cubriendo poco a poco, como una suave tela, hasta sus más pequeños rincones. Nada se sabe sobre la real naturaleza de Bacterioon. Se la supone presente en todo tiempo y lugar, autogestante y autolúcida. Más misteriosa es la mutación que le permite entrar en relación inteligente con los seres humanos y formar, entre otras asociaciones, la de los cuerpos especiales de agentes secretos que van activando en todo el mundo la lenta pero segura conquista de Bacterioon. Quien ha tratado de defender a la humanidad de este peligro sólo ha conseguido aplicarle vagas palabras que se aproximan apenas a algunos de los efectos de Bacterioon. Esas palabras son relativismo, asepsia, escepticismo..., pero todo lo quieren decir y nada dicen. La palabra destrucción es la que más traduce la complejidad de significados de esta potencia misteriosa. El astrólogo Niemeyer sostiene que se trata de una



sustancia bioquímica que se crió en la epidermis de los *clochards* de París y se extendió por todo el mundo. En cambio, Nosdratus, gran alquimista y hechicero del *Labour Party*, jura y perjura que Bacterioon nace con la misma humanidad y sólo se desarrolla cuando se dan las condiciones óptimas para su crecimiento. Los historiadores partidarios de las explicaciones menstruales, dicen que la acción de Bacterioon se renueva cíclicamente cada trescientos años. Según parece todo empezó para ellos en el paraíso terrenal. Fue el bacterionismo lo que impulsó a Eva a jugarse el destino del género humano por una manzana. Fijar la aparición de las siguientes apariciones cíclicas es muy difícil hasta la caída del Imperio romano. Después, ya todo cuadra perfectamente: la invasión árabe; las discordias unitarias europeas en cuanto a política y religión se refiere; la putrefacción moral del Renacimiento; la funesta revolución liberal que hundió los principios de la familia, el sindicato y el municipio. Trescientos años después, es decir a fines del siglo xx, Bacterioon volverá a hacer una sonada. Se aprecian gérmenes de relajamiento moral a escala universal. Bacterioon actúa a través de las formas más impensadas y en general mina ante todo la moral y las costumbres. Así, De Foe, Addison, Steele, Swift, Rousseau, Diderot, Voltaire... los grandes agentes intelectuales de Bacterioon en el siglo xviii, se aplicaron ante todo a destruir toda clase de normativas, cualquier forma de constancia de la lógica del comportamiento del *ancien régime*. En la actualidad, los profetas del nuevo anarquismo y del libertinaje son agentes de Bacterioon. Y de no mediar una enérgica acción por parte de la URSS y Estados Unidos para resucitar el pionerismo, el escultismo y los juegos educativos y olímpicos, es muy probable que las próximas generaciones abran de par en par las puertas de Troya y los chinos se aprovechen de una situación que ni les va ni les viene.

Pero yo sé, mejor que nadie, que Bacterioon no es nada de esto. Yo sé que Bacterioon no es otra cosa que el miedo histórico al cambio, pertrechado en sus últimas fronteras, resistiendo el asalto definitivo de la razón, desesperadamente opuesto al nacimiento de la libertad, obligando a luchar por lo que es evidente. Y si alguien me preguntara por qué Kennedy, la CIA, el stalinismo, Bacterioon, el fascismo real o encubierto luchan por lo mismo

y son aparentemente antagónicos, yo le diría que en último extremo no se combaten entre sí. Se limitan a vigilarse como sistemas de seguridad que garantizan los fallos y los fracasos sucesivos hasta llegar a Bacterioon: la definitiva retaguardia de la no-verdad.

Kennedy quiso que yo estuviera presente en la audiencia concedida a un grupo de republicanos españoles exiliados. Antes presencié la introducción del nuevo embajador de Thailandia y una breve entrevista-salutación de Kennedy y Johnson. El vicepresidente le ha pedido a Kennedy una plaza de embajador para un tejano, amigo suyo de la infancia. Kennedy, a cambio, ha conseguido que el Congreso apruebe el presupuesto espacial que presentará dentro de una semana. Johnson se ha quejado de los rumores que circulan sobre las próximas nacionalizaciones petrolíferas en Brasil, Argentina y tal vez Perú. Los industriales del petróleo están nerviosos ante el riesgo de que cunda el ejemplo. Kennedy ha argumentado que el consentimiento de estas medidas es indispensable para el buen éxito de la Alianza para el Progreso y que a costa del sacrificio de determinados intereses petrolíferos se conseguía un compromiso político interesante ante la opción revolucionaria del castrismo. Johnson ha dicho que la cosa, en Tejas, se hubiera resuelto con un buen garrote y Kennedy, mientras le palmeaba la espalda despidiéndole, le ha prometido un par de entradas para el partido de los Yankees contra los Gigantes.

Después ha penetrado la delegación española. La operación de entrar en el despacho ha sido laboriosa. Algunos ancianos políticos iban en sillas de ruedas, otros en parihuelas, no faltaban tampoco los peatones, pero entraban poco a poco, dando a su andadura un cierto aire de solemnidad. Han inclinado la cabeza ante Kennedy y han formado un círculo a su alrededor. Es una expedición que está dando la vuelta al mundo. Venían en vía directa desde Lourdes, donde habían ido con peticiones políticas. Uno de los ancianos, el más inválido, no ha parado hasta que se ha hecho el silencio y hemos podido escucharle:

—¡Yo ya se lo dije a su padre en 1940, excelencia! ¡Ya se lo dije! ¡Su

padre me dijo: Mestres, cuento con usted! ¡Recuérdelo, excelencia, Mestres, cuento con usted!

Ante la perplejidad de Kennedy, uno de los asistentes ha aclarado que Mestres creía que Kennedy era el hijo de Roosevelt y que han sido inútiles todos los intentos de disuadirle de su error. Kennedy ha bajado la cabeza con brillo de lágrimas sintéticas en los ojos y ha dicho:

—Cuánto sufrimiento consume la Historia. Como diría Durrenmatt: ¡Qué tiempos éstos en los que hay que luchar por lo que es evidente!

Un anciano secretario de municipio burgalés, ex miembro del partido de Martínez Barrios, ha pronunciado unas palabras en nombre de todo el grupo:

—Excelencia, desde 1939 hemos tenido varias veces el honor de dirigirnos a un presidente norteamericano. Una vez más recordamos a su excelencia la deuda contraída por Estados Unidos con España desde los tiempos de la Independencia. Claro es que la ayuda estatal fue entonces concedida a los revolucionarios por razones de estrategia antibritánica. Pero las clases ilustradas del país, los españoles que defendían las luces contra la oscuridad, eran la génesis moral de esta actitud estatal. Y, en definitiva, excelencia, somos aquellos mismos españoles. Sobre nosotros ha caído la maldición del holandés errante. Los españoles liberales conocemos un exilio alternativo desde 1814. Ya dijo un gran poeta español, excelencia, Antonio Machado, San Antonio Machado podríamos llamarle, que en España a todo movimiento progresista de superficie, se le opone otro en profundidad que acaba por anularlo. Un día llegará en que por fin nazca la España aplazada una y otra vez. En sus manos está gran parte de la fuerza moral y material del mundo libre. No queremos ser esclavos del Kremlin, pero tampoco esclavos de las fuerzas más retrógradas. Una vez más, excelencia, pedimos la ayuda de su gran pueblo.

Kennedy les contestó:

—Señores, cada vez que pienso en España siento una punzada en el corazón. Es lo que siente todo americano que con mayor o menor proximidad siguió los acontecimientos de vuestra guerra civil. Pero la política se sustenta de realidades. Y la realidad actual es la firmeza del régimen político español, el interés estratégico anticomunista que tiene la España de Franco. Les

propongo otra audiencia. ¿Por qué no van a Madrid a parlamentar? Los años han pasado, las heridas deben cicatrizar. Yo les enviaré una carta de recomendación y conseguiré garantías de que podrán entrar y salir de España sin problemas.

Mestres interrumpió el discurso presidencial:

—Yo se lo dije a su padre en 1940... Y su padre me dijo: «Mestres, cuento con usted». Después no volví a ver a su padre... Venía conmigo Prieto. Entró en el salón como si nada y le dijo: «Franklin, chico, qué bien te conservas». Y su padre de usted, señor presidente, le dio un abrazo enorme, como la plaza de toros de Barcelona. Su padre me dijo: «Mestres, cuento con usted»... Churchill ya me lo había dicho, Mestres, cuento con usted... Attlee... Stalin... Mestres, cuento con usted.

A Jacqueline le gusta pasear por las orillas del río artificial que cada miércoles forma meandros en torno a las galaxias, mágicamente ingravidado por el talento programador de Walter P. Reagan. Le place coger flores, cargarse el halda, puesta a manera de blanda cesta en las que se las voy arrojando. La muchacha canta deliciosas canciones cargadas de nostalgia, mientras no la abandona una cenefa floral iluminada con colores Caran d'Ache.

*Una cruz, la losa fría,  
cuatro flores ya marchitas,  
eso es todo lo que queda  
del vivir de nuestra vida.*

*Cuéntale al mundo tus dichas  
y no le cuentes tus penas,  
que más vale que te envidien  
que no que te compadezcan.*

Jacqueline entonces, cuando se me confía en castellano tiene la misma voz que la del doblaje de Grace Kelly en las películas españolas.

—Dígame. ¿Me considera usted hermosa?

—Me está prohibido galantear a la esposa del presidente.

—Prohibido, ¿por quién?

—Por mi honor, señora.

Grita Jacqueline mientras inicia el correteo por el bosque al que me tiene acostumbrado cada miércoles. Mientras corre, desparrama las flores sobre la grama espontánea, sobre las setas apetitosas que nadie me permite coger porque no confían demasiado en mis seguridades y temen que desencadene una epidemia. En vano les digo lo ricos que son los *rovellons* con butifarra de La Garriga. Reagan no programó el asunto, las setas no estaban previstas.

*Para ser feliz me basta  
un libro que me entretenga,  
unos labios que sonrían  
y un beso que me sostenga.*

—¿Sabe usted? —dice Jacqueline mientras corre y parece dejar atrás un 53 por 100 de corta melenita—. No soy feliz.

Se detiene de súbito con estudiada reducción de marcha y punto muerto.

—Lo he intentado todo, todo. Mi hermana la princesa me invita a cruceros con gente fabulosa, pero después vuelvo y retorna la tristeza.

—Los cruceros son muy agradables.

—No lo sabe usted bien. Hay gente fascinante. Aristóteles.

—¿Onassis?

—Una magnífica persona. Créame. No un personaje. Una persona.

Afirmaba apasionadamente Jacqueline con los ojos cerrados, los hombros adelantados y el labio inferior muy chupado por el superior.

—Pero aquí, en Washington, no le faltan incentivos. La gente también es interesante. El propio presidente.

—¿Interesante, John? Si usted lo dice. Pero es muy pesado. Un verdadero rollo, se lo juro. Si yo le contara. Algún día tal vez se lo cuente. Y usted no sabe lo pesados que son los demás. John es un encanto al lado de los demás. Sobre todo de ese grupito de cerebros que le rodean. De cerebros nada, aquí entre nosotros... Pero una es buena y se contiene, ¿sabe usted?, porque una

sabe cumplir sus obligaciones. No soy como otras, y no lo digo por señalar a nadie, no. ¡Pero si una hablara! ¿A que no me coge?

Y entonces, como cada miércoles, corremos hasta las puertas de palacio. Si entonces me vuelvo, como la mujer de Lot en añoranza de horizontes perdidos, descubro, como siempre, que el río ha desaparecido, sustituido por una impecable noche estrellada en el technicolor de la Columbia de los años cuarenta.

Pero yo no me vuelvo estatua de sal.

Cada vez que me acuesto con Nancy Flower o con la secretaria especial de Robert Kennedy, o con una camarera del Stuart Hotel, salgo del lance con la cabeza llena de imágenes de rotos recuerdos. Después reconstruyo los rostros a partir de los fragmentos y siempre resultan fotografías irreales de vivencias con Muriel. A veces es el peso sostenido y tibio de su cara encajada en el hueco de mi mano. A veces es el espionaje de su respiración. A veces la maraña de su pelo sobre la almohada o sobre la arena de la playa. Una sonrisa. El embarazo de una despedida o una llegada emocionada. No es que Muriel sea mejor o peor que estas muchachas, tampoco su cuerpo era más hermoso, sobre todo si lo comparo con el de la secretaria especial de Robert Kennedy. Muriel, la incómoda Muriel, era un testigo interesado de mi vida y aunque todo interés sea ambiguo y en el interés de poseer yace el sustrato de la destrucción, la posesión abraza como una manta vieja de tiempo, pero llena de la vitalidad de una lana conocida, adaptada a la piel desnuda como una patria tibia.

Mantener la unidad de una pareja es un ejercicio artificial, pero yo conozco muy pocos ejercicios rigurosamente naturales: comer, orinar, cagar, dormir y, tal vez, fornicar, aunque este acto cada vez se me revela más cultural. Sí, es un ejercicio artificial que precisa el continuo cálculo de las pérdidas y las ganancias. Sobre este precario equilibrio es posible mantener una vida en común, incluso duradera. Pero a veces, y sobre todo bajo la opresión de las circunstancias exteriores, el equilibrio se pierde y pierdes rueda como el ciclista que ha quedado retrasado con respecto al que marca el

tren de marcha y abre el viento. Y sucede que nunca más recuperas esa distancia y cada vez quedas más lejos de una situación pasada.

Tal vez retorno siempre a la rota imagen de Muriel porque me asalta la angustia del ciclista que pedalea solo y con la sensación de que ya no puede ganar esta carrera, ni otra siquiera porque tampoco nunca podrá abandonar la carrera que nunca ganará. Resulta muy complicado sustituir unas convenciones vitales por otras y, en definitiva, esta sustitución siempre se revela absurda porque la vida, lo tengo muy estudiado, es una sucesión de movimientos sin éxito.

Kennedy, sobre todas las restantes zonas del palacio, ama un pequeño despacho de ex presidente en el exilio, que se ha hecho decorar por el precoz Alexander, el gran rival de Walter P. Reagan. Uno de los sueños más acariciados por el presidente es la posibilidad de un derrocamiento, un azaroso exilio romántico en una ciudad marinera y el retorno triunfal por encima de la mortificación de la derrota.

Alexander ha ambientado la dependencia con un franciscano *style* pasado por la influencia de escenografías de *Los justos*, de Camus. El vestuario del ex presidente en funciones está a la altura de las circunstancias: no falta el tosco jersey cuello de cisne, ni la chaqueta de pana, ni la sobada pipa que Kennedy muerde con probada entereza frente a las tribulaciones históricas que padece. Muerde la pipa con rigor dental, muy utilitario ante la acristalada ventana desde donde escruta el mar imaginario por donde llegará la fragata todopoderosa del *todo está dispuesto*.

Kennedy encanece algo cuando penetra en la estancia de sus sueños. Encorva más la espalda, pero compensatoriamente su semimirada es más fiera y se le cierra la barba en un alarde tecnológico que Reagan no había conseguido y Alexander sí, dueño de los resortes que convierten la arquitectura humana en naturaleza misma. Pisa el presidente la tarima deslucida de la que crece una vieja mesa de roble con la parsimonia del que sabe esperar. Allí se retira para meditar el malogrado ex presidente las decisiones que escapan a la consulta del *trust*, y son muy pocos los llamados a conocer ese definitivo reducto de su intimidad.

Por eso pronuncié el fatídico no sé si debo cuando el presidente me invitó

a merendar en cámara tan secreta. Ante mi sincera turbación de súbdito emocionado, Kennedy sonrió como sólo puede y debe sonreír un presidente kennedista. Asumió, pues, mis rubores, mis respetos, mi distancia y me poseyó mediante una pernada espiritual que yo aún debía agradecerle.

Penetré en su reducto a las cuatro de la tarde. Kennedy oteaba el horizonte marino con el catalejo. Con vago ademán, apenas voluntario, me indicó silencio y asiento. Escogí un viejo arcón cubierto de herrajes entre bruñidos y cuidadosamente enmohecidos. Kennedy volvió de su atalaya, borró de su ojo con la mano la frustración y el sueño de horas y horas de acristalada espera. Bebió un largo trago de ron en una barrica holandesa y eructó patética, exiliadamente. He olvidado describir el semantema de su tuertedad, a la que sólo he aludido al hablar de su semimirada. Pues en circunstancias como la que describo, Kennedy está tuerto y bien tuerto, luce un impagable diseño de Peter Chermayeff a manera de ojera piratesca.

Devolvió un libro sobre una alacena de vieja madera nudosa y se dejó caer, como es lógico debido al agotamiento literario que suelen padecer los personajes en estas situaciones. Cayó bien caído sobre el sillón de barco, lógico en el contexto decorativo, levemente modificado por un gabinete especial de diseñadores de la firma McGuire.

—Créame, Salvador —me dijo—; la mayor calamidad de la vida humana no es la peste ni el hambre, sino las pasiones humanas no puestas en razón; por lo cual dijo San Juan Crisóstomo: «Entre todos los males es el hombre malísimo mal; cada bestia tiene un mal, y ése es propio de ella; mas el hombre es todos los males. Aun el diablo no se atreve a llegar a un justo; pero el hombre llega a despreciarle». Y en otra parte dice por la misma causa: «Comparado se ha el hombre a los jumentos; pero peor es compararse que nacer jumento; porque no es culpable estar por su naturaleza privado del uso de la razón; pero que el hombre, dotado de la razón, sea comparado a los brutos, éste es el delito de la voluntad».

Y así nos hacen de peor condición nuestras pasiones. No es creíble lo que padecen los hombres de los mismos hombres: de un envidioso, de un colérico y de cualquier apasionado. David, ¿qué es lo que padeció de la envidia de Saúl? Destierros, hambres, peligros, guerras. A Elias, ¿cómo le paró el deseo



de venganza de Jezabel? Más le afligió que una pestilencia, porque del mismo vivir tuvo hastío. A Nabot, la codicia de Acab le quitó la vida más presto que se la quitara la peste. ¿Qué garrotillo o pestilencia hubo como la ambición de Herodes, que acabó con tantos miles de niños? ¿Qué contagio más mortal se puede temer que la condición de Nerón y de otros que, poseídos de su pasión, quitaron a muchos las vidas por darse a sí un gusto? No, por favor, Madariaga, no me interrumpa. Usted sabe que el gran Tulio había escrito «Los deseos son insaciables, y no sólo destruyen a personas particulares, sino a familias enteras, y aun a toda una república arruinan. De los deseos nacen los odios, los pleitos, las discordias, las sediciones y las guerras». ¿Qué géneros de tormentos y muerte no ha intentado el odio y crueldad humana? ¿Qué suerte de venenos no ha hallado la pasión de los hombres? Orfeo, Oro, Medesio, Heliodoro y otros muchos autores hallaron quinientas maneras de dar veneno encubierto, y otros muchos las acrecentaron. Pero respecto de lo que pasa en algunas partes el día de hoy, fueron ignorantes; porque ya no hay cosa segura, pues se han dado veneno, aun cuando se daban las manos de amigos, los que se reconciliaban; sólo en el sentido del oído no ha topado puerta la ponzoña; de los demás ya se ha señoreado.

Yo escuchaba con mi propia personalidad transfigurada. La maravilla de Alexander, preformando programas de vida, me había hecho asumir incluso la textura física de don Salvador de Madariaga. Kennedy contemplaba ahora amargamente el esqueleto de un martín pescador, directamente importado de los cuatro cuartetos de Eliot. Por el ojo presidencial pasaba un shakespeariano cortejo de muerte, sobre un fondo de duras batallas entre comparsas de categoría. En un rincón de su pupila, Jacqueline, con postiza melena rubia de Ofelia enloquecida, arrojaba flores a los miembros del senado. Una música de orquestina empezó a dar entradas para que el presidente prosiguiera su reflexión en alta voz. Kennedy se subió a la quinta, con la voz perfectamente ajustada al tono que le marcó la orquesta:

—Las mayores miserias de todas son las que los hombres se causan a sí mismos con sus desenfrenados afectos. Por éstos dijo especialmente el Eclesiastés aquella notable sentencia en que excedió a lo que los filósofos

dijeron de la miseria humana. «Alabé —dice— a los muertos más que a los vivos; juzgué por más dichoso que unos y otros a aquel que aún no ha nacido ni vio los males que se hacen debajo del sol»; porque no hay cosa que más ofenda a la vida humana que las sinrazones de los hombres, odios, desafueros, violencias, inhumanidades que causan las pasiones. Por lo cual hubo filósofos que aborrecían grandemente a todo el género humano, por verle guiarse por pasión y no por la razón, entre los cuales Timón, filósofo ateniense, fue el inventor y el más apasionado predicador de esta secta, porque no sólo se nombraba enemigo capital de los hombres, diciéndolo a todos en su cara; pero hacía obras tales, que confirmaban sus palabras, como fueron no conversar ni morar entre gentes, vivir siempre en el desierto con las bestias y fieras, apartado de toda vecindad y poblado, porque nadie le visitase, y viviendo en aquel desierto, jamás quería ser visto, hablado ni visitado de hombre, si no fue de un capitán ateniense, llamado Alcibíades; pero a éste no trataba por amor ni por amistad que con él tuviese, sino porque entendía había de ser azote de los hombres, nacido para su tormento, especialmente porque sabía que sus vecinos, los atenienses, habían de padecer por su causa muchos trabajos y fatigas. Ni se contentaba con ese aborrecimiento que tenía a los hombres, ni con huir su compañía, como de animales furiosos y crueles; pero procuraba hacer todo el daño que podía para destruir y arruinar al género humano, inventando nuevas maneras para asolar y acabar los hombres. Para esto hizo poner entre los árboles de su huerta muchas horcas para que todos los desesperados y cansados de vivir se fuesen a ahorcar allí. Y como algunos años después, para ensanchar su casa, le fue forzoso derribar aquellas horcas, se fue a Atenas, donde, sin vergüenza ninguna, hizo congregarse al pueblo, dando gritos por las calles como pregonero que quiere pregonar algo de nuevo. El pueblo, oyendo la voz ronca y bárbara de aquel tan horrendo monstruo, sabiendo (días había) de qué humor pecaba, se le allegó luego, esperando alguna novedad. Viendo él ya los más de los ciudadanos principales y plebeyos juntos, comenzó a decir a voces: «Sabed, ciudadanos de Atenas, que por cierta necesidad que me ha sobrevenido quiero hacer derribar las horcas de mi huerta; por eso, si alguno tiene devoción de ahorcarse, sea luego». Y sin hacer otra arenga, acabada tan

amorosa oferta, se volvió luego a su casa, donde acabó el resto de su vida en esta opinión, filosofando siempre de la miseria del hombre. Cuando le tomaron las ansias de la muerte, aborreciendo a los hombres aún hasta la postrera boqueada, mandó que su cuerpo no fuese enterrado en la tierra, por ser el elemento en que comúnmente reposan y toman su descanso los hombres, y en donde comúnmente se entierran los cuerpos humanos, temiendo que sus huesos no fuesen de los hombres vistos y sus polvos tocados de ellos, sino que le enterrasen a la orilla del mar, donde la furia de las ondas estorbase a todas las criaturas y defendiese el paso de su sepultura, en la cual mandó se pusiese este epitafio, que refiere Plutarco: «Después de mi vida miserable, me enterraron en esta agua honda, no cures de saber mi nombre, lector, que Dios te confunda». En dos palabras, Madariaga, esto cansado del poder y pienso abdicar en mi hermano Robert nada más consiga arrojar del trono a los usurpad res de la dinastía Orange. Los Estuardos somos invencibles.

Con la espada en alto, iluminada mediante un resorte que Kennedy apretaba en el pomo, Kennedy parecía dispuesto a abalanzarse sobre mí en un fatídico tajo. Pero se calmó poco a poco y ambos miramos hacia la ventana. Caía lluvia artificial más allá del cristal. Una lluvia paralelísima, algo lenta, no muy conjuntada, pero de gruesos lagrimones, presente, irrefutable. Kennedy limpió el polvo de los libros de la alacena con un plumero envejecido. Paseó un dedo ante los libros, pendiente de caer en picado sobre los libros elegidos. El alcotán vio las presas y separó dos volúmenes que el presidente me tendió, uno en cada mano. La distancia impedía que yo los cogiera y la voz de Kennedy me sirvió de nexo informativo:

—El pasado de mi formación espiritual y el futuro.

El pasado era *The temporary and the eternity*, de Juan Eusebio Nieremberg, S. J., y el futuro, *The Way*, del P. Escrivá de Balaguer.

—Acabo de recibir este libro. Lo he devorado en una noche, es sobrecogedor. A usted recurro, don Félix, por el paisanaje que le une al autor. Está usted mucho más próximo de su definitiva comprensión. Al calor de la influencia de este libro estoy dispuesto a que germine la semilla de los nuevos Estados Unidos de América. Yo plantaré esa semilla y la espiga

crecerá hasta el cielo. El *american way of life* pasará por el camino hacia la *New Frontier* que ha de llevarnos a la *Great Society*. Quiero que usted me asesore, Félix. Precisamente usted.

Me guiñó un ojo, cómplice pero grave.

—Estoy preparando la reconquista espiritual de los Estados Unidos, porque la dualidad jesuítica entre lo espiritual y lo temporal condicionaba mi manera de ver las cosas hasta ahora. La dualidad entre lo temporal y lo eterno está superada estratégicamente. Hay que espiritualizar lo temporal cargándolo de proceso hacia la eternidad, cargándolo de sentido de marcha, de camino, en una palabra. Ya dijo San Antonio Machado: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar».

—A Dios rogando y con el mazo dando.

Intervine tan afortunadamente que el presidente me contestó:

—La paz sea contigo.

Kennedy había recuperado la plena verticalidad, calzaba pata de palo y renqueó hasta la ventana. Se crispó sobre el catalejo. Volvió su rostro, ya sin tuertedad, hacia mí y gritó congestionado:

—¡Por fin, Lequerica, por fin!

Lady Bird mete gatos muertos en el depósito de agua de mi retrete. Sé que dice cosas desagradables sobre mis relaciones con Jacqueline. Hoy he intentado clarificar las habladurías con el presidente y Kennedy no me ha dejado terminar. Ha convocado a toda la corte, a Jacqueline, a lady Bird, a mi modesta persona. Sin dar explicación alguna nos ha cogido la cabeza con las manos a Jacqueline y a mí y nos ha besado las frentes con una pureza de obispo ciego, cojo y manco.

Nancy Flower tiene piel de irlandesa, cabello castaño rojizo de irlandesa, calorcillo de muchacha celta propensa al flujo, manos delgadas y frías, tobillos algo dilatados y un culito glotonamente redondo. Quiso ser actriz de teatro, pero perdía el aplomo cuando pisaba el escenario. Durante la

representación de *El zoo de cristal*, de Tennessee Williams, en un teatro de aficionados, cometió un desliz tan lamentable que nunca más volvió a la escena. Desempeñaba el papel de Laura, la hermana-hija tan encantadora y frágil. Al llegar a la escena segunda del acto segundo, cuando entra por el foro de la izquierda, evidentemente desfallecida, los labios trémulos, los ojos desmesurados y fijos, avanza unos pasos seguros hacia la mesa:

—Oh, mamá... lo siento muchísimo.

(Se tambalea. Tom la aferra y la conduce al sofá-cama de la sala.)

Nancy era consciente de que lo había hecho muy mal y no se le ocurrió otra cosa que balbucir una disculpa ante el público: soy joven aún.

Desde entonces yo no sé bien a qué oficios se ha dedicado. Pero debe haber viajado mucho porque conoce geografías insospechadas: por ejemplo, ha visitado en varias ocasiones los países del campo socialista y tuvo un novio turco con el que no llegó a acostarse nunca.

Ha ocurrido un hecho insólito en los anales de la historia de la tercera generación de calculadores analógicos. Durante toda una noche los computadores han actuado incontrolados a partir de una pista informativa: la genealogía de los Kennedy. Las conclusiones de estos jóvenes calculadores son muy interesantes. Según parece, con anterioridad al tronco común del i-e (indo-europeo) hay un embrión lingüístico original: el *kenedeset*, lengua de un rincón de Prusia, donde se originaron las razas nobles. La palabra *kenedet* quiere decir eso: palabra, y de ella procede el apellido Kennedy. Los *kenedets* fueron la casta dirigente del pueblo Kenedem: sacerdotes, caudillos, acróbatas y misses Universo. Una rama de los *kenedets* participó en la defensa de Troya y hay una notable infidelidad histórica cometida por Virgilio que ha impedido durante siglos el rastreo de la verdad. El caudillo troyano que tuvo amores con Dido, reina de Cartago, no fue Eneas, sino Keneas, y era un *kenedet* auténtico. Eneas recibió de los dioses el encargo de fundar Roma; eso dice Virgilio, pero no hay que olvidar que era, prácticamente, un escritor a sueldo de Octavio Augusto. Lo más probable, según los calculadores de la tercera generación, es que el encargo divino

fuera mucho más ambiguo y que Virgilio se aprovechara de las circunstancias para llevar agua a su molino.

En cambio, cada día prospera más la tesis sostenida por algunos historiadores irlandeses de que Keneas no se detuvo en Roma, sino que siguió la ruta del Mediterráneo en busca de las tierras del ámbar a las que habían llegado los fenicios y cuya ruta secreta conocía Dido. Eneas o Keneas repostó agua y combustible en la Atlántida y emprendió el rumbo del norte. Al fin, extenuado, llegó a las costas de Irlanda. Allí continúa la extirpe keneana a través de sus descendientes. El cansancio palatal de los irlandeses (de sobras conocido por nuestros lectores) les llevó a buscar un descanso para la lengua después de alzarla para pronunciar el *ne* de Keneas. La lengua ya estaba arriba y en lugar de neutralizarla para que saliera la *a* sin obstáculos, la lengua de los irlandeses aprovechó el viaje y se apoyó en los dientes superiores: *d*. Primeramente, la fonética se mantuvo ligada más o menos a la sonorización histórica. Así, Keneas se convirtió en Kenedas. Pero la terminación en *y* se impuso y llegamos al apellido histórico moderno: Kennedy. Resulta que el encargo de los dioses a Keneas no había que interpretarlo como dirigido a él, sino a su descendencia. Y la cosa se ve clara cuando descubrimos cómo en el siglo vi de la era cristiana algunos Kenedas se apuntaron en las expediciones vikingas hacia el Mediterráneo. Un Keneda se estableció en Genova y sus descendientes montaron un negocio de palomas mensajeras. La gente les llamó los «Colombos» (palomos) y con el tiempo adoptaron el apodo como apellido. De ahí que nunca se haya sabido hasta ahora que un Keneda fuera llamado impropriamente Cristóbal Colón y que otro Keneda haya instaurado en Estados Unidos la monarquía católica, social y representativa.

Me topé por última vez con Wonderful en Madrid.

Yo iba en el séquito de Leonardi y Wonderful estaba destinado allí, donde consumía plácidamente los días que le separaban de la jubilación. Intentó presentarnos una secretaria de embajada amiga común, que apenas se sorprendió al comprobar que ya nos conocíamos. Wonderful pasaba los días en un cargo burocrático, escribía sus memorias y poemas rimados de exaltación de hechos de la historia de España y Estados Unidos (los comuneros de Castilla, el atentado contra Lincoln, Pearl Harbour, las luchas entre el PSUC y la CNT y el POUM en el mayo barcelonés de 1937). Tenía un bien rimado poema dedicado al bandido catalán Serrallonga y le llamaba Fidel Castro de Cataluña.

Le pregunté si había cambiado su opinión sobre Fidel Castro: un peligro mundial, me contestó.

¿Entonces?

—Bueno, una cosa es la literatura y otra la realidad y otra, además, la profesión. Soy incapaz de escribir un soneto sobre Foster Dulles y en cambio era capaz de descargar una pistola entera sobre la cabeza del que le tocara un solo pelo.

Wonderful ya se teñía entonces las canas a la descarada, incluso perdía con frecuencia la contención que le había hecho famoso y fuerte. Me cogía por el codo con una lamentable afectuosidad de viejo chocho guiando los pasos inexpertos del joven hijo adoptivo. Era un gesto sentimental de la preguerra. Wonderful, en muchas cosas, había vuelto a la juventud.

—En cierta ocasión vine a Madrid con Companys, cuando ya era ministro de Marina. Lluís era muy juerguista, un buen compañero para pasarlo bien.

—¿Políticamente?

—Un Kerenski, un Kerenski como una casa.

Se reía con las manos conteniendo tópicamente la recién estrenada tripita.

—Un peligrosísimo Kerenski.

Y seguía riendo. Aproveché su fuera de juego para ligar con la secretaria de embajada que me contó cosas sustanciosas de Wonderful. Por ejemplo: ha abierto cartillas de ahorros a sus cinco nietecitos, hijos de los hijos que no había vuelto a ver desde 1939.

A Kennedy le ha bastado inclinar el cuerpo para que la piedra ni le rozase. Un instante después yo notaba entre mis manos una confusa mezcla de cabello y de nuez aguda, desagradable como la piel muerta de la gallina. En milésimas de segundo he aplicado una llave de judo y el hombre ha saltado por encima de mi cabeza. Sus riñones se han estrellado contra el canto de la acera y su cabeza después ha rebotado contra la rodilla de un policía. Mis manos se han hundido en la pechera del hombre, como las manos de los augures entre las tripas del chivo expiatorio. He acercado a la mía su cara negroide, la profundidad del miedo de sus ojos, el reguero de sudor que descendía hacia sus cejas espesas. Mis nudillos no han acertado con la mejilla y han chocado contra una sien. Después mi puño se ha hundido en la juntura del alto con el bajo vientre y en mi rodilla se ha roto su grito entre un estrépito de dientes y barbilla.

Lo he levantado como a un payaso roto y mi empujón le ha precipitado en la negrura de una furgoneta. El contraste del sol con la fresca oscuridad de la furgoneta era agradable y me he sentado en uno de los bancos laterales con una intensa sensación de relax. El hombre estaba acurrucado en una esquina y nos miraba con y sin miedo, como si vacilara ante la adopción de una actitud definida. Un joven agente le ha pegado una patada en el costillar, pero el capitán Morrison se ha interpuesto.

Al llegar al palacio de las siete galaxias le hemos empujado hasta la entrada de la rampa que conduce al sótano. Sus piernas han resistido la primera parte del declive, pero un nuevo empujón le ha hecho caer y rodar



hasta el término de la rampa de hormigón. Después ha quedado derribado en el suelo, bajo el chorro luminoso de una campana verde cenital. Morrison le ha hecho poner boca arriba y después le ha puesto el pie suavemente sobre los genitales. Morrison no sonreía con sadismo. El sadismo lo tenía en la palma de su pie que se hundía o subía alternativamente sobre los aullantes cojones del caído.

Diez minutos después ya sabíamos que era un espontáneo, licenciado en bioquímica por la Universidad de Denver, miembro de una asociación en contra de toda clase de Derechos Civiles porque no creía en esas trampas del capitalismo... Tal vez era homosexual porque cuando otro agente le ha descubierto las nalgas para rompérselas con un vergajo de esqueleto metálico, se ha vuelto hacia nosotros riendo y ha dicho que aquello apestaba a vaselina.

*Lady Bird viste de madrastra,  
levanta el polvo de los pasillos,  
atraviesa telarañas con el estoque,  
pinta sus uñas-garfio de lila,  
usa colmillos amarillos,  
riega las petunias con orín de gato ciego,  
aspira el polvo malva de las estrellas perversas,  
agencia cadáveres de niños,  
mete su torpe nariz en las cerraduras  
y en mis camisas  
cuando ríe se le rompen los pómulos como el cristal  
y la sangre le baña las mejillas,  
gotea hasta el suelo  
para entonces desaparecer como un presentimiento.*

Cuando los Kennedy están sentados a la mesa se revela la existencia de una galaxia familiar, con sus soles y reglas de translación. El viejo Joe hace de moderador, papel que muchas veces cede a la madre, Rose, en una graciosa condescendencia de irlandés-americano emancipado. El que tiene prioridad en el uso de la palabra es John y a continuación Robert y Edward; las mujeres

pueden pedir turno una vez consumidos los tiempos varoniles. Con motivo del santo del presidente se nos ha permitido asistir a la comida familiar. John ha comido con un hijo sentado en cada rodilla y, sin embargo, no ha apartado los codos de los costados ni los ha apoyado sobre la mesa. Rose, la madre, le miraba llena de orgullo. En cambio, tal vez me equivoque, en cierta ocasión he creído ver un matiz de censura en la mirada que dirigía a Ethel, que se ha permitido rebañar un plato sin la ayuda del tenedor.

Los fotógrafos de *Life* han filmado casi exclusivamente la tríada formada por el presidente y los dos niños. Cuando han acabado la película, los niños han sido enviados con la *nurse* y la hierática faz del presidente comensal se ha distendido, como liberado de una intensa preocupación. La locuacidad de Kennedy ha aumentado a partir de este momento y ha hecho media docena de chistes históricos relativamente afortunados. Robert no los reía, los sonreía. En cambio, a Edward le faltaba quijada para morder las carcajadas que se le escapaban. Rose repartía dos miradas, la una, admirativa, la dirigía a su hijo al término de cada chiste; la otra, valorativa, la esparcía entre el grupo de mirones que alternábamos el bocado de tarta helada con la hilaridad filopresidencial.

Ya con los primeros frescores de la atardecida, John se ha relajado, ha abandonado su espina dorsal al capricho de la ley de la gravedad y de su asiento y se ha dirigido a Robert.

«—A ver, Robert, si tú fueras Presidente y te encontraras con Kruschev, vamos a ver, en Copenhague, por ejemplo... Más claro... en una conferencia cumbre... ¿qué le dirías?»

John miraba de reojo hacia los mirones en espera de sus comentarios faciales ante la respuesta de Robert.

«—Le saludo a usted en nombre del pueblo americano.»

Una salva de aplausos y una monótona salmodia de Edward: muy bien, muy bien, muy bien... Steinbeck le ha dicho algo al oído y Edward se ha corregido inmediatamente: O Kay O Kay O Kay (horas después, cuando Truman Capote le ha preguntado el porqué de su queda corrección, Steinbeck ha contestado que la expresión Muy bien... muy bien... era poco popular y un Kennedy III debe empezar a cultivar su fisonomía pública).

La fiesta ha terminado con un partido de baloncesto entre hermanos y hermanas Kennedy contra cuñados y cuñadas. Peter Lawford ha llegado justo en el momento de iniciarse el *match*. Lo ha desembarcado un helicóptero especial y ya venía vestido de baloncestista. Después apenas si ha jugado. En cambio, Sargent Shriver, pese a que le sobran algunos kilos, se ha revelado como un excelente pivote.

Los Kennedy auténticos han ganado por 173 a 19, pero todos han reconocido que ni Jacqueline ni Lawford tenían su día.

Todas las asistentas del Palacio están graduadas en el Convery College, la mejor central de asistentas del hemisferio occidental. Por eso, cuando vi lo compungida que estaba una de ellas y los sollozos entrecortados con que jalonaba la uniforme salmodia de: «No hay derecho... eso al presidente no se le hace...» he temido lo peor. La emotividad de una asistente del Palacio de las Siete Galaxias es una de las emotividades más controladas de este mundo. Sobre todo desde que una camarera filipina derramó una cafetera hirviente sobre la bragueta del jefe de Estado Mayor. Ocurrió unos días después de la jura presidencial de Kennedy y sólo la invasión de Bahía Cochinos pudo impedir que un golpe de estado militar derribara la democracia americana.

He acelerado mis pasos por el túnel secreto y al llegar a la antesala presidencial he visto cómo Hoover y Altan Dulles cuchicheaban en un rincón. Morrison, el jefe de agentes, se había entregado a la voluntad de un enorme sofá que lo tenía casi engullido. Sus ojos estaban rojos y se estrujaba las manos una vez por minuto. El plan Bowles se ha filtrado. El embajador soviético en Viena ha insinuado a nuestro embajador en aquella capital que era muy posible un conocimiento del plan Bowles por parte de la Unión Soviética. El embajador norteamericano ha inclinado la cabeza por el peso de la sonrisa y le ha felicitado cordialmente.

Kennedy está furioso. Ha mandado azotar a Salinger para aplacar algo sus furias. No porque Salinger tenga algo que ver con la filtración, sino porque Salinger es el único masoquista de todo el *trust*. Lo peor ha sido la nueva muestra de mezquindad soviética que ha dado la agencia Tass al divulgar un

resumen del plan. De buena mañana, Kennedy ha llamado al embajador soviético y le ha vociferado una protesta más que enérgica. El embajador ha dicho que su país se había movido en aras del espíritu del mutuo entendimiento y que en la comprensión de las dificultades que plantearía la publicación del plan por parte de Estados Unidos, ha preferido adelantar acontecimientos. Kennedy le ha llamado cínico y el embajador ha contestado que el presidente confundía el cinismo con la dialéctica.

La cuestión es que el resumen del plan ha aparecido en el *New York Times* de esta mañana, y que antes de las once ya había cola de embajadores ante el palacio, en demanda de explicaciones sobre las repercusiones del plan en sus países respectivos. El plan Bowles es una traducción estratégico-política de la filosofía de Sylvester. Se trata de un intento de racionalización político-económica a escala universal, con una vigencia posible de cien años, con un cálculo bastante perfecto de toda la posible evolución político-económica de la Tierra. Ante todo, el plan presupone un reparto de la galaxia en la siguiente proporción: 55 por 100, Estados Unidos; 40 por 100, la URSS; 5 por 100 a repartir entre Alemania, Inglaterra, Francia, Japón, China Comunista, Canadá y Australia. En cuanto a la tierra, la reestructuración de las zonas de influencia no se ha detenido esta vez en un simple reparto político. Estados Unidos propone además una distribución de funciones en relación a una bipolaridad económica evidente: el campo socialista y el capitalista. Dentro de cada uno de esos campos, pero en especial dentro del campo capitalista, el plan Bowles ya prefigura una ordenación racional de cada economía nacional en relación a un mercado unitario internacional identificado con la zona de influencia. Así España, por ejemplo. Según el plan Bowles, España estará dividida en dos zonas fundamentales.

1.<sup>a</sup> España sin periferia. Una especie de círculo central dedicado a la producción de determinados productos agrícolas, a saber: coles, berzas, boniatos, judías, garbanzos, avena, rábanos, lechuga, coliflor y tomate (rigurosamente prohibida la producción de laurel, por ejemplo, debido a que Grecia goza de esa concesión en régimen de monocultivo).

2.<sup>a</sup> Periferia de España. Dedicada al Turismo, las Artes y las Letras. Casi toda la población española que no se haya destinado a la repoblación de la

luna, deberá someterse a planes de estudios muy severos para cubrir los puestos de trabajo que corresponden a la división. Un mínimo destinado a la agricultura, ya que se prevé una total mecanización del campo. Un sector importante de población se dedicará a las artes y a las letras, siempre y cuando sean artes y letras aplicadas. Podrán escribir en castellano si se trata de literatura de consumo interior, pero el inglés será obligatorio en caso de ser literatura de consumo zonal. Finalmente, el tercer sector de población se dedicará a profesiones relacionadas con la hostelería: desde camareros hasta limpiabotas, más un cuerpo especial femenino destinado al Patrullaje Sexual de Costas, de uso exclusivo de los demandantes de turismo.

Planes similares afectan a todas las naciones del mundo y los embajadores han acudido al Palacio a discutir punto por punto todo cuanto afecta a sus países respectivos. Ha habido nuncios especialmente afortunados. El embajador sueco ha conseguido que el cupo de producción de tenedores de acero inoxidable se haya visto aumentado y, además, Kennedy le ha prometido estudiar con cariño su propuesta de que a Suecia corresponda la fabricación de todos los saleros de mesa de la zona capitalista. Otros han sido muy desafortunados en su gestión. El embajador irlandés, que ha entrado muy sonriente y palmeado la espalda de Kennedy, mientras decía:

—... John, ¿es cierto que quieres convertirnos en un país de católicos y pastores?...

... Ha salido de la audiencia con la punta de los hombros superando la altura de la cabeza. Kennedy no sólo ha mantenido la solución irlandesa del plan Bowles sino que además, en castigo por el desenfado del embajador, les desecará el lago Shanon. Más de un comentarista exterior ha pronosticado un conflicto armado entre Estados Unidos e Irlanda. Fuentes generalmente dignas de crédito informan de que el presidente De Valera ha encargado diez frases históricas a un especialista español. Éste le ha proporcionado una lista de trescientas dieciocho y De Valera ha seleccionado las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Dios hizo antes al último irlandés que al primer americano.
- 2.<sup>a</sup> Lucharemos por una Irlanda exacta, verde y libre.
- 3.<sup>a</sup> América para los Estados Unidos, pero Irlanda para los

irlandeses.

4.<sup>a</sup> La dignidad de un pueblo no se mide por su fuerza de agresión sino por su capacidad de resistencia moral.

5.<sup>a</sup> (Variante.) La dignidad de un pueblo no se mide por su renta nacional per cápita, sino por la cantidad de valores eternos per cápita.

6.<sup>a</sup> Hay un salvajismo peor que el prehistórico. Es el salvajismo de los pueblos que no han sabido asumir su propia Historia.

7.<sup>a</sup> Irlanda será lacustre o no será.

8.<sup>a</sup> Que cada niño irlandés se convierta en un testigo de la agresión. Y que no la olvide (esta frase ha sido muy elogiosamente comentada por el poeta chino Has-Hua-Pyu, de la dinastía Ming).

9.<sup>a</sup> Que vengan los americanos. Nosotros no nos iremos.

10.<sup>a</sup> Dios nos libre de nuestros amigos, que nosotros ya nos cuidaremos de nuestros enemigos (plagio evidente de la frase con que el Che Guevara liquida su polémica ton Bettelheim).

Ante la magnitud del desafío irlandés, el presidente Kennedy se ha apresurado a enviar un obsequio a De Valera y la promesa explícita de que el Shanon no sería desecado. De Valera ha encargado inmediatamente una frase de agradecimiento a Francois Mauriac y a vuelta de correo ha recibido la que a su vez ha remitido a Kennedy:

*Aunque tú por modestia no lo creas,  
las flores en tu sien parecen feas.*

Morrison me ha llevado a una reunión de la John Birch Society. Iba a ser una reunión fascinante, me adelantó, porque se planteaba el debate de si Goldwater podía competir con Kennedy en las elecciones de 1964 con alguna garantía de éxito. En un saloncito marrón, lleno de sillas de tijeras sucias enfrentadas a una tarima sobre la que pendía una lámpara verde, las gentes más conscientes de Washington cruzaban las últimas palabras y cuchicheos antes de que los conferenciantes iniciaran el debate. Yo tenía mis bolsillos y mis manos llenos de folletos: *The Blue Book, The life of John Birch, Color, Communism and Common Sense, American Opinión, None are call it*

*Treason, Towards a Socialist America.* Tres oradores sermoneantes se han declarado antipacifistas y han citado a Lenin para demostrar que el pacifismo aliado con la subversión constituyen las termitas de Occidente. En éstas la puerta se ha abierto para que entrara, con una plena conciencia de que estaba entrando, un enorme supermán con sombrero tejano y el habano de rigor. Es míster H, me ha susurrado Morrison con expectación y respeto. Míster H se ha sentado a nuestro lado y con un ademán ha invitado a los silenciados oradores a que prosiguieran su exposición. He respirado profundamente por si percibía efluvios de petróleo dispersados por los rincones del cuerpo de míster H. Pero olía a la más cara lavanda del mercado. Llevaba desodorante hasta en las uñas.

—En las reuniones de sociedad —estaba diciendo un orador—, los liberales, sean machos o hembras, son lamentables. Se muestran aburridos, doctrinarios y estúpidos. Son incapaces de ponerse cómodos y de encontrar interés en una conversación animada. Si la conversación versa sobre literatura o cualquier otra clase de arte, los liberales intentan desesperadamente tomar la palabra y en general lo consiguen. Se muestran más ruidosos e insistentes que las personas normales. El autor de un libro anticomunista ni siquiera debe ser discutido: no es una persona seria, es una «bestia fascista» (risas y siseos). Si el autor es un liberal poco importa que el libro sea un infecto montón de estupideces. Es *importanteeee* y aún es mucho mejor el libro si lo ha escrito un negroooo. Pero por encima de todo, los liberales aprecian la novela pornográfica. Cuanto más innobles sean los detalles, mejor. Es literatura honestaaaa...

Las risas coreaban el dislocado fonetismo del orador, un cura de no sé qué patrulla religiosa de Oklahoma. Yo mismo he reído varias veces porque los liberales siempre me han parecido algo afeminados, más mujeres que hombres. Míster H disfrutaba como sólo puede disfrutar un millonario tejano cretino, un millonario tejano cretino de película dirigida por un liberal de Hollywood. Las risas de míster H complacían muchísimo al orador que, enloquecido, ha proseguido el *in crescendo* de su inspiración. Ha adornado la condena del liberal como hombre social con todos los gestos del repertorio teatral pre stanislavskiano, yo diría que era un estilo derivado del gran Taima

y de alguna manera asumido por el inmenso Enrique Borras. Al llegar al momento en que sostenía que todos los liberales roncan, el orador se ha puesto a roncar y su propio ruido ha sido como un freno roto para su reprimida imaginación de podrido Lewis Carroll. Del ronquido ha pasado a imitar al cerdo, al cuclillo, ha fingido volar por la estancia comunicándonos una sensación de amenaza, nos ha dado el culo y ha soltado una incivil ventosidad que sus labios atribuían a los usos y costumbres de los liberales, ha abofeteado a sus compañeros de terna y ha intentado bajarle las bragas a una descolorida muñeca escolar que hasta entonces le escuchaba con arrobos. Poseído por el mal, sin controles, se arrastraba por la tarima como un poseso de lujuria y crimen en una clara encarnación del malvado espíritu de Jefferson. Hasta tal punto se ha esforzado en hacernos evidente el peligro liberal, que mediante una concentración suprahumana ha conseguido convertirse en un alacrán zumbador y agresivo que míster H ha tenido que aplastar con sus botas de millonario tejano.

Todos nos habíamos refugiado en el fondo de la sala. Sobre la tarima, míster H pisoteaba una y otra vez al alacrán. Morrison tenía en la mano la pistola. Yo tenía mi mano cobijada en el calor del sobaco por si acaso. Míster H nos ha asegurado que no volvería a repetirse.

El presidente Kennedy hoy ha visitado la Academia Nacional de Cosmonautas. Se ha interesado por todo el proceso de selección y por todo el entrenamiento que convierte a un hombre normal en un superhombre. Ante todo, le han dicho, un cosmonauta es preferible que sea casado, fuerte de constitución pero normal, tirando a vulgar de aspecto, con un mínimo de dos hijos. Estas características son fundamentales para que el americano medio se solidarice con sus representantes en el espacio. Nada más entrar el presidente en la nave donde comían los cosmonautas, el decano le ha dicho: «Hola, presidente, tiene usted mejor aspecto que la última vez que le vi por televisión». Kennedy ha palidecido y Werner von Braun ha tosido al borde de la congestión. Resulta que el cosmonauta ha malgastado la frase que debía decirle a Kennedy en el momento del amerizaje después de la proeza, no en



el momento de la visita presidencial. Un compañero cosmonauta ha dado un codazo al olvidadizo y éste ha enmendado su *lapsus*: «Presidente, bienvenido a esta antesala del espacio. ¿Se viene con nosotros?» Un suspiro de alivio colectivo ha precedido a la carcajada de Kennedy, perfectamente ensayada durante tres días en presencia de Lee Straferg. El aplauso ha sido bastante nutrido y un cosmonauta le ha dado a Jacqueline un ramo de gladiolos.

He creído observar que los cosmonautas, viciados por sus prácticas antigraavitatorias, caminan a saltitos. En general se agrupan en equipos de tres y uno de los tres es seleccionado por su vis cómica. Otro presupuesto selectivo es la pureza étnica y la variedad de nacionalidades originarias. Sin que se exija un certificado de ario puro, sí hay una discriminación basada en el ángulo de la quijada y en el trazado de la nariz. La adoración que sienten los americanos por los orígenes germánicos, escandinavos y anglosajones, ha sido compartida por los técnicos de la NASA y, especialmente, por Von Braun. Malas lenguas aseguran que el científico ex alemán alberga en su casa a Martin Bormann y a Hitler disfrazados de chófer y jardinero, respectivamente. Sin embargo, se insiste, sólo lo hace por motivos sentimentales, ya que la posibilidad de una segunda carrera política por parte de Bormann e Hitler es prácticamente inviable.

Una de las experiencias más interesantes de la visita ha sido la asistencia a la clase de oratoria espacial. Míster Ronald Samuelsson (un recomendado de Adlai Stevenson) hacía recitar a todos los cosmonautas una serie de frases a pronunciar desde sus metas. En caso de que la meta fuese orbital terrestre la frase ensayada era:

*Hola, chicos, me estoy metiendo la tierra en el bolsillo.*

Y, tras un silencio algo grave:

*En verdad os digo que Dios está presente en la cumbre del Everest y en la fosa de Tonga.*

Si la meta es una experiencia alrededor de la luna se admite un lenguaje más enfático.

*La maravilla que contemplo es similar al efecto que puede producir en un ciego la recuperación de la vista. Gracias, Dios mío.*

Se ha entablado una polémica sobre el empleo de la palabra Dios en estas

frases. Kennedy no era partidario de su abuso; en cambio, Robert insistía: «Lo que diga un cosmonauta allí arriba es como una sublimación de la filosofía norteamericana de la vida».

Kennedy se ha molestado algo por esa desviación intelectualista de su hermano y ha contestado agriamente que entonces lo mejor sería recitar una frase de Pearson o Dewey. Como Robert no sabía de quiénes le hablaban se ha escondido bajo el follaje de su flequillo y no ha abierto la boca en el resto de la visita. Kennedy ha pontificado a continuación sobre el empleo de la palabra Dios, que no debe hacerse en vano. El presidente de la NASA ha declarado que había recibido presiones por parte de la Conferencia Mundial de las Iglesias para que la palabra Dios estuviera presente en un 65 por 100 de las primeras frases del cosmonauta. La NASA había planteado una contraoferta y estaba a punto de llegarse a un acuerdo sobre las siguientes bases: la palabra Dios aparecería en un 45 por 100 de las primeras frases del cosmonauta en todos los viajes espaciales a realizar hasta el año 2000 y en un 32 por 100 de todo el diálogo restante con la central de Houston. Kennedy ha dicho que le parecía un porcentaje excesivo, pero que se rendía ante la evidencia de su utilidad. Dean Rusk, que no seguía la conversación de cerca, ha sorprendido a muchos preguntando qué daba la Conferencia Mundial a cambio. Ha sorprendido a muchos, pero no al director de la NASA que ha contestado, sonriente:

—Garantiza el apoyo propagandístico del clero bajo su control a todo el programa espacial. Sólo reserva un 10 por 100 del clero a las diatribas retrógradas; es decir, se está usurpando el espíritu de la creación, etc. Y otro 10 por 100 del clero será autorizado a recordar las ofensivas terrestres del imperialismo norteamericano cada vez que lleguemos a algún hito importante.

Después hemos presenciado una fase del entrenamiento. Casi todos los cosmonautas han sido aviadores y algunos tienen formación previa, científica o técnica, sobre estas cuestiones. Son todos de derechas, sin llegar al extremismo y tienen una cultura general que les permite hacer alguna observación interesante durante el viaje post-hazaña. Por ejemplo, saben que si llegan a París han de decir al cicerone oficial: «Quisiera hacer un hueco de

media hora para darme una vuelta por el Louvre». Si llegan a Estocolmo han de preguntar por la casa donde nacieron Greta Garbo y John Gilbert; si la visita es a Madrid, deben interesarse inmediatamente por la caída de la d en posición intervocálica; si llegan a Roma, deben decir, más o menos: «La Roma de César sigue siendo la Roma de César».

Capítulo aparte es la selección de esposas, que ha motivado más de un drama familiar. En cierta ocasión, se rumorea en los mentideros, un cosmonauta fue obligado a cambiar de esposa durante los veinte días posteriores a la hazaña porque la de verdad tenía los dientes superiores montados sobre el labio inferior, y las fotos familiares parecían incompletas sin la presencia de Jerry Lewis. En otra ocasión se sometió a una operación de cirugía plástica a la esposa y a la suegra de un cosmonauta, ya que vivían todos en la misma casa y era muy violento pedirle a la suegra que no saliera en las fotografías. En los primeros tiempos las cosas eran diferentes y así se consintió que la esposa de Glenn apareciera con los brazos sin depilar. Pero desde que Jacqueline ha llegado al poder, la fotogenia y la gracia media de una esposa de cosmonauta son cualidades *sine qua non* para la conquista del espacio.

Cuando nos marchábamos, Kennedy ha cogido a un mono experimental y ha posado con él en brazos. El mono ha dado un beso en la boca al presidente y todo el mundo ha dirigido una mirada inconsciente, fugaz mirada a Jacqueline.

He sido requerido por la embajada española. Una invitación para almorzar con el agregado cultural. Unas judías navarras con chorizo y pimientos rellenos a la vasca. El agregado cultural es de Balmaseda. Me ha pedido una información, personal, de lo que hablaron el otro día Kennedy y la oposición española. Se lo he contado, todo de pe a pa. Me ha preguntado varias veces si había comunistas entre los asistentes. Ni por el color, ni por el acento, ni por el aliento, ni por la andadura reconocí a ningún comunista. Uno de los asistentes estaba más serio que los demás y ante las intervenciones ajenas se llevaba la mano tras la oreja y la obligaba a dirigirse hacia el que hablaba.

También tomó algunas notas. Ése es el comunista, me dijo el agregado. Yo no lo creo porque no intentó poner orden en ningún momento, pese a las frecuentes interrupciones y robos de palabras que se practicaron.

Curiosamente, Morrison no estaba bien acabado. Le faltaba esa gorra que la cultura de los *mass media* ha puesto rodante en manos de criados embarazados. Toda su persona era una gorra, intranquila, manoseada. Míster H, consciente de la fascinación, le lanzaba de vez en cuando miradas de serpiente gorda. Listo el tejano. Me ha tratado como a un europeo. Basaba la entrevista en una supuesta complicidad mutua, ante la perplejidad embarazada de Morrison.

El triste intermediario presenciaba, más alelado que sorprendido, el vuelo de las sutilezas tejanas y europeas. Míster H ha agradecido mi visita y después ha justificado su manifiesta curiosidad por conocerme.

—Quiero comprobar si nuestro presidente está bien guardado.

¿Han visto ustedes películas de Hollywood mejor o peor promocionadas por siniestros productores liberales y dirigidas por no menos siniestros directores salvados de la Gran Depuración, en las que aparecen zafios millonarios tejanos, parafascistas, sanguinarios, tragones, jodedores y desescrupulados? Pues me ahorran la descripción de míster H y me brindan la oportunidad de decir dos palabras sobre teoría literaria. Aunque suene a digresión, es el momento de valorar lo que ha hecho la cultura de masas por las reglas de la comunicación. Si yo les digo que míster H es una mezcla de Rod Steiger y King Kong, me ahorro tres capítulos de cualquier novela del todavía hoy inédito escritor madrileño Juan Benet y casi una novela entera de Robbe-Grillet.

A lo que íbamos. Míster H tenía un rostro tan malvado como el de Rod Steiger en el momento de flagelar a una huérfana que acaba de perder a su padre en un naufragio y tiene la madre paralítica. Tiene, además, la presencia física de King Kong con sombrero tejano de *souvenir*. Hablábamos de hombre a hombre y de cigarro a cigarro, con los labios entre el lenguaje y la chupada y los ojos entorpecidos por el humo.

Cuando me ha dicho:

—La vida de un presidente tiene un precio elevado.

Me he limitado a preguntar:

—¿Cuánto?

—Un millón de dólares.

Al oír esta cantidad, Rod Steiger se transformó rápidamente en el Orson Welles de míster Arkadin. Míster H ha consultado ocularmente con Morrison, pero sin demasiada confianza. Sin aguardar su respuesta me ha sonreído mientras hacía equilibrios con el puro apenas prendido por la película de saliva de los labios.

—Uno y medio.

—Pero yo no lo hago. Yo me limito a consentirlo.

—Entonces es muy caro.

—Lo hago yo y dos millones. No discutamos más.

—Muy caro.

—Muy barato. Le hago un precio especial porque Kennedy me cae muy gordo.

—Es increíble. Un europeo como usted. Yo pensaba que Kennedy sólo nos caía mal a los americanos.

—Es un payaso democrático que cree desempeñar el papel de augusto y desempeña el del que recibe las bofetadas.

—Eso suele ocurrirnos a todos —musitó Morrison, pero en tan bajo tono de voz que incluso supuse haberle entendido mal, dada la evidente profundidad chejoviana de lo que había dicho.

Míster H me ha prometido los comprobantes del ingreso bancario condicionado una hora antes de la muerte de Kennedy. Morrison ha seguido mi retirada a través de los pasillos del club J. Casi me pisaba físicamente los talones. Sin verle la cara ya sabía que me odiaba. Por eso he parado en seco ante la puerta circulante, con el codo retrasado para que se le clavara en el costillar. Me he disculpado con mínima convicción.

El presidente ha estado muy nervioso todo el día. Durante una semana no ha

hecho otra cosa que leer novelas del *Far West*, especialmente aquellas que tienen tejanos como protagonistas. Quiere causar buena impresión a los tejanos, camina arrastrando los pies como caminan los vaqueros tejanos en las novelas, no se quita ni a sol ni a sombra un sombrero blanco de ala ancha y también arrastra las palabras como los tejanos. El jefe de protocolo de Robert Kennedy ha intentado convencerle de que aprendiera a echar el lazo y que nada más llegar a Dallas enlazara al gobernador Connally y le derribara. Este acto tendría un doble simbolismo: el poder federal sobre el poder de cada estado individual y, a otro nivel, la atracción sexual que Washington experimenta hacia los distintos estados. Tras una consulta de los más reputados psiquiatras de Washington, el jefe de protocolo ha sido internado en la fundación John Dewey Sr., donde testigos presenciales de su ingreso cuentan que ha entrado maquillado con pomada blanca y recitando las majaderías que Shakespeare (autor prolífico y excesivamente mitificado) pone en boca de la pálida Ofelia tras la muerte de su padre, escondido tras una vergonzante cortina.

El menú del presidente ha cambiado. Pese a su afección hepática, come un bistec de quinientos gramos, con dos huevos fritos encima, para comer y cenar. Dos veces en una semana ha celebrado barbacoas en los jardines artificiales del quinto palacio, aderezadas con salsas aterradoras que provocaban llamaradas verdes de todas las bocas kennedystas. El ex embajador Joe Kennedy se ha resistido a estas comidas, pero Robert se ha impuesto y casi a la fuerza le ha metido en la boca un trozo de carne sanguinolenta de cinco centímetros cuadrados, untada con un tabaco tan fuerte que casi hacía ruido al incidir sobre el paladar de los comensales. Hay que tener en cuenta que los paladares de las razas nobles (y los anglosajones están emparentados bastante directamente con los arios a través de los sajones) no soportan los picantes. Por suerte, los Kennedy son troyanocélticos y están fisiológicamente mucho mejor preparados.

Yo, la ventaja de ser latino, me lo he comido todo sin pestañear y Jacqueline, que cuando exagera la amabilidad llega a parecer tonta, me ha puesto como ejemplo ante el resto del servicio.

Quedamos citados en la cumbre del monte. Muriel llevaba una túnica de organdí, rosas frescas en las manos, piernas blandas de sueño. Los cielos teñidos de licores infantiles (grosella, menta, *elixir d'amour*, naranjada) circulaban hacia el pozo rojo del poniente. El decorado vegetal había sido facilitado por una empresa muy acreditada dentro del ramo y la música de fondo la ponía el mejor de los violinistas más ciegos, probablemente extraído de una minúscula edición de *El músico ciego*, de Korolenko. Dos mil atletas olímpicos corrían vestidos de negro sobre el cielo cambiante, portaban antorchas humeantes pero sin llama. Cinco mil vírgenes desgarraban los *jerseys* de pura lana virgen tejidos para cinco mil novios marinos, ahogados en el fracaso que interpretábamos, en el mejor crepúsculo literario de la historia de los siglos.

Muriel era consciente de la trascendencia del acontecimiento y había redactado unas cortas líneas de presentación, un orden del día y un análisis político de los hechos. En mí había un *ávida dollars* con claros apetitos pequeño-burgueses que me conducían a una actitud singularizada ante mis semejantes. Yo estaba esclavizado por mis relaciones de producción de intelectual, productor individual, con remuneración a destajo, lo que me impedía una mínima comprensión de la realidad a partir de una conciencia de clase y por lo tanto la aplicación de una moral de clase a las normas correctas de la convivencia. Por otra parte, mi condición de productor individual me había condicionado una estructura mental de pequeño propietario agrario, individualista, francotirador, insolidario, que podía llevarme al exceso de una supervaloración subjetiva de los valores de la cultura burguesa, subjetivismo claramente manifestado en la sospechosa elección de Voltaire frente a Rousseau.

Ante evidencias tan sumarias, se le hacía difícil no ya la convivencia constante conmigo, sino incluso la intimidad sexual. La profunda desconfianza hacia mí le planteaba una barrera en las participaciones definitivas y desde hacía dos meses y siete días no había conseguido llegar a niveles orgásmicos satisfactorios. Durante todo aquel tiempo no había manifestado sus profundas insatisfacciones porque esperaba que una

adecuada reeducación, un programa de sanas lecturas y compañías podían ayudarme a superar, o al menos a ser consciente, de la alienación padecida por la mecánica de mi trabajo. Pero la brutalidad parafascista del día anterior había puesto en evidencia lo difícil de superar mis condicionamientos y tal vez la imposibilidad final de frenar mi irremediable declive hacia las más terribles simas del fascismo teórico y práctico. No es que se sintiera muy alentada a sacrificarse toda la vida a una convivencia que no le satisfacía, pero aún hubiera postergado una decisión tan tajante, de no mediar la existencia de la niña, gravísimamente dañable en el futuro por la educación de un padre que no sabía distinguir el bien del mal.

Por todo ello me rogaba que atendiera a razones, que no creara sucios problemas legales, pues de todos es sabido y reconocido que el Derecho es una superestructura en conexión con los intereses de la clase dominante y que, en definitiva, todas las prerrogativas de la patria potestad eran consecuencia de la solapada conspiración para que la jerarquización familiar respondiera a la jerarquización parafeudal de un sistema parafascista.

No tenía inconveniente en que yo visitara con cierta frecuencia a la niña, siempre y cuando fuera en su presencia o en la de una persona ideológicamente responsable que pudiera poner freno a mis desmanes. Me agradecía de antemano cuanto pudiera hacer en el futuro por el bienestar de mi hija, ya que ella nada necesitaba de mí y la libertad tiene una indudable base económica.

Le respondí que se metiera a la niña en el culo.

Hoy, Kennedy se sentía filósofo. Está rodeado del pleno de su corte, incluida la reina Ginebra y Erec Kennedy; también estaba Perceval Kennedy y Lanzarote Sinatra. Kennedy ha hecho un brillante análisis de la filosofía americana de la vida, desde Emerson hasta los novelistas pensadores de la generación *beat*. Ha hablado del espíritu frustrado de la pradera y del horizonte sin límites, del individualismo creador y aniquilador, de las tostadas con melaza y de Lewis Carroll, del *star system* y de Tennessee Williams. El presidente tenía un día inspirado y los asistentes han



permanecido en silencio mientras Federico II peroraba. Ha comparado a Nelson Algren con Baroja, incluso su mediocridad ideológica. Ha sido excesivo para mí. He salido en defensa de Baroja ante el escándalo de todos. La mediocridad ideológica de Baroja es un mínimo defecto que sólo se revela en sus libros de opinión, pero que en cambio queda perfectamente disimulada en cuanto recurre a la simple narrativa como procedimiento. Las novelas reportaje de Baroja, incluso las escritas en torno a la temática de la caída de la monarquía y el advenimiento de la república, son tan extraordinarias como las mejores novelas reportaje de Hemingway. Robert Kennedy ha gritado que quedo automáticamente desterrado al Ponto Euxino, pero Kennedy ha intercedido e incluso se ha interesado por las fuentes críticas en que yo basaba mi argumentación. Le he contestado que no hay más fuentes críticas ni más leches que el vago sustrato cultural que a uno le queda después de haberse tragado dos o tres mil libros. El presidente, que ha leído treinta y tres mil, ha cabeceado un sí rotundo y todos han emitido un suspiro de alivio. Sin proponérmelo me he convertido en el segundo centro de atención de la sesión y aunque me he remitido al último rincón de la estancia, notaba las miradas puestas en mí. Era el fetichismo del éxito, por mínimo que sea, que a todos estos americanos les pone calientes, como un par de tetas perfectas o el supuesto culo de la estatua de la Libertad. El embajador soviético se me ha acercado en un descanso y ha hecho un simpático gesto paródico del aplauso. Hemos sostenido una breve conversación sobre el tiempo en Washington y los baños de mar en Crimea. He sido extraoficialmente invitado a visitar la Unión Soviética en mi primer período de vacaciones. Al despedirse me ha encarecido una vez más que cuidara del presidente. Es un excelente muchacho.

Una noche espléndida intentaba imponerse al lucerío de la ciudad. Desde la azotea última del séptimo palacio la recuperación del aire natural me ha paralizado como una evidencia o la sorpresa de un buen recuerdo. Después ha caído sobre mis codos mi propio peso y el peso de una cierta tristeza que reservo para estos momentos propicios. Y, como en las películas americanas

de los años cuarenta, una mano femenina de los años cuarenta se ha posado sobre mi hombro. Yo me he vuelto y he exclamado con fingida sorpresa:

—¿Usted?

Pero ya tenía unos labios pegados a los míos, y después en el lazo de mis brazos ha quedado el cuerpo exacto. Nos hemos puesto a contemplar la ciudad que disimulaba el sueño bajo luminarias blancas y naranjas.

Después intenté apresarle un seno. Atraerla hacia mí. Besarla. Pero Muriel me rechazó con decisión e inició el descenso de la montaña.

He sorprendido otra vez a lady Bird mirando por el ojo de la cerradura de las habitaciones privadas de Bob Kennedy. La he zarandeado para que advirtiera mi presencia y ha intentado salir del paso imitando con los labios el sonido del cuclillo.

—Soy un cuclillo, soy un cuclillo.

Mi cara de escepticismo la ha devuelto a la realidad.

Pero aún ha intentado revolotear para mantener la ficción. Con gran sorpresa por mi parte ha conseguido arrancar el vuelo al tercer intento, aunque con una torpeza propia de un cuclillo de su edad. Se ha roto un ala contra el estucado del techo y ha quedado a mis pies bastante rota, con una sonrisa implorante de solidaridad.

La he devuelto a su marido con la advertencia de que sea la última vez que vuelve a dar un escándalo semejante.

Con los preparativos del viaje a Dallas apenas si veo a Nancy Flower. Por eso nuestra cita de hoy ha sido casi un reencuentro. Estaba algo deprimida, tenía rota la conversación y no hemos hecho el amor. Me ha dicho que algunos días le asalta una extraña sensación de extranjería. Su propio cuerpo, los

demás, las cosas, la orografía... todo le parece una misma, gelatinosa continuidad de materia repugnante. Es la obscenidad de formar parte de algo, es la obscenidad de estar comprometido sin permiso con la biología y la geografía. Le he dicho que los americanos de su generación tienen el gran *slogan* vital de la Nueva Frontera y ha hecho amago de vomitar. Después, Nancy se ha puesto inclusive pedante y ha hablado de los incentivos para vivir y coexistir, tan lamentables como los incentivos para matar. La he besado, pero ha apartado la cara. Me he puesto a ojear un *Life* atrasado y ella ha intentado leer algunas líneas de una novela de Malcom Lawry. De reojo he visto cómo me observaba con fijeza y he creído que había llegado el momento. He dejado la revista, me he colocado a su espalda y he bajado mis manos hasta agarrar sus senos. Oh, no. Oh, no. Hoy no. He dado algunas vueltas por la habitación. Se ha echado a llorar. No le pasaba nada, ha contestado a mi pregunta. Otra vez: no me pasa nada. He cogido una rodaja de jamón embutido de la nevera y un resto de pan de molde de un cajón. Nancy seguía llorando con la cabeza entre las rodillas. Le he preparado un buen vaso de ron con canela, como a ella le gusta. No. Tampoco ron con canela. Y me ha indignado mi propia mecánica de solidaridad. ¿Qué me importa Nancy Flower con angustia metafísica? ¿Qué me importa Nancy Flower al margen de la convención de una cama? Nada. Absolutamente nada. Su tristeza es un estorbo y un obstáculo que frustra el día de hoy. Por estética le he preguntado si necesitaba algo. No. Cuando ya me iba me ha abrazado y me ha jurado que nada de lo nuestro había cambiado, pero que tiene días así. He pronunciado algunas frases de asunción, pero no muy entusiasmadas. Nancy me ha dicho que si yo quería lo haríamos. No. Ahora he negado yo, porque realmente no tenía ganas. Por si acaso, me la he mirado de arriba abajo. Pero el apetito no ha retornado. Vuelvo mañana. No, mejor, vuelvo después. Mañana me voy a Dallas. Después será imposible. Nancy es igual, lo comprendo perfectamente. Nancy se ha puesto a llorar más intensamente y ha necesitado una silla para soportar con éxito las convulsiones. Desde la floristería de la esquina le he hecho llevar un ramo de flores.

Primero intenté alcanzarla. Después pensé que era mucho mejor dejar que consumara ella el crimen. Ya volvería, pensé. No, no volvería. Era evidente. No es que me importara gran cosa. Era consciente de que el escozor producido por la idea de no volver a ver a la niña era un escozor cultural, repugnantemente condicionado por toda una educación que crea cordones umbilicales falsos entre los padres y los hijos para garantizar la obscenidad de la biología. Pero el resultado era una angustia que me impulsaba a alcanzar a Muriel.

Aceleré el paso y me puse a su altura en las estribaciones de la ciudad. La negrura brotaba de las primeras calles del extrarradio, caminamos juntos en su silencio hasta llegar a las primeras aceras anchas e iluminadas.

—Es probable que me vaya —le dije, sin respuesta por su parte—. Tal vez se pueda arreglar algo por aquí. Pero yo estoy cansado de romperme una y otra vez los cuernos.

Las luces de los comercios ponían iluminaciones en las hieráticas facciones de Muriel. Pensé que la mujer de Mao debió avanzar con idéntica expresión hacia la caldera donde la arrojaron las tropas de Chang Kai-Shek o que Sacco y Vanzetti caminarían con idéntica firmeza hacia el ajusticiamiento, y que aquel rostro no distaba mucho del de Ivés Montand cuando interpretaba en el Olympia *Le chant des partisans*. Incluso me parecía oír el canto interpretado por los transeúntes, acelerantes de su marcha entusiasmados por la canción, braceantes, multitud en torno a nosotros, generando un calor que ponía rubores en las mejillas de Muriel. La multitud nos rodeaba y coreaba *Le chant des partisans*. Los niños de teta clamaban ser los que rompían los barrotes de las prisiones para sus hermanos, los tranviarios ponían dinamita en los cojones de las estatuas, los mineros salían de las cloacas con sus cascos-linternas iluminando el único camino. Muriel dirigía la manifestación vestida de *pom pom girl* decente y yo marchaba a su lado como *pom pom boy* consorte. La niña revoloteaba sobre nuestras cabezas con carita de Lenin y alas de Camilo Cienfuegos. En éstas sonaron las descargas y tras las balas llegaron los obuses.

La bomba atómica cayó a las nueve de la noche, a las nueve en punto de la noche. Cuando en el cielo todo eran misterios y en el mar estelas borradas por el sepia nocturno, cuando el frío te hiela todos los ramajes interiores del cuerpo, huesos o venas y el helor te pone agua en los ojos y un aire amargo mal situado entre los pulmones y el corazón.

—Adiós.

Me dijo Muriel. Aceleró sus pasos. La seguía con la mirada por si se volvía. Pero había advertido que llevaba una cesta de malla de plástico en el bolso y que probablemente se metería en el primer comercio que encontrara.

Me encogí de hombros y me metí en la CIA.

*Lady Bird,*  
*¿de qué color es el fondo del mundo,*  
*el centro de la tierra,*  
*el confín izquierdo del universo?*

*Yo amo las preguntas más intolerables,*  
*pero no tolero su olor de extranjero.*

*Lady Bird,*  
*¿conserva el déshabillé de la primera noche,*  
*las bragas ducales, la bacía de oro,*  
*el pájaro disecado que cantó al amanecer?*

*Deme un trago largo y márchese lento,*  
*cargado de cosas que me han dado miedo.*

*Lady Bird,*  
*¿en sus cuatro horizontes cabe el deseo,*  
*el terror, el recuerdo, la pasión, el olvido,*  
*los relojes rotos, el alfiler sangriento?*

*Poseerán la tierra, pero yo no lo veré;*  
*he nacido vieja para amar las ruinas,*  
*amo mi rancho, mi poder y mi gloria.*

*Disparé primero.*

*Eso está por ver.*

*El día que nací yo reinaba Saturno;  
anillado el despeñadero,  
pintado de púrpura macabra, fingía homenajes.*

*Qué sucia gente,  
ha pasado usted y ha pasado la muerte,  
no sabría apreciar un barbacoa.*

*Me encantan las fiestas campestres.*

*Me lo pensaré.*

He llegado a Dallas cuarenta y ocho horas antes que Kennedy. Mis contactos con la policía local han sido rutinarios. Yo ya conocía las pocas simpatías de que goza Kennedy en Texas, quizás el Estado de la Unión donde la superestructura ideológica de los petroleros más haya impregnado la sabiduría convencional de la gente. Hasta los guardacoches tienen una postura moral de hacendado con profundos intereses en Venezuela o Argentina. Estoy convencido de que este país se merece una emisión especial de dólares con el mismo valor, pero más grandes y plastificados, dólares tejanos con la grandeza de un buque cisterna. Como a través de un proceso aristotélico, aquí se vive la última causa de efectos que he presenciado en otros viajes y misiones especiales. Recuerdo a los niños limpiabotas de Río de Janeiro, a los indígenas ventrudos de Para y Manaos, a aquel quechua boliviano que Barrientos interrogó personalmente en mi presencia. El orden de los hombres y las cosas es el primer efecto de esta última causa. El equilibrio de la oferta y la demanda entre los hombres y los pueblos tiene su fiel en estas tierras, en estas oficinas rotuladas a plena fachada, en estos hombres empurados, sombreroados, altos, rectangulares, que al hablar

expresan todo el desprecio que sienten por cualquier forma de otredad: hormiga, peón mejicano, muchacha cigarrera filipina, peón caminero de Jaén, esas barcas viejas que los pescadores de Veracruz embrean una y otra vez, o esa colilla que los presos se pasan con el manipulado cuidadoso del que juega con la última oportunidad.

La policía local se ha limitado a darme una credencial especial y a acompañarme durante doce horas seguidas, una y otra vez, a lo largo del recorrido que hará Kennedy. Un solo punto peligroso. Un momento en el que el coche atravesará un amplio espacio dominado desde lo alto de un puente. He telegrafiado a Washington mis conclusiones y Morrison ha dispuesto un servicio de seguridad normal. Mi misión prácticamente ha terminado con este estudio previo. Durante el recorrido de Kennedy debo estar un poco en todas partes, supervisar, observar. En fin, nada. Yo sé que lo difícil es estar al lado del «paquete». Sé que el comportamiento de un «paquete» sufre cambios radicales durante estos viajes. Recuerdo mi última misión junto a Trujillo. Jamás he visto a un hombre más receloso, pero con más orgullo para disimular su miedo o su recelo. Usted, viejo, mire al norte. Vigíleme el norte, amigo. Que yo por mi cuenta ya vigilo el este, el sur y el oeste. Esta frase, Trujillo la había dicho a todos sus agentes especiales anteriores, pero no estaba deteriorada por el uso porque el Benefactor hablaba con una gran plasticidad y aunque se repetía siempre parecía improvisar. De la corte del Gran Tamerlán a la corte de Federico II *el Arabizado*, en un año había recorrido un largo camino histórico-cultural. La única conclusión sincera que había sacado es que por mí podían reventar Samarcanda y Sicilia, Trujillo y Kennedy con toda su fotogénica familia.

Durante mis paseos por Dallas comprobé que no se había extinguido en mí lo que Muriel llamaba mi séptimo sentido pequeño burgués: la tendencia a echar raíces, adaptarme a una norma de vida. Sentía nostalgia de Washington, de los lugares conocidos, de mis recorridos habituales. Deseaba que llegara cuanto antes Kennedy para ver a mis compañeros, al propio presidente, a Jacqueline. No hay nada tan triste como comer solo. Comer solo rodeado de tejanos aguerridos ante un bistec de dos palmos cúbicos. Comer un bistec tejano es realizar una contraescultura cúbica, ir variando la forma de un cubo

de carne en un acto de improvisación gastronómico-surrealista. Cada pedazo arrancado a la materia carne libera un lugar en el espacio y la nueva forma tiene casi una vida propia en espera del nuevo asalto. Es la guerra. O, al menos, una batalla complementaria de la gran guerra contra la gran vaca. En la gran sociedad de la abundancia postindustrial, en los restaurantes servirán a la gran vaca entera, despellejada, erudita, y uno se la irá comiendo en los ratos de ocio. Un programa para el ocio. He descubierto un programa para el ocio. Comer vacas tejanas tostadas, con un suave aroma petrolífero. Ganadería e industria petrolífera, la vieja pugna de la inacabable novela de Erna Fober. Estos tejanos deberán exportar vacas congeladas al alcance del ocio del último peón guatemalteco, del último camarero español. Tal vez por entonces, dentro de cien años, los españoles hayamos perdido el respeto reverencial que nos sugiere un bistec de cien gramos, lejana estrella en aquellos oscuros cielos de la posguerra. La liquidación del recuerdo de la guerra civil y de la posguerra es la condición *sine qua non*, para que los españoles nos integremos para siempre en el limbo de la sin sustancia y la mediocridad. Es la última vez que hicimos algo digno de aparecer en la primera página del *New York Times*.

La papelera tenía la cadena y el candado según lo previsto. Comprobé que dentro estaba el fusil con el teleobjetivo y volví a cerrar rápidamente para impedir la intromisión de cualquier mirón. La distancia de la papelera hasta el inicio de las escaleras del puente era ideal. Me bastaba coger el fusil, saltar dos o tres tramos de escalones y tendría un ángulo de tiro propicio.

Recordé mis primeras experiencias de tiro a blancos vivientes en la Escuela de Reconversión Profesional. Tenía ya tres meses de adiestramiento psicológico sobre mis espaldas y me soltaron a una vieja gorda tunecina. La vieja corrió según lo convenido, dando vueltas en torno a un punto determinado. Yo debía apuntar en la tercera vuelta, cuando estuviera frente a mi objetivo. Pero la vieja de pronto salió en línea recta hacia la puerta del vallado, tropezó y cayó varias veces con aparatosidad de vieja y gorda. El instructor contuvo mi actitud de cazarla en plena escapatoria, en sus facciones



leí claramente el insulto que me dedicaba: sanguinario.

La vieja se quedó junto a la tapia, empapada en fatiga. El instructor subió a un *jeep* y fue hasta ella. Bajó y le mostró el papel del contrato. A distancia supuse que le estaba leyendo las cláusulas, todo con una amabilidad depuradísima. Con una mano el instructor sostenía la póliza, con la otra se ayudaba en la argumentación de los párrafos determinantes. La vieja le discutía alguna cosa porque juntos miraban el papel y volvían a discutir. Por fin parecieron llegar a un acuerdo. El instructor dio una palmada en la espalda de la mujer, la ayudó a subir al *jeep* y la descargó en el círculo de tiro.

Esta vez sólo le di tiempo a que diera una vuelta. El tiro la convirtió en un saco de gelatina que se fue venciendo hasta recostarse totalmente en el suelo sin el menor prurito estético.

Al instructor no le gustó mi precipitación.

—Este hombre estará allí porque aquél es su sitio —me aseguró Morrison con la quijada más acentuada que cuando ordenaba desembarcos.

—¿No se moverá?

—No sé si usted me ha entendido. Creo que no. No tiene otro sitio. Usted, que tiene cultura, tal vez podría decirlo mejor que yo. Ese hombre, sin ese puente, sin esa *roulotte*, sin el permiso municipal que le hemos dado para que sitúe su *roulotte* y su comercio, precisamente en ese puente, no es nada. Ahora, en cambio, es un trotamundos cargado de agradecimiento.

—Por poco tiempo.

—No se enterará nunca de su torpe fortuna.

Morrison tiene los pies sobre la mesa que no es suya. Temo por el palisandro de una manera irracional. De buena gana daría un manotazo a esos pies para que cayeran al suelo que es su sitio. Pero míster H no dice ni una palabra. Se limita a mirarnos desde su sillón gerencial, curioso o perplejo. En sordina, la radio va preparando al pueblo de Dallas para la recepción a Kennedy.

—Ya está aterrizando. Vaya a su puesto.

Tal vez he volado por un raro cielo de recuerdos. Me acompaña Muriel en

una mañana de otoño, junto a un estanque con lotos, o tal vez sin lotos, algo vencida su habitual ronquera mental por el bienvenido calor de un día bueno bajo el sol. El mismo sol que me sorprende a la salida y me aplasta bajo la evidencia de que estoy en Dallas, de que he elegido ser un verdugo y no una víctima. Tan elementales debieran ser los títulos en las tarjetas de visita: víctima, verdugo. Nada más.

Con el dinero que cobre dejaré todo esto. Buscaré una muchacha no muy lista, fresca y huraña. Me la llevaré a una isla de poca presencia. Quemaré las naves. Sólo me quedaré algunos libros y algunos discos. Sólo me quedaré las naves del recuerdo.

—Tengo ya el suficiente dinero para ser Ubre.

Grité casi más que dije en voz alta para sorpresa de caminantes. No sólo os apunto con mi pistola, imbéciles. Además puedo compraros algo, a casi todos os puedo comprar la cara de babosos que tenéis.

Y casi sin darme cuenta, el puente cruza el final del horizonte. Está allí.

Aquéel era el puente.

Paseé arriba y abajo. Nada objetivo motivaba mi desazón. Pero el puente me atraía y lo recorría una y otra vez, sin saber por qué. En el extremo izquierdo dormitaba una *roulotte*. La rodeaban algunos niños y gritaban: «¡Que salga, que salga!» Un hombre viejo quedó enmarcado en el dintel de la puerta de plancha. Iba medio maquillado de payaso y se llevó una mano plana sobre las cejas, como oteando un inmenso horizonte. Los niños se pusieron a reír y se daban codazos entusiasmados. El viejo hacía viejas payasadas. Fingía dormir. Fingía caerse. Se caía. Fingía llorar, pero no lloraba porque sus ojeras rojas no se diluían y sus ojos se adivinaban secos tras el arácnico rimmel. En la camioneta había un rótulo: «Fred, el amigo de los niños». Y Fred se metía en la *roulotte* una y otra vez y una y otra vez reaparecía con algo nuevo: un loro, un mono, una silla de tres patas sobre la que no conseguía sentarse. Después sacó una alfombra mágica y se montó encima. La alfombra dio cuatro o cinco vueltas a la *roulotte* en un vuelo perfecto. Los niños querían subir, pero Fred hizo una cómica mueca de

prohibición y se metió la alfombra mágica en un bolsillo. Después vi cómo tragaba el fuego que despedía un alambre y cómo se ponía un viejo traje de baño para lanzarse dentro de un gran barreño sin agua. Fred empezó a gesticular como si pronunciase un sermón o un discurso, pero no decía nada y a los niños aquella sustitución les hizo mucha, muchísima gracia.

Abandoné el puente y al llegar a su base seguí contemplando las payasadas de Fred, allá arriba, cada vez más rodeado de niños. Faltaba una hora escasa para la llegada de Kennedy. De vez en cuando pasaban parejas de motoristas rumbo al aeropuerto y los policías se iban situando cansinamente a lo largo del trayecto. Me rozó el codo de una muchacha vestida de amarillo. Sobre la sucia agua contenida en un tonel destartado flotaban cáscaras de almendras y un estuche desvencijado de *Lucky Strike*. Hundí el estuche empujándolo con un dedo y me quedó un cerco de grasa negra en torno a la primera falange. Me metí en un bar para utilizar el lavabo. Frente al espejo imité algunas payasadas de Fred. Dije con los labios algunas frases de Kennedy, pero mi voz no las elevaba a la categoría de proclama. Dije: «La conquista del espacio es la gran aventura de nuestra generación». «Somos demócratas porque hemos aprendido a respetar el valor de la persona.» «Los pueblos pobres del mundo miran hacia nosotros con rencor, pero con esperanza»... El espejo me devolvía manchas de vapor que difuminaban mis rasgos y manchas de óxido junto al marco metálico. Tiré varios palmos de toalla y siempre salía rota. Me sequé las manos con mi propio pañuelo y cayeron al suelo las llaves del coche. Las tres llaves quedaron separadas, con el llavero absurdamente abierto y sorprendido. Tardé en superar mi irritación y en decidir que no había otra salida que agacharme y rehacer la relación entre el llavero y las llaves. Mis dedos tenían una desacostumbrada torpeza. Tardaron en pasar las tres llaves por el aro y luego el conjunto quedó en la palma de mi mano, sin que ni él ni yo supiéramos qué había que hacer.

Con el llavero en el bolsillo me fui a la barra y pedí un vodka con *ginger ale*. El camarero era mejicano y le hablé en castellano. Pero apenas si sabía algunas palabras sueltas. Con el vaso en la mano fui hasta la puerta. La gente iba formando hileras compactas a ambos lados de la calle. Ni una pancarta en aquel sector. Bebí rápidamente y me dirigí hacia una de las centrales de

control. Di la clave y me informaron que no había ninguna anomalía. Alguna pancarta ofensiva, pero ya estaba rodeada por policías de paisano. Los helicópteros sobrevolaban las azoteas y en algunas ventanas vi la inconfundible cara cuadrada con sotabarba que caracteriza a un 70 por 100 de la policía estadounidense. Me encaminé hacia el puente. Había más gente caminando al albur que alineada en espera de Kennedy. Pasaron varias camionetas con altavoces que pregonaban consignas publicitarias. Divisé una pancarta a lo lejos, pero no podía leer su contenido. De un coche patrulla estacionado salía la voz alterada de un locutor. Enseñé mi credencial y metí la cabeza por la ventanilla: «... y en estos momentos el presidente Kennedy va a iniciar el recorrido por la ciudad...»

—Ya ha llegado —dije para mí, pero en voz alta.

—A ver cuándo se va —contestó sin mirarme uno de los policías sentados en el coche.

—¿Le molesta la visita de Kennedy?

—Prefiero a Bop Hope.

Los otros tres se echaron a reír. Uno alcanzó el punto de las lágrimas y se sujetaba el vientre con las dos manos. Sobre un dedo, a semejanza de un botón que cerrase el secreto de aquel vientre inmenso, un enorme sello de oro que reproducía la cabeza de un comanche.

—No se enfade, «fede». ¿Usted es un «fede»? Aquí, en Texas, no nos dejamos impresionar por los presidentes de Washington. Por eso vienen tan pocas veces de visita. Eso les gusta a los caballeros del este. Y a las tías del este. Hay que ver cómo les gusta John a las tías del este.

Saqué la cabeza y me vi envuelto en una girándula de gentes bicolors y tricolors, banderas del Estado, algunos cantos, papelines de maíz tostado, surcos de reactores en el cielo, un estrato de sol roto sobre las cabezas, y sobre el estrato, el puente. Fui hacia el puente, cada vez a mejor paso. Mi cabeza se dividía entre la contemplación balanceante del puente que se acercaba y el ruido de las sirenas que avanzaban a mi espalda. Cerca de la base del puente me detuve porque el ruido de las sirenas casi me despellejaba el cogote.

Vi los insectos motorizados rompiendo el túnel de aire entre el gentío. Al

fondo avanzaban los ojos muertos de los primeros coches de la caravana. Las motos rasgaron mi inmediata zona de visión y por el jirón se metió un coche, y otro, y otro... en el que iban John, Jacqueline y Connally avanzaba a marcha algo más lenta. Estaba a unos cien metros.

Entonces me eché el fusil a la cara y apunté con seguridad de robot. De mi ojo brotaba un cañón metálico que brilló mil veces más que el sol. El estampido llegó a mis oídos mucho después que el griterío de la gente. Vi a Jacqueline tendida sobre el cuerpo inclinado del presidente y a un agente saltar de su coche al presidencial casi sin que se detuviera la marcha. Pero yo no estaba quieto. Desde que había desaparecido el estampido ya corría hacia el puente y sólo cuando agarré la baranda de la escalera metálica para dar impulso a mi subida, me di cuenta que en el otro extremo la estela del gas se iba del tubo de escape de una berlina.

*—No hay duda de que ha trabajado usted muy bien, Morrison. Ni siquiera yo era uno de los entusiastas de su plan. Pero las cosas han salido muy bien. Pepe Carvalho ha actuado en el momento oportuno, ha estado donde usted quería que estuviera. Se ha comportado como usted, como yo, queríamos que se comportara...*

*—Como él mismo quería comportarse. No lo olvide.*

*—Es cierto. Incluso eso. Como él mismo quería comportarse. Es un final feliz.*

Mister H enciende las luciérnagas de sus ojos y despide rayos dentales. Tira a un blanco de corcho dianas de plumas caras, pintadas de verde de *music-hall*. Morrison se trabaja las manos con un cortaúñas cromado.

*—Ha trabajado usted muy bien, Morrison. Desde el instante en que metió a ese hombre en nuestro plan hasta el instante en que está a punto de salir. Alguien pintará esta noche de purpurina triunfal las mejores estrellas de Texas. Ha llegado el día de la liberación y el oxígeno. Fíjese, fíjese. Respiro como si tuviera quince años y en mis pulmones pudiera entrar todo el aire del mundo y salir un huracán sin piedad.*

Mister H derrumba pisapapeles y encendedores pesados como catedrales.

Le basta respirar para introducir el vaivén en el cuerpo de su mesa palisandro, los globos de opalina pendulean y hasta los tabiques prefabricados se comban como velas de una nave imaginaria.

—*Me comería una vaca.*

—*Cómasela.*

*Morrison se pasa las manos por la cara, pero no se le borran las pecas. Se estremece por el viento provocado por míster H y hunde el cuello entre las solapas de su chaqueta a cuadros.*

—*El hijo de perra ha muerto.*

—*Quiero cobrar y marcharme.*

—*Ahora sería contraproducente. Todo el mundo olería el pastel.*

—*Sé disimular. Mi oficio es, básicamente, saber disimular. Quiero cobrar y marcharme. Queda poca cosa por hacer. No se preocupe, lo haré y en paz. Después me iré.*

—*Déjeme soñar a su lado, Morrison. El mundo sin Kennedy es más mío, no sé cómo explicárselo.*

—*El mundo sin Mussadecq también fue más suyo.*

—*Gracias, gracias, Morrison.*

—*El mundo sin Enrico Mattei, también fue más suyo.*

—*Gracias, gracias, Morrison.*

—*Pero aún le queda mucho por hacer. Y esta vez no seré yo el que lo haga. Estoy cansado. Este montaje ha excedido mi capacidad de aguante. Lo termino y en paz. Quiero cobrar y marcharme. Ya queda poco por hacer.*

—*¿Se quiere jubilar?*

—*Llámele como quiera. Quiero recuperar mi capacidad de relación con los demás. No quiero volver a tratar con gentes como usted o Pepe Carvalho. Quisiera ser farmacéutico o croupier, padre de familia o playboy de medio tono.*

—*Y sin embargo, tiene un raro talento para dirigir intrigas. Es usted temible.*

—*Soy un técnico. Eso es todo.*

—*Con lo que cobre tendrá, el futuro asegurado.*

—*Si usted lo dice.*

—Yo pago bien. No puede usted quejarse.

—Yo quiero la parte de Pepe Carvalho.

—¿Por qué?

—No estaba previsto que yo le matara. Su muerte le cuesta a usted su parte.

—Aún no lo ha hecho.

—Es cuestión de minutos.

Morrison desenfunda el reloj de la manga que lo ocultaba y sale un sonido de información horaria telefónica. Morrison da las gracias sin sorprenderse y vuelve a frotarse las pecas sin que desaparezcan. Se pone en pie para acercarse a un cuadro-cromo en el que unas bañistas saltan sobre olas esmeralda en una playa caliente bajo la luz de un mar del sur.

—*Tal vez me vaya ahí.*

—*No se está mal, pero le recomiendo Acapulco.*

—*¿Tiene usted hoteles allí?*

—*Alguna cosa.*

Del cuadro empieza a salir música mediterránea. Una voz en *off* relata las excelencias turísticas de la Costa Azul italiana.

—*¿Se irá usted con Nancy Flower?*

—*Es posible. Sobre todo si puedo ocultarle que he sido yo el que ha matado a Pepe Carvalho.*

—*¿Se había encariñado con él?*

—*No es exactamente la palabra. Si sabe que yo le mato es demasiado evidente la posible fealdad de su juego.*

—*¿Fealdad?*

—*Llámelo como quiera. Nosotros, al fin y al cabo, no defendemos poder ni ideas, como usted. Defendemos un tren de vida aceptable.*

—*Nancy Flower... Nancy Flower...*

Míster H ha adoptado maneras de poeta lakista evocador y aparece Nancy Flower desnuda, como la Venus de Botticelli, naciente de lo alto de un pozo petrolífero. Nancy Flower se tapa un seno con la cabellera y el sexo con una mano. Aparta el cabello del seno y sale un chorro de leche evaporizada.



Aparta la mano del sexo y sale una ráfaga de ametralladora. Todo ello a los acordes del segundo concierto para piano y orquesta de Rachmaninof.

—*Me desagrada que evoque usted a Nancy con tanta familiaridad.*

—*Reacciona usted como un adolescente, Morrison.*

—*Usted no paga por controlar mis reacciones. Además, su imaginación erótica no me interesa. Yo quiero cobrar y marcharme.*

—*Primero ha de matar a Carvalho.*

—*Primero, Carvalho ha de matar a Carvalho.*

Se enciende un televisor gigante disfrazado de ventana abierta a una inmensidad de torres petrolíferas. En el televisor, un hombre conduce un coche de matrícula oficial por una carretera de tierra. Morrison se acerca a la agrandada imagen y juega a entorpecer los giros del volante.

—*Este desgraciado no sabe a dónde va.*

—*A veces he pensado que era demasiado inteligente para usted.*

—*Me ha favorecido esa impresión. Sobre todo porque él participaba de ella. Su espíritu de superioridad me ha ayudado mucho. Moralmente, ha constituido un estímulo inapreciable para mí.*

Mete un dedo en el ojo del conductor del coche. Pero continúa su marcha sin darse por aludido. Diríase que silba una melodía, aunque la imagen no tiene sonido.

—*¿Cómo sospechó usted de él?*

—*Por una información de Phileas Wonderful. Usted no le conoce. Fue un viejo agente nuestro y ahora vive retirado en España. Su única actividad es intelectual. Defiende con la pluma la estrategia universal de los Estados Unidos. Wonderful había sido director de la escuela donde se había formado Pepe Carvalho antes de ser Pepe Carvalho. Allí mantuvieron cierta relación por su paisanaje. Nuestro hombre tenía todo el encanto del joven intelectual nihilista que asume su pesimismo hasta el punto de invertir su moral y su conducta. De ser un aprendiz de revolucionario pasó a ser un aprendiz de contrarrevolucionario. Después, al salir de la escuela tuvo una irregular trayectoria de apariciones y desapariciones. Trabajos muy efectivos por cuenta nuestra en Santo Domingo, en el Líbano. Mientras tanto crecía la leyenda de Pepe Carvalho. Las grandes acciones de Pepe Carvalho*

*coincidían con los períodos de descanso de nuestro hombre. Él justificaba sus desapariciones como lógicos períodos de desintoxicación y retorno a las fuentes. Lo cierto es que sus reapariciones eran éxitos seguros. Sabíamos que Pepe Carvalho trabajaba por cuenta de Bacterioon y lo más misterioso de su conducta era precisamente lo misterioso. Normalmente tenemos ficha completa de agentes amigos y enemigos. El jaque mate es cuestión de situación, las fichas nos las sabemos de memoria. Pero no la de Pepe Carvalho. La primera sospecha de que podía tratarse de una doble vida la tuvimos cuando estuvo a punto de ser asesinado Frondizi durante su gira europea. Pepe Carvalho era el encargado de matarle y nuestro hombre era jefe de la guardia personal del presidente. Wonderful se encontró a su ex alumno en Madrid y mantuvieron un breve encuentro. Fue lo suficiente para que Wonderful advirtiera algo desconcertante en el personaje: llevaba una cápsula de veneno adosada a los dientes delanteros.*

Míster H sonrío con malicia de ama de llaves y crispó la mano y el antebrazo en un clarísimo gesto indicativo de la última rigidez que precede al orgasmo. En su pantalla cinematográfica cerebral, míster Wonderful besa apasionadamente a un agente secreto y le descubre una cápsula adosada a las encías.

—No, no. Simplemente, compartieron en noches sucesivas la misma secretaria de embajada. A pesar de la diferencia de edad la muchacha era mucho más fiel a Wonderful, un viejo garañón de galope espaciado y seguro. Pero tenemos otra fuente de comprobación, la esposa del agregado cultural de la embajada austríaca. Es una trituradora de hombres, cuando los deja no hay rincón que desconozca. Los deja limpios de cuerpo y alma. Ella también confirmó lo de la cápsula.

—Pero supongo que esas cápsulas deben ser muy frecuentes entre nuestros propios agentes secretos.

—Sólo cuando realizan misiones en territorio enemigo. No era éste el caso de nuestro hombre. En Madrid cumplía una misión en tierra amiga. ¿Y aquí? La cosa era evidente: un agente de doble juego.

—Pero de ahí a deducir que fuera Pepe Carvalho.

—Nos está saliendo perfecto, míster H. Estamos componiendo un

*perfecto diálogo deductivo entre Sherlock Holmes y el doctor Watson. Elemental, míster H. Nuestras sospechas habían nacido y yo tomé personalmente el caso. En seguida comprendí sus aplicaciones prácticas. En seguida adiviné para qué podía servirnos un agente doble puesto al descubierto y en él séquito de Kennedy. Me limité a comprobar los silencios de nuestro hombre con las acciones de Carvalho. Eran de coincidencia total. Fue entonces cuando hice circular el rumor de que Carvalho quería matar a Kennedy y pedía al propio Carvalho si quería encargarse personalmente de la defensa del presidente. Hizo alguna comedia.*

*—Pero había un margen de error, Morrison. Podía ser un agente doble y no Carvalho.*

*—Su tibieza era evidente. Tenía maneras de vencido. No es un espectáculo agradable. Carvalho era uno de ellos y los datos que nos facilitó Nancy Flower, Robert Kennedy, Edward.*

*—Los Kennedy también.*

En el televisor aparece ahora la foto colectiva de los Kennedy. En el lugar de John hay una vacía silueta con su pose fotográfica. Robert musita con los dientes apretados: Yo nunca me fié de él.

*—Los Kennedy no podían saber si era Carvalho. Desconfiaban de su eficacia. Por eso le pegaban de vez en cuando y él jamás se volvió. Es difícil que usted entienda este dato, míster H. Usted tal vez haya subido desde la más absoluta pobreza hasta la nada, pero siempre ha sido americano. Nunca ha dejado un golpe por devolver. En Carvalho era muy coherente que no se volviera. Tenía que proseguir su empresa sin llamar la atención, y la llamaba precisamente por su sentido de la sumisión. Inexplicable. Como era inexplicable que lo aceptara todo sin inmutarse. El presidente pegaba a Allan Dulles: él ni pestañeaba. Jackie le enseñaba poemas de protesta... no se inmutaba.*

*—¿Jackie escribía poemas de protesta?*

*—Eran míos, míster H. Yo se los daba a Jackie para que se los pasara a Carvalho y así comprobaba su identidad. Era grotescamente imperturbable.*

En la pantalla aparece un hombre de traje bicolor, sentado sobre una maleta de madera, con la fiambarrera abierta y pugnando con la navaja para

pinchar algo de su contenido. Cuando sonrío a Morrison y míster H enseña la bandera de la nicotina y las mellas de sus dientes bailones y delgados: ¿Gustan? Les ofrece un pedazo de lengua estofada que gotea salsa fría desde la punta de la navaja que lo sostiene.

—*Nancy Flower...*

Morrison se interrumpe y se estremece: Nancy Flower reaparece desnuda, sentada en cuclillas, de frente, con los brazos semitendidos, como en espera de un cuerpo que se le complementa a la usanza del coito balanza de la iconografía hindú. Morrison parece algo angustiado y solloza con histeria liberadora, controlada.

—*Nancy Flower. Decía que Nancy Flower fue un personaje decisivo para la evidencia. Si hay algo que distinga al hombre fuerte del débil es su comportamiento en la cama.*

—*Ya lo puede usted decir, Morrison.*

Nancy Flower ya tiene acompañante. El propio míster H la bascula. Morrison llora completamente arrodillado e intenta separar a la pareja de la pantalla sin llegar a tocarles, es una gesticulación muerta en el aire, blanda, como los intentos fallidos de los sueños.

—*No hay mejor test para un hombre, Morrison. ¿Qué tal es usted?*

—*Discreto.*

—*¿Suave?... Psssseeee... ¿Insuficiente? Tiene usted cara de irregular.*

—*Soy normal y en ocasiones algo superior a lo normal.*

—*Yo me cuido mucho. Era de las cuestiones que más me preocupaban a medida que llegaba la madurez. Afortunadamente vengo preparándome hace tiempo. Lo importante es no caer en trampas sicológicas. La última vez que fracasé estrepitosamente fue la última vez que me enamoré. Yo se lo dije a mi hijo mayor cuando se casó. Ahora te saldrán bien las cosas porque las hormonas no conocen sus propias motivaciones. Pero en cuanto se sepan el camino de memoria... A partir de cierta edad hay que mecanizar totalmente el asunto. Cuanto más mecánico, más fisiológico, más seguro el buen resultado.*

Míster H viste de hawaiana y baila agitando los collares. En sus sobacos crecen flores de papel violeta y de sus manos gotea la sangre de los rubíes

majados por el calor de un cercano volcán.

—Estoy cansado. Quiero acabar este asunto cuanto antes. Quiero cobrar y marcharme.

—Decía usted que los Kennedy habían sospechado de él.

—Ya ha quedado claro todo. No me paga usted por entretenerle, ni para darle conversación. Quiero el dinero en Suiza dentro de quince días. Ya sabe usted a dónde enviarlo.

—Se llevará usted a Nancy Flower, lo veo venir.

—¿Y a usted qué más le da? Nancy Flower ya ha hecho por usted todo lo que podía.

—Es deliciosa, algo patética. Pero es un mal asunto mezclar la conspiración con todo eso. Usted y Nancy trabajan muy bien. Muy coordinados. Pero a usted le mortifica que Nancy sea como es. No encaja con el resto de sus ideas y sus acciones.

—Es usted más sabio que yo. Aún no sé si me mortifica o no. Pero en el fondo no me importa lo suficiente. Hasta ahora nos ha ido bien así y usted no es el primero, ni el último. En cambio, yo soy el de siempre. En cierta manera, al final gano yo.

—Jamás escuché mejor filósofo.

Morrison se revuelca por el suelo y muerde la estructura metálica de la mesa. Da golpes con la cara contra las sillas hasta sangrar. Nancy Flower le seca el rostro con un paño de lienzo.

—El pobre tonto va camino de su propia muerte. Cree cerrar el ciclo con la muerte del viejo y no tiene en su mano el último disparo.

—¡Nancy!

—Puede estar bien seguro, míster H. No vacilaré y estaré allí en el momento oportuno. Entonces sí estará el ciclo cerrado.

—¿Ha observado usted que Nancy se depila algo el borde de las ingles?

—Nancy suele hurgarse la nariz continuamente y a veces no es muy discreta en la utilización del *Òàòðàõ*. Más de una vez he encontrado los canutos flotando sobre el agua del sifón del retrete. En cierta ocasión, su canuto de *Òàòðàõ* flotaba junto a un cigarro puro de usted. Un viaje en balde.

—No, no fue un viaje en balde. Nancy es una muchacha de recursos y supo satisfacerme pese a su estado.

—No me negará que la idea del viejo ha sido el último toque de genialidad.

—Yo le molesto como tercero, pero ¿y él?

—Lo de usted es vicio. En cambio, la relación de Nancy con él fue técnica, profesional. Nancy casi le arrancó una confesión completa. Jamás llegó a revelar que Pepe Carvalho era él mismo, pero dejó entrever su doble juego. Un día, Nancy le dijo que por qué no pedía un destino en Europa.

Siempre he deseado ir a Europa. Podías pedir un destino. No mucho tiempo. Un año me basta. A un país donde no se me note demasiado que soy americana. Tal vez a Inglaterra o a Alemania. A ti te da igual.

—Él se puso grave. Era una ocasión propicia para la gravedad. Estaba satisfecho en cuerpo y alma. Yacía en la oscuridad junto a un cuerpo de mujer que había penetrado con acierto.

No sé si será posible. Yo no dependo de mí mismo. Ni siquiera de ellos. Algún día te lo contaré. Bacterioon. ¿Qué te dice esta palabra? Probablemente nada. También me gustaría a mí. Europa, un año, dos.

—Bacterioon.

—Bacterioon.

—Pepe Carvalho trabajaba para Bacterioon y al nosotros contratarle también sabía que seguía trabajando para Bacterioon. En definitiva iba hacia su primer fracaso evidente y Bacterioon quiso asegurarse la jugada.

—Tal vez hubiese sido más sencillo que Bacterioon nos hubiera conectado.

—¿Y le hubiera clarificado su papel de verdugo y víctima? Él lo hubiera sospechado inmediatamente.

Algo he leído sobre Bacterioon. Hay quien dice que existe. Que es la energía del mal convertida en omnipresente y formalizada y encarnada de muy distintas maneras.

—Bacterioon es la contrarrevolución, le contestó Carvalho. Es la antihistoria. Su tiempo es distinto. A veces rápido como el centelleo de un

*disparo. A veces lento como la contaminación atmosférica.*

*—Kennedy debía morir.*

Míster H se santigua. Viste de cruzado medieval y camina hacia Jerusalén con los brazos en cruz. Se detiene ante la muralla y el cielo se abre. Resuenan los clarines y caen las murallas.

*—Kennedy era peligroso. Un notario del capitalismo. El albacea testamentario. Tan estúpido como para ignorar su papel de gran liquidador de existencias. Engreído como un cabeza de huevo y moralista como un cura. Gentes así arruinan los mejores negocios con la excusa de ponerlos al día. Yo tengo un hijo que es igual. Le envié a Maracaibo para que vigilase la marcha de la compañía. El primer mes introdujo quinientas quince reformas. Según él debíamos mejorar de aspecto, adaptarnos a la marcha de los tiempos. Al mes siguiente, cuatrocientas diez reformas. Tres meses después los trabajadores venezolanos habían linchado a cinco capataces. Mandé llamar a mi hijo y le he montado una asociación filantrópica destinada a regalar langosta congelada a los parvularios de Thailandia. Pero cosas así ocurren en las mejores familias. El viejo Joe no era así. Yo conocía sus secretas aficiones por Hitler. Pero era un esteticista y quiso que sus hijos fueran una mezcla de estoico romano y recordman de Juegos Olímpicos. Le pirraban los intelectuales y los artistas decadentes. De esa gente no se aprende nada bueno. Sus hijos heredaron su orgullo y su confusiónismo mental. John no era tan temible como su trust de cerebros. Son una pandilla de marañeros, quintacolumnistas, rojos.*

*—Bacterioon eligió el momento oportuno.*

*—¡O Kennedy o yo! Su política petrolífera era un desastre para nuestros intereses. ¡Qué manera de liquidar el asunto de la Steel! En cuanto a la alianza para el progreso, era el canto de una catarata por la que todos nos hubiéramos despeñado.*

*—Johnson da la talla del presidente que usted necesita. Y sobre todo Lady Bird. Usted se ha perdido el espectáculo de Lady Bird en sus relaciones con Carvalho. La tía no había visto nunca a un español y casi creía que no era gente de este mundo. Hablaba con él un lenguaje especial. Carvalho le contestaba como si nada. Un desastre de hombre, mister H. Se lo aseguro,*

*nunca he visto camaleón más tierno.*

Nuevamente Carvalho al volante de su coche. Se transmuta sucesivamente en viajante de comercio de Cleveland en ruta por el Middle West, en chica de conjunto de Las Vegas, en *mistress* Universo, en Lemmy Caution, en Jefferson, en un sicópata de telefilm, en Joe Di Maggio, en Mary Pickford.

—*Imbécil. Cree que la sangre de ese viejo lavará todas sus huellas. No me ha elogiado usted la idea del viejo.*

—*Genial. Como todo lo suyo, Morrison.*

—*Él mismo hizo el montaje lógico.*

Pero si yo disparo contra Kennedy soy el autor material, hemos de acumular pruebas contra un autor material y matarle también a él. Cerrar el ciclo, en una palabra. Trujillo así lo hizo con el vasco Galíndez. Lo raptó, lo subió a una avioneta, lo tiraron desde la avioneta y después la avioneta explotó en pleno vuelo. El ciclo está cerrado. Yo debo matar al asesino visible de Kennedy.

—*Un vagabundo.*

—*¿Decía usted?*

—*El viejo escogido es un vagabundo de origen irlandés. Su huella histórica apenas si existía. Ahora ya nada. Ninguna pista real conduce a su Londonderry natal, ni siquiera los registros de nacimiento de su ciudad. Todas las pistas actuales son falsas. Conducen a España, conducen a los orígenes de un falso Pepe Carvalho. El auténtico morirá segundos después.*

Nadie puede hablar mal de mí, señor. Recorro los Estados Unidos con mi *roulotte* y paro allí donde sé que el ayuntamiento ha de darme facilidades. Me llaman Freddy, el amigo de los niños, y no le diré a usted que soy realmente amigo de los niños porque no los puedo soportar, no señor, más bien me dan un cierto asco y me irritan, no quiero negarlo, no señor, pero nunca les he hecho el más mínimo daño y en cambio les hago reír, les entretengo y los padres me lo agradecen, en todos los estados, en todos tengo padres agradecidos a quienes solucioné el problema de una tarde, el no saber cómo entretener a esos hijos de puta, perdóneme la dureza de la expresión, pero es que cada día son más hijos de puta los niños, si ustedes tienen me darán la



razón y a este paso los niños del futuro no harán ni caso de los payasos, no ya de los payasos ambulantes que impresionamos menos porque se piensan que somos algo así como gitanos, sino ni siquiera los payasos en la nómina de los circos más importantes del mundo. Si ustedes me dan permiso para situarme en un lugar céntrico de Dallas, yo les prometo que aquel día haré felices a muchos ciudadanos. Mis chistes son honestos. Apenas si trabajo con palabras. No diría yo que mi trabajo sea demasiado fino, más bien de sal gruesa, diría yo. Pero es eficaz y no voy a la desesperada como más de uno que conozco. Tengo algún dinerito ahorrado. Tal como oyen. No cometan el error de suponerme un vagabundo sin donde caerme muerto. La *roulotte* es mía, casi nueva. Tengo algún dinero en un banco de Los Ángeles y un apartamento comprado en San Francisco. Como California no hay nada.

—*Tunante de la mierda. ¿Qué tiene que envidiar Texas a California? ¿Lo sabe usted, Morrison?*

Cuando ya no pueda ir por ahí, dando tumbos, me retiraré a mi apartamento. California es un país bendito.

—*¡Grandísimo cerdo! ¡Eres de esos maricones que consideran que en Estados Unidos sólo existen Nueva York, Washington y San Francisco!*

Míster H se abalanza, sobre el payaso. Engarria sus manos en el cuello del viejo y las hunde entre los pellejos maltratados por el *after shave*. Morrison les separa. El viejo se derrenga con las piernas abiertas y los ojos alucinados.

—*No fue un encuentro muy afortunado.*

—*Convenga que fue una grosería. A un tejano no se le puede decir que California es un país bendito. Usted lo ha comprobado. Como Texas no hay nada.*

—*Pero el viejo era un excelente comparsa. Ni él mismo supone lo útil que ha sido su vida, lo útil que va a ser su muerte.*

Si a usted no le gusta California, no tenía más que decirlo, señor, no vamos a pelear por eso. Ya soy viejo para peleas, lo habrá comprobado usted, pero no siempre ha sido así. Mire. Una navaja automática. ¡Snik! Ya está. ¿Qué me dice? Flusssss. Y es usted hombre muerto. O a veces, me conformaba cortando un buen par de huevos. Pero usted es un pez gordo y a

los peces gordos no hay que pincharles. Es algo que sé desde muy joven... Pero por si acaso no me vuelva a poner las manos encima.

—*Una cierta entereza.*

—*No lo dude usted, míster H. Un hombre de cuerpo entero.*

—*Espero que Carvalho sea rápido y piadoso en el instante justo.*

—*No es un sádico y es un excelente tirador. Estoy seguro de que su bala ha sido más determinante que la que ha disparado el otro.*

Míster H tiembla como un rascacielos en el terremoto de San Francisco. Se le desploma el puro en ralentí. El sombrero de alas anchas se le echa a volar y de sus ojos salen círculos concéntricos de color malva.

—*¿Otro? ¿Ha participado otro en el asesinato?*

*Por qué no me advirtió. ¿Por qué yo no sé nada?*

—*Bacterioon así lo dispuso.*

—*Pero entonces el ciclo no está cerrado. Al fin y al cabo yo soy el que pago. Al fin y al cabo nuestro compromiso con Bacterioon es puramente espiritual y los cuartos son míos, nuestros, de particulares que apostamos a la carta Bacterioon. No es justo. Ese otro es un cabo suelto. Ya me dirá usted.*

—*Ese disparo no pasará a la historia. Sólo pasará uno y hay muchos aspirantes mudos a papel de asesino: Freddy, el propio Carvalho. En cuanto al otro tirador en estos momentos debe estar muerto. El agente Sean Poverty ya debe haberle dado caza. Tampoco sabía de la misa la mitad.*

Sean Poverty se desploma con lentitud. Frente a él un hombre joven sostiene una pistola movida por el pánico, como una veleta loca que apunta a todo y a nada.

—*No quedará ningún cabo suelto. Sean Poverty...*

—*¡Mire!*

Morrison se vuelve a tiempo de ver la escena de la muerte de Poverty. Corre hacia el teléfono. Da instrucciones sobre la localización del joven tirador. Después llama otra vez. Da instrucciones para que vayan a comisaría y silencien al joven tirador: bien, que lo haga ése. Está garantizado el silencio.

—*Ya está.*

—No lo veo muy claro.

—Ya ha jugado usted bastante a conspirador. El oficio es mío. Usted es un amateur. Yo no le aconsejo una determinada política de inversiones. Estoy tan cansado de aguantarle a usted como de montar todo el tinglado.

—No le soy simpático. Lo de Nancy Flower le ha sentado muy mal.

—Ya quedan pocos minutos de convivencia. Recuerde lo del dinero y no se extralimite.

—No peleemos, Morrison, es usted una de las personas más eficaces que me he echado en cara. Es sorprendente cómo ha podido jugar con un pájaro viejo como Carvalho.

—Desde el siglo xv, al menos, mi dinastía está mejor alimentada que la suya. Desde los tiempos de mi abuelo Edgar, en mi familia se ha hecho deporte y nos hemos duchado, al menos, una vez por semana. La balanza se inclina de mi lado fatalmente.

—Y, sin embargo, Carvalho había conseguido gran crédito en la corte de los Kennedy. Jacqueline le apreciaba mucho y el propio John le había distinguido en público con sus respetos.

—Les parecía muy taurino todo. Para ellos, Carvalho era como un torero. En cierta manera, tenía el don del desplante y una cierta cultura. Estas cosas impresionan mucho a los chicos de Harvard, sobre todo a John. En cambio, a Robert no le impresionaba tanto.

No tanto. Nada. No me impresionaba nada. Me molestaba su aire huidizo. Su estar en todo. Su silenciosa ironía. Siempre que podía, le pegaba y luego me justificaba diciéndole que era para comprobar sus reflejos. Más de una vez le había dicho a John que aquel hombre no era el más adecuado. Un guardaespaldas ha de ser de otra pasta.

—Ya ve usted, Robert Kennedy recelaba y de hecho sólo John y Jacqueline habían claudicado ante el hechizo del guardia de corps. El viejo Joe miraba de reojo al gorila.

—Siempre creí que lo más difícil sería el desvelamiento parcial del plan. Varias veces le insinué que yo pertenecía a grupos de extrema derecha y que mi admiración por Kennedy no conseguía eliminarme el recelo por su exceso de confianza frente al peligro comunista. Por fin llegó el día en que le llevé a

*una reunión de la John Birch Society. A la salida me dijo que nuestro fascismo le parecía muy subdesarrollado.*

Vuestro fascismo abierto es como la quinta variedad de dedales que vuestra industria puede producir. Es algo así como vuestras izquierdas: un lujo de una economía de superproducción en la que el desperdicio es condición *sine qua non* para que continúe la mecánica de la superproducción. Tenéis de todo: desde el fascismo operante de algunos de vuestros militares y de Foster Dulles o Barry Goldwater, hasta fascistas poéticos que se disfrazan de Ku Klux Klan o cotizan a la John Birch. Igual que tenéis marxistas espiritistas y socialdemócratas de salón. Todo esto es un supermercado.

*—Le contesté que me interesaba mucho su opinión y hasta qué punto le repugnaba el fascismo como estilo de vida.*

Me repugnan pocas cosas. Ya casi nada. ¿Cuánto dinero te dan esos fascistas? Yo tengo un precio. Quiero jubilarme a los cuarenta años y ya me falta poco. Quiero agonizar después otros treinta años sin sobresaltos, coleccionando algo y dedicándome a la pesca.

*—Algo muy parecido a lo que usted pretende, Morrison.*

*—Éramos del mismo oficio. Es lógico que los dos tengamos los mismos sueños de huida. Aquella conversación aclaró mucho las cosas.*

*—Después nuestro encuentro a trío.*

*—Carvalho salió muy impresionado por usted y muy despreciativo conmigo. Me comentó que siempre había estado equivocado sobre la verdadera valía de Hemingway y Scott Fitzgerald. En cierta ocasión, Scott Fitzgerald le dijo a Hemingway: «Los ricos son diferentes». Hemingway contestó: «Sí, tienen más dinero». Siempre había estado equivocado. Yo creía que el más listo era Hemingway y Scott Fitzgerald un advenedizo con complejo de vivir a este lado del paraíso. Pero el sabio era Scott Fitzgerald. Los ricos son diferentes. Bastaba ver a H en diálogo contigo y conmigo. Él era diferente. Tenía más dinero. Todo el dinero. Y ya es diferente por eso. Es el único poder sólido.*

*—La corrupción de Carvalho se acrecentaba día a día. Su disgusto por el trabajo que hacía era un acicate para dar el golpe definitivo. Cuando le propusimos matar a Kennedy vio la oportunidad de cobrar un doble sueldo*

con un solo tiro: el que ya había estipulado con Bacterioon y el que le ofrecía usted.

—*La oportunidad de toda una vida.*

«Pepe, hijo mío. ¿Es verdad todo lo que dice este señor? Nosotros siempre habíamos sido pobres, pero honrados. Tu abuelo paterno fue campesino. Yo fui modista desde los doce años y cuando la modistería se daba mal me dedicaba a la confección de ropa interior de caballero. Tu padre fue emigrante, de la UGT, policía secreta durante la guerra, preso político y mozo de almacén hasta el último suspiro. Cuando te aprendiste de memoria el Diccionario Ilustrado Spes comprendimos que estabas llamado a hacer grandes cosas. A los once años leías *El Criterio*, del padre Balmes y *La vuelta al mundo de un novelista*, de Blasco Ibáñez. A los quince años eras profesor de párvulos y cobrador dominguero de recibos del seguro de entierro. Cuando entraste en la Universidad yo misma te hice unos pantalones nuevos, te compraste una chaqueta todo-tiempo en los almacenes más prestigiosos del barrio y tu padre te fue a ver en secreto cuando hacías cola para matricularte. Después te dio por la política y una noche se te llevaron porque habías ido pintando las paredes de toda la ciudad. Después te casaste y a los cinco meses volvieron a llevásete y no te soltaron hasta un año y medio después. Nada en tu vida respondía a las esperanzas que tu padre y yo habíamos concebido. No nos habías comprado un piso, aunque hubiera sido a plazos. No nos habías comprado un coche para ir al pueblo a enseñarlo a los parientes. Tu mujer fumaba y enseñaba las piernas como yo nunca las había enseñado. Te contestaba mal en nuestra presencia. Venías a comer a casa más para ahorrarte una comida que para hacernos compañía y cuando tu padre te propuso enchufarte en un banco a través del señorito Paco, el hijo de don Licinio Prat, te pusiste hecho una fiera y dijiste que el pobre hombre no entendía nada de nada. Pero, Pepe, por todo habríamos pasado de no haberle hecho aquella marranada a Muriel. ¿Por qué te fuiste de pronto y la dejaste plantada con la nena? Desde que tú te fuiste apenas si hemos visto a la niña, de ti sólo sabemos de tarde

en tarde, cuando escribes dos letras o envías algún dinero que yo ingreso en una cartilla de ahorros para la niña. Y ahora nos enteramos que has matado al presidente de América. Ya no me quedan lágrimas para llorarte. Además no entiendo cómo con tus ideas has atentado contra un presidente de la República. Tu padre siempre había sido republicano y aunque mi padre era de derechas (se metió en un lío de la CEDA nada menos que en 1937 y en zona roja) a mí siempre me había tirado políticamente la república y sentimentalmente la monarquía. La república es más cosa nuestra, pero la monarquía es, cómo te diría yo, más bonita. ¿Qué te había hecho el presidente de América, Pepe? ¿No te das cuenta que dejas una viuda y dos hijos sin padre? No sabes tú, desgraciado, la falta que hace un padre en una casa. Yo tuve que sacarte adelante mientras tu padre estaba en la cárcel y sé lo que cuesta. Ya sé que la familia del presidente tiene dinero, pero el dinero no lo es todo. He estado engañada hasta el final. Ya debía suponer que si eras capaz de dejar abandonadas a tu mujer y a la niña eras capaz de todo. Sin embargo, pase lo que pase, ya sabes que estoy a tu lado. Te envió una manta y una fiambrrera con carne empanada para cuando te detengan. Dime si te dejan meter termos y te haría un buen caldo gallego. Ya hablaré con Muriel por si quiere ayudarme a encontrar un abogado. Escríbeme pronto y dime si te parece bien el señor Ruiz Jiménez como abogado. Estuvo muy simpático y comprensivo en las anteriores ocasiones.

»Te abraza tu madre que te quiere.»

—*Santa mujer.*

—*Muy emotivo.*

Míster H solloza a hurtadillas mientras finge arreglar unos papeles sobre la mesa palisandro. Morrison mira entristecido la falsa ventana donde las falsas torres de petróleo lanzan falsos chorros de oro negro. Entra en la estancia un caballero de la Orden de Malta que recauda fondos para los niños poliomielíticos de Guinea Ecuatorial. Morrison le da mil dólares y míster H un millón.

—¿Qué debe hacer nuestro hombre?

En el televisor, Pepe Carvalho prosigue su decidida conducción. Probablemente se estén forjando una falsa opinión de mí. En realidad más que ganar dinero persigo destruir cualquier asomo del obscuro sentido de la solidaridad. La conducta perfecta es la más aséptica y predico con el ejemplo. No hay mejor prueba de asepsia que el asesinato. Predico con el ejemplo.

—¿Ha oído usted a ese cínico?

—Le he oído. Es inadmisibile.

—¡Qué desfachatez!

Y si acepto cobrar es porque de esta manera destruyo en mí mismo cualquier coartada de moralidad convencional. Si ustedes tienen una formación religiosa y cultural sólida, ya me entenderán. Voy a matar a ese viejo. Nadie me lo impedirá y después dejaré todo esto. Entre lo que me paga Bacterioon y lo que me paga míster H tengo una espléndida madurez y una tranquila vejez aseguradas. Como en las películas bonitas, volveré a mi tierra, intentaré recuperar a Muriel y a la niña, cambiaremos de nombre y emprendemos una nueva vida sin que nada nos falte. Disculpen la torpeza de mi madre. Los proletarios son impúdicos, cometen la cotidiana obscenidad de su miseria objetiva, para decirlo en términos que ustedes, con la formación religiosa y cultural que les supongo, sabrán degustar con tan exquisito paladar.

—¡Morrison! ¡Mátele! ¡Inmediatamente!

—Cada cosa a su tiempo. Aún no me han avisado de la llegada del helicóptero. En diez minutos estoy allí. Dos después de que él haya liquidado al viejo Fred.

—Por favor, Morrison, le pagaré mejor, pero no se vaya con Nancy. Le he cobrado afecto a la muchacha. Morrison, por favor. A mi edad esas cosas se agradecen tanto que no es preciso ni comprobar su sinceridad. ¿Usted me comprende?

—¿Cuánto paga por Nancy Flower?

—Dos millones.

—Bien. Pero quiero también algo para ella. No sería justo que no sacara algo.

—Otros dos.

—Trato hecho.

—No sabía cómo decírselo. Le he dado vueltas y vueltas. Todo lo demás era secundario. Bueno, hasta cierto punto. Pero yo quería a Nancy Flower.

—Coloque usted un renacuajo en su escudo de armas: la cabeza de Kennedy y la cola de Nancy Flower.

El renacuajo nada en el aire de la Habitación. Tiene el cabezón sólido y aperillado, como los cabezones de las monedas, y la cola carnal y casi transparente, blanda y con un rojo intermedio entre la sangre y la carne despellejada. Huele a loción capilar y a flujo. Diríase que su talante es pensativo de no agitar tanto la cola y lanzar tantas esporas de renacuajos que crecen al calor de los ceniceros, las papeleras y las vacías fundas de las máquinas de escribir.

—Sólo queda algo por aclarar, Morrison. El asesinato de un presidente de los Estados Unidos traerá mucho lío. Habrá investigaciones. Será precisa una explicación lógica de todo ante la opinión pública.

—Si la explicación puede montarse por la línea Carvalho-Fred, ahí se para todo. En el misterio de un ajuste de cuentas en una roulotte, en un descampado. Si la torpeza de Poverty ha dejado el otro cabo suelto, cualquier idea de conspiración será sofocada desde el poder. En este país las alarmas ponen en marcha, automáticamente, los proyectiles dirigidos de cabeza atómica. A nadie le interesan nuestras alarmas. Cuatro o cinco moralistas protestarán y exigirán la verdad. Pero envejecerán y dentro de cuarenta o cincuenta años el caso Kennedy será un tema curioso del Reader's Digest o lo que sea. Los nombres de usted y Carvalho no querrán decir nada a nadie, y Kennedy será en la memoria de las gentes un renacuajo con la cabeza del rey Midas y la cola del rey Arthur de Bretaña.

—Habla usted como un buen vendedor, Morrison. Le hago una oferta especial como vendedor. La jefatura de la costa oeste. Jefe de ventas. Ya está dicho.

—Lo siento. Cobro y me marchó.

¿Por qué te vas y me dejas con este viejo rico y asqueroso? Todo lo he hecho por ti. Desde hace casi diez años toda mi vida la he puesto a tu



disposición. He corrido peligros por tu culpa. He ido con otros hombres cuando tú me lo pedías.

Eso no es cierto. Nadie te pidió que te acostaras con míster H y lo hiciste. Nunca te he dicho nada, pero me sentó muy mal, Nancy. Una cosa era todo lo que conllevaba nuestro trabajo, otra el capricho, y el acostarte con míster H fue muy mortificante para mí.

—*Nancy y yo le escribiremos.*

—*No pienso darles mis señas.*

—*Vamos, Morrison, no sea usted quisquilloso. Soy tan feliz que quiero compartir con todo el mundo mi felicidad.*

Estaba harta de tus juegos. Estaba harta de que me utilizaras sin ninguna esperanza de final feliz, sin ninguna esperanza de que aquello realmente nos uniera algún día, al fin solos, tú y yo.

Sabías que éste era el final de la aventura. Que aquí ponía punto final. Te lo dije: Nancy, he pescado algo gordo, si me ayudas, ésta es la definitiva. Lo sabías y, sin embargo, te acostaste con míster H.

Me fascinó su prepotencia. Tiene demasiado dinero para merecer un no, Morrison, debes entenderlo. No me dejes con él. Llévame contigo. Si me dejas no sabré decirle que no.

Lo siento. Ya estoy decidido. Me ha ofrecido demasiado dinero. Si no me hubiera enterado de que fingías ante él orgasmos patéticos aún habría podido prescindir de la tentación de los dos millones. Pero ha sido excesivo. Además te dejo bien arreglada. Él te da otros dos millones.

—¿Dos millones?

¡Dos millones!

No lo sabía. Me ha desconcertado tanto tu actitud que no he escuchado lo que yo sacaba ganando. Así la cosa cambia.

Considerablemente.

Pero me cuesta renunciar a ti. Podríamos dejar pasar un año. Después me deshago de míster H y voy en tu busca.

No está mal pensado.

Espérame.

Lo intentaré.

Entra en la estancia un chófer de Dodge español. Lleva la gorra respetuosamente sobre el brazo en ángulo recto.

—Señor, el helicóptero ha llegado.

—Gracias, Paco: la hora de la verdad, Morrison.

—Ha llegado.

—No falle.

—No fallaré. Será casi instantáneo y simultáneo. Aún no haya matado a Fred, yo ya habré disparado sobre Pepe Carvalho. Adiós, míster H, y no olvide lo del dinero.

Se va volando por la ventana falsa, seguido del chófer, que luce ahora unas bruñidas alas metálicas. Nancy Flower sale entonces desnuda del tintero y besa líquidamente a míster H.

La *roulotte* estaba aparcada en un pequeño prado, junto a una hilera de álamos que seguían la ruta de un seco canal. Era una *roulotte* verde, con letreros publicitarios de unguento de serpiente de los Apalaches. Puñados de vencejos perseguían el rastro de la noche cercana y en los desmontes envejecía la tierra a medida que el sol se retiraba tras las colinas. Al cerrar la portezuela del coche pensé que el ruido era muy similar al que se oía en las películas americanas cuando el protagonista cierra la portezuela del coche. Es el ruido más característico del cine americano; prueba de ello es que cuando en el resto del mundo se realizan películas con pretensiones de perfección norteamericana, el ruido del cierre de portezuelas de coche se multiplica sin ton ni son. Mientras descendía por el prado hacia la *roulotte* pensaba que hay dos clases de ruido de cierre de portezuela de coche, según dos clases de significados dentro del contexto de la trama-intriga. Uno es el ruido de secuencias de enlace dentro de la descripción: secuencias conjunción, en general, copulativa. Por ejemplo: Doris Day llega a un gran supermercado. Aparca el coche. Sale del coche. Se inclina ofreciendo al espectador la perspectiva de su culito proporcionadísimo y cierra la portezuela. Toe. Es un ruido que promete la compra de un gran bistec y de latas de cerveza. Otra secuencia. La misma Doris Day ya ha hecho la compra, vuelve a subir al

coche, con el consiguiente ruido y se va a su casa. Llega a la casa. Primer plano de una ventana abierta (Doris Day la había dejado cerrada).

Plano medio de Doris Day sentada al volante y con el ceño fruncido. Doris Day sale del automóvil. Ahora ofrece al público sus pechos acuarentados, su rostro preocupado de adolescente de cuarenta años, sus pecas con cuarenta años auestas. Cierra la portezuela. Toc. Ese ruido promete el hallazgo de un cadáver en el *hall*, el cadáver de Raymond Burr, pongamos por caso, con un hilillo de sangre descendiente de cada juntura de labios, como si se tratase de un bigote mongol de defectuoso arranque.

El extractor de la *roulotte* empezó a expeler humo. Saqué la pistola de la sobaquera y quité el seguro. A unos cinco metros de la *roulotte* pensé en lo que diría: ¡No oponga resistencia! O, tal vez: ¡Manos arriba y mucho ojo! Tal vez no dijera nada y me limitara a pincharle los riñones con la punta de la pistola. Pero algo tendría que decirle para que acabara de interpretar mi acto. ¿Un culatazo? Quizá recurriría a la voz del juego infantil: ¡Manos! Nunca el lenguaje gangsteril ha llegado a tal economía expresiva como en el lenguaje de los niños que juegan a *gangsters* y policías. Ya no dicen ¡manos arriba! Les basta el ¡manos! Dentro de la convención del juego, ¿para qué otra cosa pueden servir las manos sino para ponerlas arriba? De pie, con la pistola en la mano, a cinco metros de la *roulotte*, me di cuenta que estaba a tiro, bastaba que el viejo hubiera oído el ruido del coche. Di dos ridículos saltos para situarme tras la parte ciega de la *roulotte* y me senté en el suelo. Con unas piedrecitas desvié la ruta de un hormiguero; me planteé una vez más el tema de las relaciones familiares entre las hormigas. Si frustras el recorrido de las hormigas puedes provocar tragedias familiares. Madres hormigas que pierden a sus hijos. Padres hormigas que nunca más se reúnen con su familia. Parejas de hormigas recién casadas que quedan separadas por kilómetros y kilómetros hormigueros. Las hormigas me fascinaban desde pequeño. Mi padre las adoraba. Se ponía en cuclillas ante el pueblo errante y malgastaba algunas oraciones líricas que el pobre hombre guardaba para estas situaciones. Tenía una cierta manía (más verbal que práctica) al género humano y eso le llevaba a entusiasmarse excesivamente por las hormigas, las abejas y los gatos pequeños. También le gustaban las estatuas de escayola, las

ciudades a lo lejos y andar por alamedas en compañía de doscientas cincuenta mil personas con gustos muy afines a los suyos. Le gustaba con locura la cerveza con gaseosa, el caldo gallego, el escaso fresco barriobajero de una noche de verano, quedarse en camiseta sin mangas, limpiarse los zapatos, limpiarme los zapatos, pelar manzanas al resto de los comensales, ofrecer su pañuelo para que los demás se sonaran, hacerse chancletas con zapatos viejos, defender a Stalin, recomendar la lectura del padre Balmes y del barón de Holbach, estimular el ahorro entre los niños, regalar relojes a todos sus parientes, quedarse callado con los codos apoyados sobre la baranda de un estrecho balcón, los ojos juguetones sobre las gentes que pasaban por la calle con la confianza del que atraviesa un desfiladero formado por nichos de viejas familias comanches muertas.

El fresco del césped me enfrió el culo. Me puse en pie. Volví a meter la pistola en la sobaquera. Palpé la plancha de la *roulotte* por si a ella llegaba algún eco de la escasa vida que se desarrollaba dentro. No recibí ninguna sensación digna de que le dedique una línea. Amigo lector, usted, con su inteligencia innata y con la costumbre de la coparticipación literaria que ha adquirido bajo la influencia de los profetas de la hora del lector, ya habrá adivinado que yo no tenía ningunas ganas de consumir mi propósito. Que por eso me hacía el remolón, agotando los últimos rincones de mi capacidad de recuerdo y olvido. Y si usted, amigo lector, es un apasionado de la literaturametría, o ciencia de medir la literatura, ya se habrá dado cuenta de que la presente parrafada se alarga más que las inmediatamente anteriores, precisamente para aplazar todo cuánto puedo el momento de enfrentamiento con el viejo.

La noche había subido desde mis pies hasta el cielo enlunado. Sentí el suficiente frío como para cruzar los brazos sobre el pecho y complacerme con mi propio calor. Me acerqué hasta la primera ventanilla. Pero las cortinas estaban corridas y nada se veía. Un débil ruido de cosa en estado de fritura. Un olor. O tal vez el olor lo suponía porque no supe diferenciarlo. Seguí andando hasta llegar a la portezuela. Probé con el pomo. Cedía y retiré la mano con precipitación. Pensé en volver atrás, en dejar la cosa para la policía o para Morrison y los demás. De hecho me aparté unos pasos de la *roulotte*.

Me detuvo el paso veloz de un coche por la carretera. No. Aquél era un asunto mío. Un asunto que me interesaba a todos los niveles. Me volví resueltamente hacia el cajón metálico. Desanduve lo andado, empuñé el pomo con decisión y mi brazo se tensó para tirar de la portezuela, mientras mis pies se afirmaban en el suelo para dar el salto. Algo hizo que toda mi estructura física se relajara y que protegiera mi cabeza contra un hombro. Traté de pensar algo, pero no pensaba nada. Ante mi imaginación una laguna negra sin agua, mis ideas rotas, ni palabras ni sonidos en ningún rincón de mi cabeza más que regular. Me metí las manos en el bolsillo. Saqué una mano, la dejé colgada del pomo. La mano cobró libertad de acción, manipuló y tuve que apartarme para dejar sitio a la portezuela abierta. El rectángulo iluminado estaba poblado por una pequeña cocina de gas, por la bombona, por la sartén de la que salía poco humo y olor a tocino frito. Zambullí la cabeza en el rectángulo. A mi izquierda, las cortinas corridas sobre la gran ventana central; a mi derecha, la espalda enchaquetada de un hombre sentado y sin pantalones que tenía los pies metidos en un barreño humeante. Subí quedamente, pero sin propósito. El techo me obligaba a inclinar la cabeza. Me quedé con el techo por sombrero, empotrado entre techo y suelo, con la mano a medio camino hacia la espalda del hombre o hacia su cabeza cana. Di un difícil paso, sin abandonar el ficticio raíl entre techo y suelo. Mis dedos rozaron primero la vieja hombrera izquierda, después se posaron sobre ella. El hombre volvió la cara. Sus arrugas, sus ojos deformados por las lentes de hipermetrópe, me miraban a la cara. Volvió la cabeza hacia el barreño y chapoteó suavemente con los pies. Sacó los pies del agua y se los miró cuidadosamente. Eran unos pies desvencijados. Con venas a punto de estallido. Llenos de lomas y de rojeces.

Los dos primeros tiros se insertaron casi en el mismo orificio, bruscamente abierto entre los sucios pliegues del cogote. Se derrumbó casi al mismo tiempo que se derramaba el agua jabonosa por toda la *roulotte*.

El tercer tiro arrancó un jirón de ropa quemada a la altura espaldar del corazón. Sólo se estremeció una vez.

**Barcelona, La Garriga, 1967-1971.**

## Acerca de «Yo maté a Kennedy»

**Juan Diego Moya Bedoya.**

Escuela de Filosofía, Universidad de Costa Rica

Manuel Vázquez Montalbán (1939-2003) fue un destacado literato y periodista español contemporáneo, autor de una cuantiosísima producción teórica, ensayística y narrativa, amén de poética. Vázquez Montalbán, que participó significativamente del ideario político del Partido Comunista español, escribió unas *Cuestiones marxistas* (1974) y una biografía de Dolores Ibárruri, la Pasionaria: *Pasionaria y los siete enanitos* (1991). Vázquez Montalbán se reveló lúcido crítico respecto del modo de producción capitalista, y del liberalismo económico. A la política, a la crítica de la cultura, a la teoría social, a la gastronomía, consagró numerosos libros, ensayos, reflexiones, etc. Su *Informe sobre la información* (1963) es un texto capital en el contexto de la reflexión del periodista acerca de su quehacer. En cambio, *Manifiesto subnormal* (de 1970) es un vehemente alegato contra el racionalismo. *Crónica sentimental de España* (1970) se consagra a explorar aspectos y facetas varias de la cultura popular española. Escribió además *El arte de comer en Cataluña* (1977), libro inspectivo respecto de asuntos propios de la cultura popular. Del año 1998 data, por su parte, *La literatura en la construcción de la sociedad democrática*.

Entre sus textos poéticos, figura *Una educación sentimental* (1967), mediante la publicación del cual poemario adquirió una destacada posición entre los *novísimos*, los poetas vanguardistas de la época. *Una educación sentimental* lo consagró entre estos.

Su obra narrativa contempla múltiples producciones textuales, entre ellas *Recordando a Dardé* (1969), *El pianista* (1985), *Cuarteto*;(1988), *Galíndez* (1990). Con *Galíndez* obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1990.

Es, asimismo, el creador de un personaje emblemático dentro de la literatura española contemporánea: el detective, de ascendencia gallega, Pepe Carvalho. Las diecisiete novelas policíacas de Vázquez Montalbán se inscriben, ciertamente, en el género de la literatura policíaca o, por mejor decir, detectivesca. Empero, son de manera preponderante novelas ideológicas, escritas desde el punto de mira de un acerbo y despiadadamente lúcido crítico de la sociedad burguesa contemporánea. En acuerdo con el *Diccionario de literatura universal*, de la casa editorial Anaya, *Yo maté a Kennedy* es una obra de género mixto: tanto novelística cuanto ensayística (cf. José Jesús de Bustos Tovar [Director]: *Diccionario de literatura universal*. Anaya, Madrid, 1985: 624).

La saga de Carvalho ha principiado con la obra que hemos leído: *Yo maté a Kennedy*, redactada entre 1967 y 1971, y publicada en 1972. Este complejo y breve texto es, en realidad, una inmisericorde caricatura de la sociedad estadounidense contemporánea; de sus valores, obsesiones y estereotipos. La saga de Carvalho prosiguió con dieciséis obras más, entre ellas *Tatuaje* (1975), *La soledad del manager* (1978) y *Los mares del sur* (1978), novela que recibió, en el año siguiente, el Premio Planeta. En el año 1981 se editó *Asesinato en el comité central*, y en 1984 *La rosa de Alejandría*. Del año 1988



data *El delantero centro fue asesinado al atardecer* (cf. Gran Referencia Anaya. Vox, Madrid, 2000: 7704).

Del año 1992 data un texto cabalmente independiente de la serie de los anteriormente enumerados: *Autobiografía del general Franco*, y de 1998 su texto acerca del proceso revolucionario cubano: *Y Dios entró en la Habana*. Finalmente, en 1999 compuso una novela para jóvenes lectores: *El señor de los bonsáis*.

Vázquez Montalbán escribió *Yo maté a Kennedy* en una época de florecimiento y auge del experimentalismo, forma de vanguardia en el contexto de la España de la época, lapso durante el cual el régimen del general Francisco Franco Bahamonde, ante la conciencia ineluctable de que el caudillo moriría en un mediano plazo y ante la proliferación de las acciones contestatarias, optó por el endurecimiento y la acentuación de las prácticas represivas de la disidencia y la pluralidad de las voces impugnadoras.

Sabemos que el experimentalismo rompió con el realismo objetivista. En principio, otorgó su atención, de manera preponderante, al lenguaje mismo. Hemos en presencia de un rasgo característico de la primera producción narrativa de, v. gr., José María Guelbenzu.<sup>[1]</sup>

En conformidad con los experimentalistas, la indagación sobre las posibilidades expresivas y los límites del lenguaje adquiere un papel preeminente. El entusiasmo formalista acabó por plasmarse como antinovela, esto es, obra antipódica de lo inveteradamente concebido como novela. En esta medida, las producciones narrativas de los experimentalistas adolecen de no linealidad y esfuminación argumental; de apelación a personajes antiheroicos, precariamente caracterizados (exiguamente delineados); de exigua concreción espacial (la cual es, en más de una ocasión, noética antes que física);

de discontinuidad cronológica, etc. El tiempo, según los narradores experimentalistas, deviene discreto, y el escenario de asociaciones fortuitas, no hegemonizadas por racionalidad constructiva alguna. En las obras de estos formalistas, aflora harto frecuentemente el monólogo interior —algo que ya hemos mencionado—, el cual suele degenerar en desgarramiento, en atomización de las voces, en discontinuidad febricitante.

Entre los recursos técnicos de los experimentalistas descuellan la apelación al referido monólogo, el recurso a una segunda persona (hecho que aflora en la obra leída de Vázquez Montalbán), la explotación del contenido expresivo (eminentemente connotativo) de las peculiaridades de la tipografía, la transgresión de las reglas morfosintácticas, la conculcación de las reglas ortográficas, etc. Asimismo, los experimentalistas procedieron a repudiar las pretensiones literarias de carácter testimonial.

Hubo también, en la época, una suerte de cultivo de la novela surrealista, en la cual lo onírico deviene protagonista.

Los experimentalistas se hicieron eco de numerosos intertextos de la literatura anglosajona y germánica, entre ellos las obras del irlandés James Joyce (autor de *Ulises*), las del estadounidense William Faulkner (autor de *The Sound and the Fury*), las del checo Franz Kafka, etc. Para los experimentalistas, los más relevantes son las obras de Joyce y Kafka.

Podría subrayarse, finalmente, que esta corriente, la cual ha sido de florecimiento efímero y acabó por agostarse hacia 1975, fue de carácter eminentemente lúdico. Ha concebido, en efecto, a la obra literaria en cuanto composición lúdica.

Por añadidura, hagamos la advertencia de que Vázquez Montalbán, plenamente contemporáneo en este respecto, apeló —tácita o explícitamente— a múltiples intertextos teóricos de orden económico, sociológico, teórico-político, teórico-literario, etc., para dialogar, edificar, aniquilar, parodiar, etc. Su producción narrativa se halla signada, por ende, no solamente por el recurso al intertexto, por la positiva imbricación de texto, intertexto e interdiscurso, sino también por el multiestilismo, la discordancia y la polifonía, tres propiedades del género novelístico en cuanto tal —como supo inmejorablemente caracterizarlo Mijaíl Mijáilovich Bajtín (1895-1975) en su obra intitulada *La palabra en la novela*, texto compuesto desde 1934 hasta 1935 (cf. Bajtín, 1986: 86).

En relación con la discordancia, hagamos la precisión de que el nexo de Vázquez Montalbán con sus fuentes teóricas es frecuentemente parricida (en el respecto simbólico) y paródico. No cabe duda fundada, por consecuencia, de que sea tensional, y de que el literato no busque, en última instancia, resolver tensiones, contradicciones materiales, antagonismos, etc. Todo lo contrario, a fuer de que, en cuanto pensador y literato cosmovisionalmente dialéctico, aquilata la contradicción material en cuanto principio (dinámico) de procesualidad, movimiento, transformación, etc. Consciente y premeditadamente se propone, si se quiere, exacerbar aquéllas. No podríamos imaginar, por consiguiente, disposición literaria alguna menos edificante y promotora del filisteísmo.

Reparemos, a guisa de pertinente ejemplificación, en un texto situado en las postrimerías mismas de la novela por someramente comentar, en el cual invócase explícitamente, mas también se ironiza, la tesis teórico-literaria de la coparticipación literaria, i. e., el vínculo simbiótico establecido entre enunciante y enunciatario en orden a la articulación del texto literario en cuanto vehículo de sentido o, por

mejor decir, *quatenus* totalidad semántica. La producción del sentido concomitante con la realidad textual literaria concíbese ora como un quehacer sinérgico y, por ende, cooperativo de enunciante y enunciatario, ora como una concreción exclusiva del lector (correlativa de la cual tesis es aquélla según la cual el autor o, por mejor decir, el titular de la función autoral, deviene causa meramente procatártica en cuanto a la producción del sentido). La paródica interpolación del narrador protagonista principia, precisamente, con la interpelación de que el lector —tan benevolente y desocupado cuanto el cervantino— es objeto:

Amigo lector, usted, con su inteligencia innata y con la costumbre de la coparticipación literaria que ha adquirido bajo la influencia de los profetas de la hora del lector, ya habrá adivinado que yo no tenía ningunas ganas de consumir mi propósito (Vázquez Montalbán, 1993: 179).

La novela de Vázquez Montalbán propone y describe un universo físico cuyas lindes o fronteras con la imaginación, con la realidad cogitativa o noética, frecuentemente se difuminan. Realidad y conciencia de ésta suelen imbricarse, sobreponerse o intersecarse. Obviamente, un hecho semejante dificulta la tarea exegética del lector.

Un significativo número de acaecimientos sobreviene en el Palacio de las siete Galaxias, el cual debería, antes bien, denominarse Palacio de los siete Planetas, el cual planea sobre Washington, D. C. La fortaleza aérea, mansión presidencial, ha sido diseñada por un arquitecto visionario: Walter P. Reagan. Reagan es objeto, por parte del narrador protagonista, de una descripción encomiástica:

conduce al talento superior del arquitecto programador: el inconmensurable Walter P. Reagan. A los dieciocho años ya sorprendía

a la opinión especializada con su proyecto del palacio para los Kennedy (V. Montalbán, 1993: 13).

En este universo, el cual es un tanto inverosímil, maravilloso —o por mejor decir: portentoso (en el cual las lindes entre realidad y portento se esfuminan)— y ciertamente no sometido a cabalidad a los principios nómicos rectores del decurso de los procesos y los hechos propios de la cotidianidad; un universo en el cual el vorazmente lector John F. Kennedy es capaz de abarcar (mediante lectura), en el transcurso de una vida no precisamente larga, treinta y tres mil volúmenes; un universo en el cual se cuenta, no se sabe cómo y por qué, con el afamado músico catalán Pau Casals; un mundo en el cual acaecen condensaciones cuasipsicoanalíticas, en el cual los personajes invístense de una u otra personalidad, etc., Pepe Carvalho suscita inquietud y tribulación, en la medida en que no se sabe, a ciencia cierta, quién es y cómo es. En múltiples sitios ha revestido de apariencias plenamente disímiles, scil.: ora la de un hombrecillo bajo y calvo, ora la de un hombre alto y fornido, etc. Sea de esto lo que fuere, el propio Carvalho, quien se desempeña actualmente como un guardaespaldas del presidente (guardaespaldas que goza del afecto y de la confianza de éste último, mas de la antipatía de Robert Kennedy, quien abriga sospechas respecto de él), estima que Carvalho no es un ente de ficción, ni un mito de orden literario, sino un *ens reale* mitificado, el cual funge cual punto de referencia respecto de la aplastante mayoría de los colegas, guardaespaldas y espías, de Carvalho mismo. En efecto,

Yo sé que Pepe Carvalho amanece todos los días con la misma problematicidad de casi todos nosotros. Que su prestigio es tan hijo de sus circunstancias como de una desesperada voluntad de sobresalir en el oficio. Reniega de su trabajo como cualquiera y tiene la común tendencia a justificar la última moralidad de lo que hace por la evidencia

de lo que ya está hecho (Vázquez Montalbán, 1993: 55).<sup>[2]</sup>

En conformidad con John Edgar Hoover, ominoso y despótico director del *Federal Bureau of Investigations* (FBI), Carvalho no existe, tanto como no existe Bacterioon. Antes bien, semejantes abortos de una imaginación atribulada y atormentada, son efectos de las fuerzas inveteradamente malignas, scil.: las internacionales de la masonería, el marxismo-leninismo y la sodomía (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 54).

La obra de Vázquez Montalbán no es, meramente, una crítica hiriente, ludibriosa y mordaz de la burguesía norteamericana contemporánea, sino, asimismo, la autocrítica de un intelectual marxista en absoluto adocenado, el cual se percata de la pluralidad de los vicios intelectuales, entre ellos preponderante el del dogmatismo, de sus correligionarios. He aquí el motivo del cruento y contumelioso ludibrio que figura en las páginas 132 y 133, a propósito de la versión determinista de la teoría de la conciencia, según la cual la determinación de la conciencia por parte del ser social es exhaustiva y unidireccional. He aquí una versión extremosa de la tesis estatuida por Karl Heinrich Marx (1818-1883) en el prólogo de su *Introducción a la crítica de la economía política* (1859):

[...] en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la

que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia (K. Marx y F. Engels [Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú]: 182). [La cursiva es nuestra.]

He aquí la tesis nuclear del materialismo histórico, especificación del materialismo dialéctico, núcleo ontológico del marxismo. El materialismo histórico es la aplicación concreción especificante de los principios del materialismo dialéctico, en orden a la intelección de los vínculos entre modo de producción de la vida material, y tanto las superestructuras estatal y jurídica cuanto las formas superiores de la conciencia.<sup>[3]</sup>

En acuerdo con la reflexión de Pepe Carvalho, quien profesa el marxismo, sus vínculos con Muriel se han inficionado por el hecho de que él mismo adolecía de deletéreas propensiones individualistas:

Yo estaba esclavizado por mis relaciones de producción de intelectual, productor individual, con remuneración a destajo, lo que me impedía una mínima comprensión de la realidad a partir de una conciencia de clase y por lo tanto la aplicación de una moral de clase a las normas correctas de la convivencia. Por otra parte, mi condición de productor individual me había condicionado una estructura mental de pequeño propietario agrario, individualista, francotirador, insolidario, que podía llevarme al exceso de una supervaloración subjetiva de los valores de la cultura burguesa, subjetivismo claramente manifestado en la sospechosa elección de Voltaire frente a Rousseau (Yo maté a Kennedy [1993. Barcelona: Planeta], pp. 132, 133).<sup>[4]</sup>

Vázquez Montalbán ironiza y parodia, despiadadamente, las interferencias de las cuales es objeto, por parte de la cosmovisión marxista leninista, el espacio doméstico. En acuerdo con la dogmática y paranoica Muriel, la cual no puede pensar alternativamente y

percibe conspiraciones por doquier, el pequeño burgués, el ineluctablemente subjetivista Pepe Carvalho ha sido inficionado y se ha enajenado por razón de su mecánica laboral (cf. V. Montalbán, 1993: p. 133). Así, pues, es imposible que aquél ejerza, en su hija, una instrucción y formación auténticamente emancipatorias. Como Pepe no supere su enajenación mediante un apropiado programa de lecturas, la educación de su hija no podrá serle confiada por un miembro diligente y consciente del Partido Comunista.

En conformidad con la fanatizada Muriel, la brutalidad parafascista de la disputa del día anterior había, allende de cualesquiera dudas razonables, manifestado la dificultad de la superación, por parte de Carvalho, de sus condicionamientos, y la imposibilidad del refrenamiento de una propensión incoercible hacia las simas de los fascismos teórico y práctico (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 133). Según Muriel, Pepe habría de contar, cuando menos, con el decoro de no apelar a los privilegios anejos a la patria potestad, jurídicamente sancionada, toda vez que el derecho de la sociedad burguesa no es más que una superestructura, funcionalmente subordinada a los intereses de la referida clase social hegemónica (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 133). Las prerrogativas concomitantes con la patria potestad son consecuencias de la conspiración que aspira a que la jerarquía de la célula familiar (monogámica) se supedite a la jerarquía parafeudal de un sistema parafascista (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 134). La brutal irrupción de la política en el orden doméstico; la politización de éste último, son ludibriosamente zaheridos por Vázquez Montalbán, quien pulveriza, mediante la humorada, los despóticos tópicos comunes del marxismo leninismo. El paroxístico dogmatismo de Muriel, su incapacidad para negociar inteligente y versátilmente con las realidades fácticas, manifiestan el carácter últimamente sacrificial de las dogmáticas acrítica e idolátricamente asumidas.



Por principio, la obra versa sobre un guardaespaldas del presidente de los EEUU: John Fitzgerald Kennedy, asesinado en Dallas en 1963. Pepe Carvalho (trasunto del político, literato y espía Jesús de Galíndez, asesinado en Santo Domingo, República Dominicana [por el Servicio de Inteligencia Militar del régimen de Rafael Leónidas Trujillo Molina], en 1956), personaje de ascendencia gallega, exmiembro del Partido Comunista español, actualmente miembro de la CIA (Central Intelligence Agency), labora como guardaespaldas del presidente. De ahí el subtítulo de la novela: *Impresiones, observaciones y memorias de un guardaespaldas*. Carvalho es, por su parte, objeto de las pesquisas y persecución del FBI. Se supone (en acuerdo con el FBI) que Carvalho tenía la intención de ingresar en el territorio estadounidense desde Canadá. Carvalho caracteriza a la CIA como un fascinante escenario para la experimentación, particularmente cuando se dispone de acceso a puestos directivos (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 39).

La obra consta de sesenta y un apartados, algunos de los cuales se reducen a un solo párrafo. Otros, en cambio, como por ejemplo el sexagésimo, se extienden a lo largo de un cuantioso número de páginas.

La obra, como adecuado y representativo ejemplar de la corriente experimentalista, congloba una pluralidad de géneros literarios, entre ellos el dialógico, el narrativo, el epistolar (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 51-53 [epístola *urbi et orbe*]),<sup>[5]</sup> el poético (cf., v. gr., las canciones que figuran en Vázquez Montalbán, 1993: 35, 36, y el poema de las pp. 141 y 142), el de las memorias, etc. Es, por ende, genuinamente multiestilística. Puede también aseverarse que, cuando Carvalho asume la palabra reflexiva, el texto de Vázquez Montalbán adquiere una índole precisamente ensayística. Es esto lo que acaece, ex. g., en el pasaje por transcribir:

Pero yo sé, mejor que nadie, que Bacterioon no es nada de esto. Yo sé que Bacterioon no es otra cosa que el miedo histórico al cambio, pertrechado en sus últimas fronteras, resistiendo el asalto definitivo de la razón, desesperadamente opuesto al nacimiento de la libertad, obligando a luchar por lo que es evidente (Vázquez Montalbán, 1993: 93).

En acuerdo con Carvalho el marxista, los condicionamientos culturales son decisivos —y mucho más preponderantes que los naturales— en orden a rendir cuenta de conductas sociales intersubjetivamente contrastables, constatables, cualificables. Por ejemplo, el escozor —confiesa el mismo Carvalho— suscitado por la anticipación (negativa) de que jamás se reencontraría con su hija (=la que había procreado con Muriel, su cónyuge), es, de acuerdo con su análisis estructural-dialéctico, un estado de conciencia (en esta medida, un estado epifenoménico y superestructural [=una forma de conciencia]) condicionado por todo un proceso formativo e instructivo de carácter formal (institucional) e informal, la finalidad del cual es la producción de ficticios cordones umbilicales entre los padres y los hijos «para garantizar la obscenidad de la biología» (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 139).

Vázquez Montalbán se permite exteriorizar una crítica pungente y mordaz a propósito de la superestructura ideológica del Estado tejanos, cabalmente determinada por una infraestructura productiva destinada a la extracción del petróleo. El universo social tejanos es aquél en el cual la superestructura ideológica, la cosmovisión de la clase dominante más haya permeado la sensibilidad y sabiduría convencionales de las gentes, esto es, los obreros (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 142). En acuerdo con la mordaz apreciación de Vázquez Montalbán, los tejanos miran con menosprecio a los presidentes de Washington, D. C., esto es, la pertenencia a la unión. Anteponen con absolutez, antes bien, a los deberes anejos a su

pertenencia a un estado federativo, los intereses concomitantes con la gestión de los asuntos específicamente tejanos. Por añadidura, miran con recelo y menosprecio —como si en efecto lo foráneo fuese, en cuanto tal, deleznable— la alteridad y las modalidades multivarias, cualitativamente variopintas, de lo extrínseco. En esta medida, pecan por xenofobia:

El equilibrio de la oferta y la demanda entre los hombres y los pueblos tiene su fiel en estas tierras, en estas oficinas rotuladas a plena fachada, en estos hombres empurados, sombreroados, altos, rectangulares, que al hablar expresan todo el desprecio que sienten por cualquier forma de otredad: hormiga, peón mejicano, muchacha cigarrera filipina, peón caminero de Jaén, esas barcas viejas que los pescadores de Veracruz embrean una y otra vez, o esa colilla que los presos se pasan con el manipulado cuidadoso del que juega con la última oportunidad (Vázquez Montalbán, 1993: 143).

Desde el punto de vista marxista de Vázquez Montalbán, la xenofobia y la execración de la alteridad no son más que la expresión, dada en la conciencia (conciencia de carácter intersubjetivo, *h. e.*, de sujeto colectivo), de la asimetría cabal de los términos de intercambio comercial entre las nociones opulentas y las expoliadas, entre aquéllas que producen con profuso valor agregado y aquéllas que producen con exiguo valor agregado (=las que producen mal y escasamente).

## Fuentes bibliográficas

- AAVV. 2000. Gran Referencia Anaya. XXI. Madrid: Vox.
- BAJTÍN, MIJAÍL MIJÁILOVICH. 1986. La palabra en la novela. En Omelio Ramos Mederos (Editor): Problemas literarios y estéticos. Traducción de Alfredo Caballero, Ciudad de la Habana: Editorial Arte y Literatura.
- BUSTOS TOVAR, JOSÉ JESÚS DE (Director). 1985. Diccionario de literatura universal. Madrid: Anaya, Madrid.
- HOOK, SYDNEY. 1930. «Materialism». En Edwin R. A. Seligman (Editor in Chief): The Encyclopaedia of the Social Science, x. New York: Macmillan; London: Collier  
MACMILLAN: 209-220.
- KORSCH, KARL. 1930. «Marxism». En Edwin R. A. Seligman (Editor in Chief): The Encyclopaedia of the Social Sciences, x. New York: Macmillan; London: Collier  
MACMILLAN: 172-175.
- MARX, KARL HEINRICH. Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política. En C. Marx y F. Engels. S. f. Obras escogidas. Editorial Progreso, Moscú.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN. 1993. Yo maté a Kennedy. Impresiones, observaciones y memorias de un guardaespaldas. Novena edición, Barcelona, Editorial Planeta, S. A., Serie Carvalho.



## MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Poeta, periodista y novelista nacido en Barcelona. Considerado uno de los más importantes testimonios del final del franquismo y de la transición española, así como una de las voces críticas más respetadas del país, es autor de una vasta obra que incluye los géneros de la crónica periodística, la poesía, el ensayo y la novela.

Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1991 por la novela *Galíndez* sobre el asesinato del político en la República Dominicana; el Premio Planeta por *Los mares del sur* (1978), el internacional de Literatura Policiaca en Francia y el Premio de la Crítica. Guionista de su novela *El laberinto griego* para la cinta dirigida en 1993 por Rafael Alcázar, es autor de numerosos artículos periodísticos y también de una antología de la canción popular española hasta 1975.

Como periodista, colaboró con revistas y diarios con artículos sobre la actualidad española: *Hermano Lobo*, *Triunfo*, *El País*, *Interviú* y *La Vanguardia*.

Entre sus obras destacan, *Una educación sentimental* (1967),

*Movimientos sin éxito* (1969), *A la sombra de las muchachas sin flor* y *Coplas a la muerte de mi tía Daniela* (1973), *Praga* (1982); la recopilación *Memoria y deseo* (1986) y *Pero el viajero que huye* (1991). *Recordando a Dardé* (1969), *El pianista* (1985), *Los alegres muchachos de Atzavara* (1987), *Cuarteto* (1988), y el ciclo de novelas policiacas que protagoniza el detective Pepe Carvalho: *Yo maté a Kennedy* (1972), *Tatuaje* (1975), *Los mares del sur* (1978), *La soledad del manager* (1978), *Asesinato en el Comité Central* (1981), *La rosa de Alejandría* (1984), *El balneario* (1986), *El delantero centro fue asesinado al atardecer* (1988), *El laberinto griego* (1991) y *El Premio* (1995). También es autor de los ensayos *El estrangulador* (1994), *Manifiesto desde el planeta de los simios* y *Pasionaria y los siete enanitos* (1995) y *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos* (1996). En 2002, la novela *Erec y Enide* marcó un cambio radical en su concepción del género con un relato de honda belleza nostálgica.

Murió el día 18 de octubre del 2003 debido a un paro cardíaco que sufrió en un viaje a Tailandia.

## **Serie Carvalho**

1. Yo maté a Kennedy (1972)
2. Tatuaje (1974)
3. La soledad del manager (1977)
4. Los mares del sur (1979)
5. Asesinato en el comité central (1981)
6. Los pájaros de Bangkok (1983)
7. La Rosa de Alejandría (1984)
8. El balneario (1986)
9. Historias de fantasmas (1987)
10. Historias de padres e hijos (1987)
11. Tres historias de amor (1987)
12. Historias de política ficción (1987)
13. Asesinato en Prado del Rey y otras historias sórdidas (1987)
14. El delantero centro fue asesinado al atardecer (1989)
15. El laberinto griego (1991)
16. Sabotaje olímpico (1993)
17. El hermano pequeño (1994)
18. Roldán, ni vivo ni muerto (1995)
19. El premio (1996)
20. Antes de que el milenio nos separe. Carvalho contra Vázquez Montalbán (1997)
21. Quinteto en Buenos Aires (1997)
22. El hombre de mi vida (2000)
23. Rumbo a Kabul (Milenio Carvalho, Vol. 1) (2004)
24. En las antípodas (Milenio Carvalho, Vol 2) (2004)

# Notas



[1] José María Guelbenzu, nacido en Madrid en 1944, es uno de los más reputados narradores contemporáneos en lengua castellana. Guelbenzu, quien ha sido director de la insigne casa editorial madrileña Ediciones Alfaguara, y asiduo colaborador (en cuanto crítico literario) de *El País*, el órgano de la socialdemocracia española, principió su carrera literaria en la década de 1960 mediante la composición y la publicación de textos de carácter acentuadamente experimentalista, como por ejemplo *El Mercurio* (1968) y *El antifaz* (1970). En textos como estos, recurrió a la conjunción del *collage* y el monólogo interior. En estos textos, el monólogo interior es el vehículo de una perspectiva crítica respecto del lenguaje. Ulteriormente, Guelbenzu se orientó hacia una literatura mucho más convencional en cuanto a sus formas y estructura narrativas. El Guelbenzu posterior ha explotado, en modo preeminente, la tensión irresuelta entre razón y sentimiento, entre la vida interna y los condicionamientos históricos y sociales (cf. *Gran Referencia Anaya* [2000], volumen décimo). En el año 1976, editó *El pasajero de ultramar*; en el año 1984, *El esperador*; en el año 1987, *La mirada*; en el año 1991, *La tierra prometida*; en el año 1995, *El sentimiento*; en el año 1999, *Un puesto en el mundo*. Tales han sido sus últimas composiciones novelísticas.

[2] En acuerdo con esta perspectiva (concretada desde la autopercepción), Carvalho peca como los más de los mortales, en la medida en que juzga de la moralidad de sus actos (asunto de deonticidad, obligación, necesidad práctica) en función del acaecer o la facticidad (asunto de ser o existencia). Así, pues, incurre cotidianamente en la denominada a partir de la tradición humana-falacia naturalista: el esquema argumentativo paralogístico sobre la base del cual se pretende cimentar a la moralidad del actuar sobre la apelación misma a la facticidad. Empero, los dominios de la obligación (=el deber ser) y el ser o la existencia (=la *Wirklichkeit* o realidad efectiva) son últimamente inconmensurables.

[3] El materialismo dialéctico se cimienta sobre, entre otros principios, el realista y el dialéctico, en acuerdo con el cual el movimiento y el desarrollo materiales son de carácter dialéctico (cf. Hook, 1930: 213). En acuerdo con Karel Korsch, el mérito capital de Karl Marx estribó sobre su crítica radical de la economía política, y sobre el empleo de la concepción materialista de la historia humana para identificar a las leyes rectoras de la gestación y el desarrollo del modo de producción capitalista (cf. Korsch, 1930: 173).

[4] Desde esta perspectiva, es el modo de acuerdo con el cual procede Carvalho a reproducir su vida material, lo determinante, lo condicionante, con exhaustividad y necesidad, de la índole de su representación del mundo y el hombre. Es precisamente su condición de productor individual lo condicionante de la estructura mental determinante de la forma de conciencia que lo induce a magnificar los valores culturales burgueses (Vázquez Montalbán, 1993:133).

[5] En que Vázquez Montalbán, valga referirlo marginalmente, inmisericordemente fustiga la prepotente y falaz apoteosis del éxito (cf. Vázquez Montalbán, 1993: 52); la pretensión, lógicamente falaz y por ende inválida, de justificar los actos en función de su eficacia, no de su armonía con las finalidades conativamente perseguidas. Huelga añadir que zahiere la doctrina del destino manifiesto de los EEUU. He aquí las palabras del presidente John F. Kennedy:

En un día como el de hoy hemos de proclamar cuál es el instrumento de nuestra victoria. Ese instrumento no es ningún arma terrorífica cuya capacidad de destrucción agarrote los músculos del valor, no. Nuestra arma no será mortífera, ni es secreta. Es el arma de la evidencia del ejemplo victorioso. Que nuestros enemigos abran los ojos y vean en la salud de nuestro pueblo la evidencia de nuestro destino óptimo y en la salud de nuestras obras la eficacia de un método de comportamiento coordinado con la voluntad divina. (Vázquez Montalbán, 1993:52).